El viaje

IDA

FINK

Ida Fink logró escapar del gueto de Zbarazh en 1942. Unos documentos falsos que daban fe de que ella y su hermana eran de origen ario sirvieron a las Fink para conseguir el pasaporte a la libertad. Todas las peripecias que sufrieron en ese peregrinaje por Europa están reflejadas en un libro delicado y bello, El viaje, que mereció el premio Anna Frank de Literatura.

Ida Fink

El viaje

ePub r1.0
Titivillus 25.01.2017

Título original: *Podróż*
Ida Fink, 1990
Traducción: Elzbieta Bortkiewicz & Juan Carlos Vidal
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

Deteniéndose en la ventana pensó: ojalá caiga una estrella. Era supersticiosa, todos lo eran por aquel entonces, cada uno de una forma muy personal, sólo por él conocida. Poseía un bagaje considerable de tabúes propios, mas entre ellos no había estrellas fugaces. Era una creencia demasiado romántica, demasiado difícil de cumplir. Sin embargo, ese atardecer pensó: ojalá caiga una estrella. Aunque era otoño tardío y, como es sabido, las estrellas caen sólo en verano. Pese a todo, observaba obstinadamente el cielo; durante la fracción de un instante vio un destello en el horizonte que se apagó inmediatamente. Debía de haber sido alguien que, descuidadamente, había encendido la luz de la casa sin antes correr las cortinas. Aquel relámpago en la oscuridad no había sido, mas pudo haber sido, la estrella esperada, por eso lo tomó por una buena señal.

En la maleta dispuesta para el viaje se hallaba la herradura, más exactamente sólo su mitad, lo cual —según se creía— invalidaba la eficacia de su actuación. Eso no le importó. Encontró la herradura rota en el preciso momento en el que su padre le mostraba el camino hacia la cabaña de un campesino donde iba a pasar la noche al lado de su hermana. Esto fue suficiente. Creyó en la media herradura y la estrella imaginada.

Aquel otoño maduro reinaba en el ghetto un silencio mortal. Las estrechas y empinadas callejuelas de la parte más humilde de la ciudad, cubiertas de adoquines, permanecían vacías de día y sólo al anochecer resonaban con los pasos cansinos de aquellos que volvían del trabajo en las canteras. El número de personas que retornaban a pasar la noche disminuía bruscamente y todos eran conscientes de

que el próximo transporte —una caravana de camiones que saldría de la plaza delante de los baños municipales— sería el más pequeño y, a la vez, el último. Era ya tarde, era necesario apresurarse. Podemos decir que los papeles llegaron en el último momento cuando, tras meses de espera, ya habían perdido la esperanza de recibirlos.

Por la noche ellas y el padre se escurrieron del ghetto. Esperaron en la callejuela próxima al monasterio que dividía la ciudad en dos mundos. Los fornidos troncos de los castaños les servían de protección. La persona de confianza que había traído los papeles les entregó una kenkarta[1] y dos partidas de nacimiento nuevecitas que olían a tinta fresca. «¿Y la otra kenkarta? ¿Para la hija menor?», preguntó el padre. La persona de confianza explicó que en la foto de Elzbieta no se veía la oreja izquierda, tal como lo exigían las autoridades, y que eso había decidido la suerte del documento que, sin la evidencia del órgano auditivo izquierdo, sólo despertaría sospechas. «Es mejor no tener la kenkarta que falsificarla de forma chapucera», añadió. Eso tal vez fuese razonable, pero resultaba inquietante. El pelo de Elzbieta era oscuro y su tez morena. Antes decían que parecía italiana.

No sabían qué decirle a aquella persona de confianza que, además, afirmaba que conseguir los documentos había costado no solamente gran cantidad de dinero y tiempo, sino también hacer frente a muchas dificultades y mucho valor, y que había que estar contentos con lo logrado.

En el monasterio dobló la campana invitando a la oración de la noche. Esa campanada fina, argéntea, les era muy familiar. La oían antaño cada noche en su casa del río que, utilizando el patrón del metro, estaba cerca del callejón del monasterio. En esta ocasión el espacio que les separaba de la antigua casa, del río y del jardín, parecía enorme.

Sabían también que, después de la campanada, sonaría el órgano.

—Qué le vamos a hacer —dijo el padre—. Pero tampoco estas partidas de nacimiento… tan nuevas, poco auténticas… ¿Cree usted que podrán servirse de ellas?

—Sí, doctor —replicó la persona de confianza—, las partidas de nacimiento no son para enseñarlas. Si llega la ocasión de mostrarlas

quiere decir que las cosas ya están muy mal.

El padre no respondió: sacó del bolsillo un sobre con dinero. En el monasterio sonaba ya el órgano. La persona de confianza se santiguó, dibujó el signo de la cruz en la frente de ambas muchachas, extrajo de su bolso dos imágenes de hojalata de la Virgen y se las colgó del cuello.

***

Entonces ninguno de nosotros pensaba en el viaje y, sin embargo, el instante de su verdadero comienzo va asociado al traqueteo de las ruedas del tren y al silbido de la locomotora surcando la quietud de la noche. Hasta hacía poco, nadie entre nosotros sabía que las voces de la estación del ferrocarril, distante tres kilómetros, se oían tan nítidamente en la ciudad, ya que los trenes solían llegar y partir de día. Los nuevos tiempos trajeron partidas nocturnas, no incluidas en ningún directorio de viajes, y el silencio de la noche hizo resaltar aquellos silbidos y el sordo movimiento, casi subterráneo, de las ruedas.

En cada ocasión, esperábamos la señal en el porche de la casa. Ocurrió por primera vez a principios de la primavera; nosotros permanecíamos inmóviles entre el balbuceo estrepitoso de las crecidas aguas —precisamente aquella noche rompieron los hielos del río— con los abrigos empapados de haber estado echados sobre la tierra; no nos atrevíamos a entrar en casa, sentarnos a la mesa, acostarnos en la cama, volver a los quehaceres de cada día. Entonces, repentinamente, nos sorprendió el silbido.

Escuchamos en silencio cómo se iba debilitando, acallando, y cómo junto a él se apaciguaba el fragor de la tierra. Cuando retornó el silencio supimos ya que el tren había tomado velocidad y se había sumido en el bosque. Aquella noche se llevaron a los ancianos, los enfermos y los inválidos.

Después, ya conscientemente, en el porche, esperábamos el pitido y las vibraciones que venían por el lado del río que ya no se oía por ser primavera tardía y después pleno verano, el río que fluía pausado y callado. Sólo se escuchaba el croar de las ranas y el susurro de los olmos en la orilla. A finales del verano estuvimos allí

por última vez. En la glorieta de las lilas las puertas del palomar golpeaban movidas por el viento y la escalera blanca que la tía había olvidado guardar en el interior, o al menos tirar al suelo, permanecía apoyada contra la pared. Acurrucados en el escondite oíamos los estridentes «raus[2]» y «loos[3]», y pasos pesados, ruidosos y, entre ellos, el trote diminuto de la tía Sabina y de su hija Berta. Se las llevaron al amanecer. ¿Por qué, al correr detrás de nosotras, giraron súbitamente hacia la glorieta de las lilas con su palomar sin palomas oculto en su vientre liláceo? Nadie responderá a esta pregunta. Tampoco sé por qué no seguí a Nathan a Ostbahn y cogí la pala —mi útil de trabajo— para arrojarla inmediatamente a un rincón y en vez de dirigirme a Ostbahn corrí hacia el cuchitril, aunque sabía que lo era sólo de nombre, no tenía puertas y estaba abierto para cualquiera; era, pues, un hueco totalmente inadecuado para un escondrijo. En mi huida vi al tío arrastrando un manzano medio seco del jardín y observé cómo con este esqueleto de árbol tapaba el hueco de la puerta. Antes de arrastrarme hacia el interior miré hacia atrás: el jardín envuelto en luces y sombras, húmedo de rocío, todo reluciente. Esta vez rodearon la ciudad por sorpresa, utilizando una técnica de asedio diferente a la acostumbrada —entraron por los campos, los pastizales y los jardines, astutamente, por sorpresa, cortando de este modo los caminos de salvación hacia el campo y el bosque.

El padre contaba después que le había despertado el ladrido del perro, así que se levantó y se acercó a la ventana. El perro estaba delante de su casita con la cabeza erguida y emitía ladridos cortos y alarmantes.

El paisaje, detrás de la ventana, permanecía silencioso y tranquilo, el mismo de siempre: un patio plano, sin misterios, ya iluminado con el primer sol; más abajo, el frutal aún sumido en la sombra profunda y, encima del frutal, la empinada ladera de la colina del castillo. El perro dejó de ladrar, se introdujo en su casita y ya nada perturbó el silencio, pero mi padre no se movió, permanecía como clavado; contaba después que la inquietud crecía en él violentamente, aparentemente sin razón; decía que temía apartarse de la ventana para no perder el instante en que se desvelara la causa de su inquietud, recorría con la mirada el paisaje buscando algo. Era la hora del primer trino de los pájaros, el cielo

adquirió un tono rosado. Tras verificar el patio descendió la mirada entre los árboles del frutal, que seguían inmóviles entre la alta hierba, como pintados; ningún aviso, ninguna señal, nada… quizá sólo —contaba— la rama torcida de la guinda junto al sendero, quizá únicamente ella… porque pensó de repente que asemejaba un brazo que impedía el paso a los intrusos. Pero jamás fue así. Después, por el caminito entre las grosellas, alcanzó la orilla del río y saltó con la mirada hacia arriba, hacia la colina del castillo, y vio que estaba sembrada de enormes hormigas en movimiento. Era la hilera del Einsatzkommando[4] que se deslizaba por la empinada ladera hacia el río y los jardines.

Se acercaban sin el menor murmullo, la hierba amortiguaba sus pasos. Sólo cuando irrumpieron en el patio resonaron sobre la dura tierra y, después, en la escalera del porche; más tarde, acallaron. Surgieron desde el interior de la casa dos breves alaridos, el estrépito de cristales rotos y un portazo; creíamos que, tras haber registrado la casa, se irían; pero no, sus pasos retornaron al patio, sus voces ordenaron a Agafía abrir las chozas y cobertizos; se acercaban hacia nosotros, protegidos por un árbol casi seco y, cuando se adentraron en el último hangar, ya los teníamos sobre nuestras cabezas; habría bastado una mirada al suelo, hecho de tablas de madera torpemente unidas, para vernos sentados sobre la paja.

Uno de ellos saltó desde un alto escalón y se detuvo ante un manzano semiseco, otro preguntó «was ist denn dort[5]» y entonces apareció entre las ramas del árbol una mano estrecha y un trozo del brazo vestido de uniforme. La tía Stefanía acercó el dedo a los labios como si temiera que alguno de nosotros dejara escapar un grito, y así lo mantuvo aún mucho tiempo después de que se hubieran ido.

Al partir, se fijaron en la escalera apoyada en el palomar.

Aún desconocíamos el sino de Nathan, creíamos que estaba trabajando a buen recaudo en la construcción de la vía del ferrocarril, pero al mediodía llegó Agafía e inclinada sobre la rendija del suelo nos lo dijo. Apenas había logrado cruzar nuestra silenciosa callejuela. Fue sorprendido de manera apacible, con palabras suaves, «komm, komm, du Kleiner[6]» dijo el esesman[7] saliendo detrás de la esquina de la casa, y Agafía, que no sabía

alemán, lo repetía claramente, «komm, komm, du Kleiner», tal como se lo había relatado el testigo ocular en el momento de la detención.

No había noticias sobre el padre. Salió de casa por última vez al amanecer, enfundó con gesto violento la banderola con el letrero Arzt[8]; exclamó que iba al ambulatorio; tenía el rostro crispado, lo recuerdo: no había miedo en él, tan sólo ira.

El tiempo transcurría en medio de un gran silencio, sin pasos, sin voces, salvo cuando se oía la ahogada voz de Agafía atravesando la hendidura, informándonos de lo que acontecía en la ciudad. Sus informaciones sólo se referían a la dimensión de los sucesos y esta vez, ella, que con tanto placer salpicaba cada noticia con detalles, se limitó a dos palabras, como si lo que había visto u oído hubiera aniquilado su habilidad narrativa. Una multitud de gente susurraba en la rendija y se alejaba para volver una hora más tarde y repetir las mismas palabras.

Así, el día posterior a la más larga y más terrible acción transcurría en silencio. Sólo una vez, ya al anochecer, nos llegó la voz de la vecina llamando a su hermano: «Wojciech, ¿dónde te metes?» y, en respuesta, la voz de Wojciech desde lejos, desde el río: «En seguida… ahora voy…»; a buen seguro yacía debajo del álamo como antaño habíamos tenido nosotros por costumbre. Sólo esas dos voces. Creíamos que, después del ocaso, Agafía nos liberaría del cuchitril, mas no lo hizo; la acción, comenzada al amanecer, continuaba aún. Era ya de noche cuando abandonamos el refugio. El patio, por la mañana blanco de sol naciente, ahora lo estaba por la luna. En el porche esperaba el padre con el rostro agitado, furioso. Después, hacia la mitad de la noche, contaría cómo había sobrevivido. Cómo lo habían cogido y cómo escapó. Cómo la mujer de un amigo, apoyando los brazos sobre el marco de la puerta de ese modo tan significativo que no necesita palabras, le impidió la entrada. Cómo una pareja de viejecitos convalecientes le ocultó en su desván. Todo esto lo contaría por la noche.

Permanecemos en el porche. La calle resuena con el paso jadeante de aquellos que se salvaron, pero los pasos de quienes corren no se detienen ante nuestra casa. Lo sabemos: no volverán la tía Sabina ni su hija Berta, no volverá el primo Nathan. No les esperamos, sólo nos quedará de ellos la última señal que nos

enviarán, el silbido y el traqueteo que dentro de unos instantes resonarán en la oscuridad. Una multitud de gente, repite Agafía, y reza una letanía de nombres.

Muy entrada la noche, el padre se coló en nuestro cuarto donde, vestidas, nos hallábamos acostadas sobre las camas hechas. La noche era ventosa; detrás de la ventana, en la glorieta de las lilas, golpeaban las puertas del palomar.

—Niñas —dijo—, debemos escapar. Rápidamente.

En más de una ocasión habíamos hablado de escapar, pero sólo eran palabras.

Esta vez —lo noté claramente— la decisión había sido tomada.

***

Cuando, inesperadamente, surgió la posibilidad de un viaje lejano, lo que ocurrió tan de improviso como casualmente, mi padre se resistió a buscar refugio entre los aldeanos del campo y se dirigió a casa de la señora Kasinska en busca de ayuda para conseguir papeles arios. La señora Kasinska, una persona enérgica, con amplios contactos, vino a vernos un bello día del primer otoño. Precisamente, en el jardín de los vecinos estaban recogiendo manzanas. Mi padre se encerró con ella en el despacho mientras nosotras, esperando que terminara la conversación con la visita, observábamos esas labores de jardinería que nos eran muy familiares y cuyas celebraciones y costumbres nos parecieron ahora extrañas, por no decir cómicas. No obstante, las observábamos con avidez, con envidia en los corazones y, con pena, nos apartábamos de esa imagen cuando se oyó una voz que nos devolvía a nuestro mundo y a nuestros asuntos.

De mala gana nos levantamos de los escalones del porche desde donde se admiraban, en toda su magnitud, los frutales verdes, las manzanas rojas, los variopintos arriates, todo ello bañado por el dorado sol.

A decir verdad, el despacho del padre también se hallaba lleno de sol, pero era ya ese sol distinto, apagado y gris. En una franja de luz que henchía la habitación giraban diminutas partículas de polvo, ya que pocas veces se hacía limpieza a fondo en ese aposento

ahora inútil y sólo el aroma del éter y los medicamentos seguía siendo el mismo de antes. El sol reposaba sobre la amplia biblioteca, los libros, que antaño habían sido la fuente de nuestro saber de iniciación, y sobre la opulenta señora Kasinska, quien, con su vestido florido como el campo, con rizos dorados sobre la cabeza, sentada en el sillón, fumaba un cigarrillo.

—Ellas tienen un aspecto magnífico, magnífico… —exclamó al vernos—, simplemente, ¡inapreciable!

Mi padre parecía no compartir el entusiasmo de su huésped. Detrás del escritorio, erguido, con su cabeza cana muy alta, una pierna encima de la otra, como guardando una postura despreocupada, como si no fuera él quien buscase ayuda; enseguida noté que se trataba de una pose ficticia, al igual que esa amable sonrisa de su rostro era sólo aparentemente una sonrisa amable. Su cara estaba tensa, enrojecida, y la mirada era más azul que de costumbre.

—La señora se ha ofrecido para ocuparse del asunto de las partidas de nacimiento y las kenkartas.

Se dirigía a nosotras con una voz ajena, levemente ronca.

En el cenicero de concha rosa se amontonaban las colillas.

En nuestra infancia aplicábamos frecuentemente esta concha al oído para escuchar el murmullo de su originario mar del sur.

—Tienen un aspecto magnífico —exclamó una vez más la señora Kasinska, lo cual parecía tanto más extraño ya que nos conocía desde hacía años y sabía perfectamente cómo éramos. Pero apenas tuve tiempo de sorprenderme cuando lo comprendí: las miradas de ayer y de hoy veían de otro modo y de otro modo valoraban los mismos fenómenos. La señora Kasinska jamás nos había mirado como entonces, de igual modo que yo jamás había observado la recogida de la fruta con la mirada de hacía apenas un momento.

—Lo más importante es la rapidez —dijo mi padre—, usted tiene que comprenderlo: el tiempo es nuestro enemigo, debemos acelerarlo, ya nos hemos rezagado demasiado.

—Lo comprendo perfectamente —asintió con una sonrisa, pero estaba claro que lo entendía a su manera y no a la nuestra. Porque ¿cómo podía saber de qué tiempo se trataba?

—Bueno, ahora debéis elegir los apellidos —nos dijo mi padre.

Con el mismo tono había hablado antes en la pastelería: —

Bueno, ahora debéis elegir los pasteles… —sus dedos golpearon el paño verde del escritorio, el músculo de la mejilla tembló una y otra vez.

Estábamos de pie al lado de la estufa de azulejos marrones, enfrente de la ventana por la cual se veía un estrecho camino llamado por nosotras el camino de los espinos blancos porque lo cerraba una pared de arbustos que, debido a lo amargo de sus hojas, el habla popular lo había bautizado con ese nombre.

Justo detrás del camino, salvaje y repleto de hierbajos, se hallaba la casa de los vecinos, vacía y muerta tras la gran acción. Las ventanas abiertas descubrían su interior negro y enmudecido. De repente, recordé a la bella muchacha de tez morena que allí vivía. Aparté los ojos de la ventana para poder concentrarme en la elección del apellido, mas ocurrió que no fui capaz de acordarme de ninguno, aunque conocía tantos y todos estaban a mi disposición sin mencionar que uno mismo podía formarlos añadiendo una terminación adecuada. Pero cuando, con esfuerzo, evoqué algunos en la mente, resultó que no todos me quedaban bien, ni yo a ellos, y otros, por motivos desconocidos, provocaban un claro rechazo y sentía que podrían perjudicarme.

Mi padre se impacientaba sin comprender nuestra lentitud, porque Elzbieta también se rezagaba, probablemente por la misma causa que yo. Sin embargo fue ella la primera en decidirse y dijo: «Elzbieta Stefanska».

—¡Perfecto! —se alegró la señora Kasinska.

Con un rápido ademán mi padre le ofreció su pitillera y le sirvió fuego. Me miró severamente: «¿Eh, y que pasa contigo?».

Una vez más un largo cortejo de apellidos desfiló por delante de mí, pasaron a mi lado con indiferencia, hasta que uno vaciló y se detuvo. «Katarzyna Majewska», dije, e inmediatamente vi a esa Katarzyna. Tenía el pelo claro y liso y el cutis fresco y resplandeciente. Mis cabellos eran cristalinos, compuestos de espesos rizos; mi rostro, gris.

La señora Kasinska se levantó del sillón. Ahora era ella quien permanecía frente a las silenciosas ventanas de nuestros vecinos a quienes, por lo visto, ella había conocido, porque preguntó qué había sido de ellos. Mi padre le contestó.

—¿También la bella hija morena?

—También.

—En la playa parecía una esfinge egipcia.

Entonces, desde más allá de los arbustos de espinos blancos, oí por segunda vez el grito de su madre:

—¡¿De qué le ha valido tanta belleza?! ¡¿De qué le ha servido?! Es una belleza maldita… ¡Ojalá fuera jorobada y estuviese sembrada de granos, pero blanca, con una nariz recta…!

Acompañamos a la señora Kasinska hasta la celada. En la callejuela la sombra ya se había acomodado. El sol se había puesto, los jardines despedían aromas. En la casa de los vecinos, los que antes habían estado recogiendo manzanas, las luces estaban encendidas. La vecina fregaba los platos con tranquilos movimientos circulares. Permanecí mucho tiempo observándola.

A la mañana siguiente fuimos al fotógrafo a hacernos las fotos para la kenkarta. Era el primero e indispensable paso, ya que sin esas fotos especiales, en las cuales —según palabras de la señora Kasinska— la cabeza tenía que girar levemente hacia la derecha para mostrar la oreja izquierda, resultaba imposible empezar los trámites.

Sólo un fotógrafo entraba en la cuenta; el de siempre, en otros no confiábamos. Podrían denunciar o divulgar nuestras intenciones.

Nos vestimos con camisas blancas para tener un aspecto animado y sobre ellas nos pusimos unos viejos jerseys para disimular el alborozo porque nos daba vergüenza pasear con ropas alegres. Fuimos por nuestro sendero preferido, el que bordeaba el río, evitando así el centro. En la orilla crecían los sauces. El caminito no había perdido un ápice de su belleza y eso nos dolió un poco. Elzbieta dijo: «Mira, aquí permanece todo tan bonito…».

Los grillos cantaban en la hierba, de los sauces colgaban varas largas y flexibles. Debajo de uno de los sauces llorones encontramos un grupito de niñas, nuestras compañeras del colegio. Estaban leyendo cartas. Al vernos, levantaron las cabezas y preguntaron: «¿Adónde vais? ¿De paseo?». Pero ninguna nos dijo que nos sentáramos a su lado. ¿Quizá estuvieran avergonzadas? ¿Acaso sintieran lástima? ¿Tal vez no tuvieran de qué hablar con nosotras? Seguramente pensaban: qué pena que acaben tan pronto con ellas…

La casita del fotógrafo estaba cerrada a cal y canto, la hiedra había cubierto la pared con su frondosidad agreste, el patio se había

poblado de hierbas. Parecía como si nadie viviera allí. Pero cuando llamamos, la puerta se abrió inmediatamente, en el umbral apareció la mujer del fotógrafo, flaca, con el pelo suelto. Nos miró como si fuéramos dos apariciones. A la pregunta de si podíamos entrar, asintió con la cabeza, siempre con una expresión de gran sorpresa en la mirada. Los aparatos fotográficos estaban en un rincón del cuarto vacío, cubiertos con capas de hule, llenos de polvo; asemejaban viejos jamelgos agonizantes. Un niño pequeño estaba sentado en el suelo. El fotógrafo, su esposa y el pequeño no nos perdían de vista. Elzbieta dijo: «Yo no puedo…» y quería irse, pero la detuve. El fotógrafo no preguntó nada, colocó el aparato, yo me senté para que se viera la oreja izquierda, abrí los labios con una sonrisa, y la mujer del fotógrafo, jugueteando con sus largos cabellos, dijo: «A la suegra la mataron por el camino; quería escaparse… Creo que fue lo mejor para ella… ¿No es así?».

El fotógrafo hizo clic, dijo: «Suerte». «Gracias, señor» —mascullamos educadamente— y él repitió una vez más «suerte» para que comprendiéramos bien qué clase de suerte nos deseaba.

***

Estoy de pie, delante de la ventana. Ante mí, el ghetto vacío, las callejuelas sinuosas, empedradas, como los cauces secos de los arroyos de la montaña, los informes tacos de los adoquines, las casitas de planta baja blanquecinas de cal, los ventanucos pequeños, cuadrados, casi a ras de suelo. La mayoría de las casas selladas, las puertas cerradas a cal y canto. Detrás de la alambrada que ciñe el ghetto se elevan las colinas del basurero municipal y más allá las marismas del río sembradas de juncos. El verdor, tan abundante en la ciudad alta, se acaba bruscamente en la plazoleta, frente a la antigua residencia de ancianos, actualmente la sede del Judenrat[9], donde crecen tres enjutos árboles.

En ese barrio, el más pobre de la ciudad, había antes una vida febril; detrás de las ventanas cuadradas traqueteaban las máquinas de costureras y encajeras, golpeaban los martillos de zapateros y carpinteros. De los antiguos habitantes no quedaba ni rastro. Se fueron —como se decía por entonces— en el inicio de la primavera,

tras la primera «acción», y las casas permanecieron vacías a lo largo de varios meses. Al llegar el otoño manos humanas levantaron las mesas y sillas caídas, recogieron las sábanas tiradas sobre el suelo, brindando una breve continuación a ese último instante, petrificado en las viviendas saqueadas, vivido por aquellos que se habían ido en primavera.

Una mañana de otoño nos alejamos de la casa junto al río. En las ventanas de la callejuela tremolaban los visillos: a escondidas, observaban nuestra partida. El carrillo manual traqueteaba bajo los castaños. Transportaba todos nuestros enseres: los muebles verdes de nuestro cuarto de niñas. Eran ligeros y simples, fáciles de acarrear. No nos preocupaba su falta de utilidad. Sabíamos que iban a servirnos poco tiempo, ya que incluso nuestro viaje planeado y el refugio de mi padre en la casa del agricultor no se consumarían, no nos esperaba nada más que un viaje diferente, más breve en el sentido del espacio, y sin retorno.

A cualquiera que cruzase el umbral de nuestro cuarto en el ghetto la imagen de los mueblecillos verdes le dejaba pasmado. A mí, cuando al volver del trabajo abría las puertas de la habitación, me parecía a veces tener delante un escenario en el cual, en cualquier momento, iba a representarse el último acto del drama.

***

El sol se oculta, cae la noche fulminante y otoñal. Todavía no me doy la vuelta, no me aparto de la ventana. Alejo el momento de la despedida. A mi espalda, los pasos del padre, quien, envuelto en volutas de tabaco, no cesa en su caminata por la habitación, y el leve ruido de las agujas de punto de la tía Julia haciendo no se sabe qué, nadie sabe por qué.

El tío carraspea en intervalos regulares. Los siento detrás de mí en este extraño cuarto que es a la par sala de espera; siento su silencio henchirse de palabras no pronunciadas, autocensuradas. Sólo no siento a Elzbieta porque de ella no voy a despedirme. Espera, al igual que yo, sentada junto a la mesilla verde. La habitación está cerrada con llave, nadie osa sorprendernos, nadie osa saber que huimos. El presidente del Judenrat, hombre extraño,

no de aquí, imitador de los poderosos en su modo de vestir, le dijo a mi padre: «Si sus hijas escapan, le entregaré a la Gestapo». No había que hacerse ilusiones: no eran simples amenazas. ¿Cómo se había enterado de nuestros planes celosamente ocultos? Ciertamente, los había adivinado a sabiendas de que la decisión de quedarse en el ghetto equivalía a una perdición segura. Se multiplicaban cada vez más las historias sobre las muchachas judías vistas fuera de la ciudad con jubones y pañuelos en la cabeza.

Nosotros no poseíamos jubones sino viejos abrigos de invierno, ésos cuyas correas de cuero iban a brindarles un aspecto campesino. En cambio, teníamos pañuelos: preciosos, auténticos, comprados por Agafía en el pueblo. Constituían el detalle más importante de nuestras ropas de viaje. Confeccionados de lana, rematados con largos flecos sedosos, con un dibujo muy popular en nuestra tierra: entre las hojas verdes florecían capullos de rosas.

El día de la partida pasamos mucho tiempo delante del espejo. De pequeñas dimensiones, colgado sobre el pomo de la ventana, reflejaba el rostro entre rosas y hojas sobre el fondo del paisaje del ghetto. Las rosas florecían sobre los tejados de las casas vacías; en las estrechas callejuelas difuntas verdeaban las ramitas. Estiré los labios con una sonrisa artificial, até, una vez más fuerte, otra más floja, el nudo bajo la barbilla, saqué un mechón de debajo del pañuelo y volví a esconderlo bajo las flores rojas. A causa de estos cambios mínimos el rostro en el espejo me parecía cada vez distinto. Lo miraba atentamente. Pertenecía a una muchacha nueva y, al verla sonriente, vestida de colores, me preguntaba: ¿cómo será mejor, con el mechón sobre la frente o sin él? ¿Cómo logro un aspecto más ario? En la maleta y en el hatillo algo más de ropa: gris, neutra. En el bolso, la documentación: las partidas de nacimiento, nuevecitas y frescas, que no habían perdido su frescura a pesar de haberlas embadurnado de ceniza y arrugado entre los dedos, una kenkarta y el documento más importante, llamado «citación personal», que certifica que nos dirigimos voluntariamente a trabajar a Alemania. Elzbieta es reclamada por un jardinero, yo por un restaurador de una pequeña ciudad de Hessia. El documento fue expedido por el jefe del Arbeitsamt[10] local, un ucraniano. No sabemos por qué lo hizo: ¿el ansia de una buena ganancia?, ¿un seguro para el futuro?, ¿deseo de ayudar? No éramos los únicos a

quienes había facilitado el viaje.

Al revés que las personas sorprendidas en redadas callejeras o llamadas obligatoriamente, las «voluntarias» conocen el lugar y la clase de trabajo que les espera, y una franja roja cruza sus papeles. Las «citaciones personales» tienen que ser confirmadas en el Arbeitsamt regional, lo cual —según las palabras del ucraniano— es una mera formalidad. Los documentos personales, los del Arbeitsamt, los misales y una media herradura. Nada de dinero. El dinero podría delatarnos.

El comienzo del camino ha desaparecido de la memoria. Existe la oscuridad de la noche otoñal, el viento que arrebata, el susurro de los árboles en el callejón del claustro, pero no está el momento de cruzar la ciudad y el puente, el instante en el que debimos haberlo atravesado (es curioso que todo lo relacionado con el río se incrustara como una señal duradera en la memoria). Sólo ese instante, cuando entramos en la llana estepa, es nítido. Le indico a Elzbieta un puntito luminoso y le digo: «Allí». Es el mismo lugar donde ayer encontré la herradura. Mi padre me mostró una débil luz y dijo: «Allí». Y yo en ese momento pisé algo duro sobre el suelo, me agaché, levanté la herradura y la guardé en el bolsillo. «¿Da suerte, verdad?», le dije a mi padre. No prestó atención a mis palabras y nos mostró una vez más: «Allí». Y añadió: «No podéis equivocaros».

Corremos por el camino de nuestros pasos de infancia y tiempos escolares —una llanura sin fin, tierra batida de los pastos que en verano olía a serpol, camino que en lenguaje casero se llamaba «del campo», que posee también otro nombre cautivador y salvaje: ruta tártara.

Corremos por la ruta tártara hacia la cabaña que nos parpadea con su luz. Llamé en la ventana, chirriaron las puertas. En el vestíbulo, aroma a col fermentada y a hierbas secas. El susurro del campesino: «Silencio… hay gente en la casa… al desván… por la mañana os despertaré». Yacemos sobre el heno aromático, cuelgan del techo mazorcas de maíz. Detrás de la ventanilla pasa una vez la luna blanca, mas enseguida desaparece y ya no vuelve. Mañana el granjero llevará a nuestro padre la noticia de que nos han transportado a la capital de la voivodía[11] y entonces mi padre irá al sótano del apicultor donde las abejas, en sus colmenas, pasan el

invierno. El apicultor vació dos colmenas, mi padre compró el sitio liberado. El hecho de que hayamos llegado a la capital no justificará nada, pero mi padre tiene que desaparecer con nosotras. (No pensar en el padre del ghetto, no pensar en la madre que ya no existe, ni en Miriam, que se ha escabullido en el frente.) En cambio, es necesario repetir: los planes más enloquecidos cuentan con las mayores esperanzas de verse cumplidos. Repito la frase en la mente una y otra vez, pero no comprendo qué estoy diciendo. Al lado, la respiración de Elzbieta. Permanecemos toda la noche en silencio. Aún no sé que, ahora, será siempre así: en los momentos difíciles y cruciales callaremos siempre. Sólo al amanecer Elzbieta pregunta: «¿Qué crees?». Y yo le respondo: «Creo que esto saldrá…».

Ni tan siquiera sé eso, que ella me lo preguntará siempre en los momentos duros, que con esta pregunta, que ocultaba una tímida esperanza de consuelo, interrumpirá siempre nuestro silencio común y que yo le daré siempre esa contestación, sin quitarle la esperanza, sino siendo supersticiosamente cauta: creo que saldrá…

Bajo el oscuro cielo y las estrellas palidecientes el granjero engancha los caballos. Las enormes pieles de cordero son un escondrijo seguro de las miradas humanas. El viento exprime lágrimas de los ojos, dos grupas caballares bailan ante nosotros, los campos están cortados por la escarcha. Pasadas dos horas estaremos en la capital de la voivodía, abandonadas a nuestra merced, nuestra astucia, nuestra suerte…

***

En la Arbeitsamt, donde hay que sellar los documentos, lo cual —según lo dicho por el ucraniano— otorgará validez a los billetes de tren, no hay ningún cliente a hora tan temprana. El pasillo se halla vacío, detrás de la puerta tabletean las máquinas de escribir. Para que se vean, asomo por debajo del pañuelo mis cabellos claros, froto las mejillas para que enrojezcan. En mi cara florece inesperadamente una sonrisa tontorrona. Katarzyna, aunque en absoluto fuera así, resulta de repente una muchacha de campo corta de luces. Esa estupidez brotó por sí misma, se acorazó con una somnolencia torpe. «Sello», dice entregando los papeles y echando a

la joven alemana una mirada vacía, mientras Elzbieta, a mi lado, dice también «sello», pronuncia con el mismo tono esa palabra y con la misma mirada vacía mira hacia delante. Por lo visto, también en ella la estupidez había aparecido súbita e inconscientemente. La alemana, con una chaqueta roja, las uñas pintadas de rojo y diminutas ondas de permanente (todo esto lo advierte mi segunda mirada que observa atenta y alerta, vigilando cada detalle) nos sonríe a las dos tontas, sonríe porque tiene delante a dos que van por propia voluntad a trabajar a Alemania, los papeles cruzados por una raya azul anuncian este hecho con más contundencia que la palabra «freiwilling[12]» escrita en una de las columnas. Y ya coge los sellos, ya los imprime dócilmente, sin preguntas, «alles in ordnung[13]», tan rápida, tan llanamente…

—Esperaréis el transporte en el campo.

Desaparece la torpe y somnolienta Katarzyna. Mi voz se llena de indignación.

—¿Lager? —exclamo— ¿Transport? Uns sagen alleine fahren, nix Transport[14].

—Nix alleine —replica—. Sammellager, Transport, alle zusammen[15]….

—Freiwilling alleine, nix Transport[16].

—Schweigen[17]!

Un hombre joven entró en la estancia y dijo en polaco:

—Vamos, vamos, las discusiones no servirán de nada. Son las leyes…

En el camino hacia el Sammellager no ocultaba su asombro: «¿Por qué ha armado tanto follón? Será más agradable ir con los demás…». Pero yo lo sabía: Sammellager y Transport eran palabras malditas. Un giro malo e imprevisto había tenido lugar.

***

El edificio escolar, con una garita de vigilante en la entrada del patio. Las aulas han sido despojadas de sus bancos, en el sucio suelo acampan muchachas campesinas, huele a provisiones de viaje, a tocino y a queso. Ayer salió un transporte: 50 jóvenes fueron trasladadas a Alemania, pero seguramente mañana saldrá otro,

porque ahora recogen por los pueblos un contingente forzoso que raptan en las calles.

—¿Así que va usted como voluntaria? —pregunta el jefe del Sammellager.

Sentado detrás del escritorio, con una cara pálida y zorruna, observa a Katarzyna, que ya no es una tonta muchacha campesina; nadie sabe cuándo ni por qué se ha transformado súbitamente en una persona bien educada, amable, ligeramente sonriente.

—Cuidado —se dice a sí misma—, es un zorro muy listo.

—¿Y por qué se va? ¿Está mal aquí?

Tiene los dedos amarillos de nicotina, sobre el escritorio hay un paquete de tabaco Yuno. Daría mucho por un cigarrillo.

—Mi amiga me convenció. La llevaron hace un año, está muy contenta, satisfecha con el trabajo… me ha convencido. Y, sabe usted, una va a ver un pedazo de mundo…

El rostro del zorro sonríe sin quitarme la vista de encima. Yo sonrío también. Podría decirse: dos personas bien educadas intercambian las sonrisas de rigor.

—Entiendo —dice amablemente—, puede volver a la sala.

—¿Y cuándo saldrá el transporte?

Resultaba imposible retirar estas palabras, casi inocentes, pero que delataban prisa e inquietud. No debí haber hecho esa pregunta. Pero el jefe del Sammellager no ve en ello nada extraño.

—Un día, dos —responde amablemente—; esperamos la afluencia de nueva mano de obra.

—¿Entonces, tal vez podría irme a casa y volver mañana?

—Imposible. Vuelva a la sala.

En la puerta me cruzo con Elzbieta, aún oigo la primera pregunta:

«¿Usted también es voluntaria?». Elzbieta vuelve poco después a la sala. Musita: «Creo que se ha dado cuenta». La vecindad no permite la conversación. Al llegar la noche la sala está casi llena. Las muchachas rezan, entonan canciones religiosas. Me siento, me apoyo contra la pared, el misal en la mano: mis labios se mueven sin emitir sonido. «¡Ojalá salga bien, ojalá salga bien!». Rezaré siempre con estas palabras cuando otros labios susurren el Padre Nuestro o el Ave María. Elzbieta está de rodillas, la cara entre las manos.

Esa misma noche el transporte fue anunciado. Dos hombres entraron en la sala, uno mayor, huesudo, con un gorrita ciclista de piel sobre su cabeza pequeña y redonda y una cazadora de cuero, otro, jovencito de cara agradable e infantil, con un elegante abrigo azul marino y claros guantes de napa. Pasaron por el centro de la sala, contaron a las acampadas en el suelo y, después, el mayor dijo en voz alta: «Mañana por la noche será la partida».

***

Se llevaron a Elzbieta por la mañana. Hacía cola para el café cuando alguien que estaba en la sala de hombres dijo en voz alta: «Ésa parece judía. Mírenlas, qué listas, hallaron la manera… Hay que llevarla donde corresponde». Terminó tranquilamente el café y volvió a la sala. Una hora después sonó su nombre.

Cuando salió, me eché con la cara pegada al suelo, escondí la cabeza entre los hombros, se endurecieron mis músculos, yacía estirada como una cuerda, como ya lo había hecho una vez, en la misma posición, igualmente inerme, esperando a mi padre.

Ocurrió hace mucho, los primeros días posteriores a la entrada de los alemanes en la ciudad, donde nos sorprendió la guerra. «Por la noche cogen a los judíos», nos dijo la limpiadora. El teléfono del amigo, en cuya casa mi padre pasó la noche, callaba. Salí corriendo de la casa que me brindaba su hospitalidad y huí por las calles vacías de la ciudad, olvidándome de la existencia de los tranvías. El amigo de mi padre vivía en la periferia. Hallé en el portal un calcetín de hombre. Una anciana de pelo blanco, sentada junto a la mesa, exclamó al verme: «No están, ni mi hermano, ni tu padre; se los llevaron a las tres de la mañana, no están, no volverán…».

Su grito me perseguía por la escalera, regresaba con una tranquilidad pétrea en el corazón. La dueña de la casa en que fui hospedada, una bella mujer con cara de actriz, dijo «ah…» y quiso abrazarme, pero la rechacé. Entré en la habitación que me había cedido; valiosos cuadros me miraban desde las paredes, pesadas cortinas tamizaban la claridad del día. Me eché en el diván, oculté el rostro entre los hombros, mis músculos se contrajeron, sabía que iba a permanecer así hasta que mi padre volviera. Una hora después

sonó el timbre de la puerta. Había logrado escapar.

Susurro de voces por encima de mí, zigzagueo de pasos sobre la tarima.

Espero a Elzbieta, tiene que volver.

Se acostó a mi lado sin pronunciar palabra, se tapó con su abrigo del colegio. Quisieron comprobar los documentos una vez más.

Preguntaron: «¿Stefanska? ¿No será una equivocación?». Se reían en su cara. Eran tres: el jefe del lager, el hombre de la gorrita de ciclista y uno más, desconocido.

Así pues, estuve esperando que gritasen el apellido de Katarzyna, pero como el tiempo pasaba y nadie lo pronunciaba empecé tímidamente a esperar la llegada de la noche, la partida nocturna.

Por la tarde, nos llevaron a todos a la casa de baños: para despiojarnos. Atravesábamos la urbe en filas de a cuatro. No me gustaba esta ciudad. Antes, solía venir aquí cada semana a las clases de música impartidas por el pequeño y pecoso profesor. Me decía: «Hay que tocar con la cabeza y no con los dedos». Jamás había pensado en él y, de repente, ahora, en el camino hacia los baños, le recordaba. Y también me recordaba a mí misma con una camisa blanca escolar, con el número del instituto bordado en la manga, con calcetines blancos, con las notas en la mano. Pero cuando regresé del baño, embadurnada de polvo blanco, ya no recordaba nada más. Estaba ocupada en escuchar la conversación de las muchachas que me seguían. Estaban indignadas porque les habían echado polvo blanco en la entrepierna, lo cual era una vergüenza y una humillación. Decían que habían llegado tiempos duros e infames, que ese Hitler era un criminal, aunque, había que decir la verdad, los había librado de los judíos.

Muy entrada la noche salimos hacia la estación. El aire era gélido, el cielo límpido, sembrado de estrellas. El sonoro llanto de las mujeres se transformaba poco a poco en un canto. Se entregaban a la protección de Dios. El rostro de Elzbieta estaba humedecido por las lágrimas. Mis ojos estaban secos. Sentía en mi corazón una alegría empañada.

***

Un chorro de intensa luz inundó mi cara. Tan sólo veía una intensa espada de luminosidad dirigida a mis ojos aún plagados del sueño en el que me sumí inmediatamente después de la salida del tren.

—¿Qué es esto? —grité con fuerza, porque así debía hacerlo, porque así había sido trazado el esquema.

—Documentación…

No veía a aquél que estaba delante de nosotros; le protegía el agudo resplandor del reflector.

—Apáguelo, caramba, qué bromas son estas…

—Sin discusiones. Marchando, los documentos…

La luz se apagó. Ante nosotros se hallaban dos hombres.

Me sorprendí: ¿ese muchachillo con esa simpática cara infantil?

Pero era el de más edad quien gritaba: ese joven, el de la cazadora de cuero, simplemente, le iluminaba.

—¿Quién le ha mandado despertarme en plena noche y aguijonear mis ojos con la luz?… ¿Con qué derecho?

Así debía ser, así era el esquema que permitía ganar tiempo y sacudirse de la sorpresa.

El haz de la linterna iluminó la solapa abierta de la cazadora.

—Señoritas, acompáñennos al compartimento de al lado, charlaremos un poco…

—No les hables tan delicadamente —dijo con tono de enfado el mayor—, aquí hay que ser duro.

En el vagón, el silencio. Antes de que alcanzáramos la puerta, ya se oían los primeros susurros: judías, cogieron a judías…

***

¿Cómo fue esa noche pasada con un espía en un compartimento de segunda clase débilmente iluminado por una bombilla? Katarzyna realizaba con torpeza escolar su primer gran papel y, según esa regla consabida, fermentaban en su cara la indignación y la rudeza. Pero, todo en vano, porque sabía que ellos lo sabían, que lo supieron desde el primer momento, informados, ciertamente, por el jefe del Sammellager, cómplice en la tarea de la delación. Recordé la mirada que nos arrojaron cuando dieron una vuelta por

la sala y la rápida sonrisa de entendimiento del joven; «no seas hipersensible», me dije, «así no se puede».

Pero, precisamente, el hecho de que, aún sabiéndolo, no nos hubieran llevado a la policía constituía un leve consuelo. Es un chantaje, quieren dinero. Aún no se habla de ello, todavía dicen «gestapo», es decir, así se expresa el joven de gabardina azul marino y guantes de cabritilla color beige, cuyo aspecto recuerda a un alumno de instituto o a un estudiante. A solas conmigo, en un compartimento de segunda, repite amablemente: «Les aconsejo que confiesen, después será demasiado tarde, es una pena, usted, con este aspecto…».

No se quitó los guantes a lo largo de toda la noche, me miraba directamente a los ojos, delicado en su lenguaje y modales. Sólo en una ocasión apareció en sus ojos un destello de maldad cuando, frente a su intento de persuasión: «¿Por qué jugar a la gallina ciega?», le pregunté, «¿cómo de un modo humano?». Entonces, su cara se transformó, se formaron en sus ojos dos estrechas rendijas, perdió ese aspecto de jovenzuelo. «Mida las palabras —susurró—, tenéis suerte de haber topado con nosotros…».

Mas inmediatamente se controló y, hasta el día siguiente, siguió mostrándose amable, bien educado.

Me daba cuenta de que mi resistencia y, seguramente, la de Elzbieta, sentada en el compartimento de al lado a solas con el viejo, vivo retrato del espía verdadero (sentía vergüenza por no haberme dado cuenta…) eran vanos. Conocían el nombre, lo sabían todo… Sin embargo, repetía obstinadamente que no, que no era verdad, que podíamos ir a la policía… y, después, me encerraba en el silencio, apartaba la cabeza y miraba el reflejo de mi cara y mis cabellos revueltos y la del joven soplón y la mancha clara de sus guantes en el cristal negro. Mientras, él, confidencialmente, sonriendo, sin quitarme la vista de encima, representaba su papel. Hasta que, por fin, en una ocasión, añadió que, si por él fuera, renunciaría, porque tenía el corazón blando, pero el viejo era terco y no cedería, necesitaba dinero para vodka y los conduciría directamente a la Gestapo, allí pagaban bien. Y añadió que no sería ni la primera ni la última vez.

—No tenemos dinero —dije, y por lo visto la verdad resonó claramente en mi voz, porque me creyó.

Se extrañó de que pudiera emprender un viaje tan a la ligera, sin asegurarme, se sabía que a cada paso…

Prometí traer el dinero dos días después. De dónde sacarlo, no tenía ni idea. Entonces, se levantó y se trasladó al otro compartimento para comentar las condiciones. No se distrajo mucho. Cuando volvió le pregunté por Elzbieta. Se echó a reír. «Es tan infantil y tan terca como usted. Sigue sentada, fatigada y pálida y cuenta siempre la misma historia: no, no es verdad, podemos ir a la policía…».

Y el viejo se ríe en su cara, «¿cómo que no es verdad? Te conozco, comprabas embutidos a mi hermano, porque mi hermano, señora, tiene una tienda de embutidos en vuestra ciudad».

Surgió detrás de la ventana un lago de agua gris ceniza. Los árboles se mojaban con la lluvia. Recordé que el lago se hallaba cerca de la ciudad. Llegábamos.

—Ve, hemos hecho el trato —rió el soploncillo.

No le hacía caso. El nombre de Halinka, agazapado dentro de mí a lo largo de toda la noche, resonó ahora a plena voz. Me así fuertemente a él. Era la única persona a quien podíamos acudir en busca de cama. Sólo la cama, no el dinero.

Cuando nos apeamos nos dimos cuenta de que el tren estaba vacío. Me sorprendí, no había oído que bajaran. En contra del sentido común, percibí el abandono del vagón como otro golpe, la pertenencia perdida. Estábamos solas, en una ciudad extraña, sin documentos ni dinero. Me agarré de nuevo al nombre de Halinka, mas ahora apareció también otra palabra, obstinada, pegajosa. La derrota. Trataba de defenderme de ella, acallarla, silenciarla, con el nombre de Halinka.

Los soplones repitieron una vez más el nombre de la calle y del tugurio donde teníamos que encontrarnos pasados dos días. «Estarán los documentos», dijo el viejo, y los dos se alejaron.

Estábamos de pie ante el tren vacío, en una vía lejana de una enorme estación, en un bosque de semáforos entre las vías enmarañadas y mirábamos cómo las espaldas de los confidentes desaparecían en la niebla de un diminuto y cortante sirimiri.

***

Entre la llegada a L. y el viaje de partida permanezco en cama, cuatro (¿o cinco?) días, no sé, no soy capaz de contarlos, ni siquiera lo intento, ya que todo eso no tiene importancia, todo es dolorosamente enrevesado, sin solución aparente, cuatro o cinco días entre la llegada y la partida de la misma —¿u otra?— estación, en medio de la misma lluvia que no dejaba de caer, una fina llovizna en la cual los espías habían desaparecido llevándose nuestra documentación. La lluvia abundante que caía a cántaros en el momento de la partida, cuando otro soplón, ya neutralizado, nos ayudaba con la maleta deseándonos un buen viaje. La reconstrucción de esos días es una tarea difícil porque hay que atravesar los nebulosos terrenos de la memoria. La niebla se despeja, se vuelve más densa, algunas veces la imagen resulta nítida, en otras hay lagunas, la reconstrucción de aquellos días es un laborioso trabajo que consiste en unir trozos y retales en un todo continuo. Y, especialmente, es un trabajo lacerante.

Cuando los espías se hubieron ido —el viejo con la gorra de ciclista y el joven con los guantes color beige— cayó una densa niebla. No sabemos cuánto tiempo permanecimos en un lejano desvío ante el tren vacío, qué palabras nos dirigimos mutuamente. Tuvimos que habernos hablado en aquel momento, cuando nuestro viaje se hizo trizas y no sabíamos si lograríamos emprenderlo de nuevo, tuvimos que haber intercambiado al menos unas frases sobre la noche pasada: ¿palabras de desesperación?, ¿de consuelo?, ¿de miedo?, ¿de compadecimiento? No están en la memoria. Lo único que ha perdurado es esa sensación de desnudez que experimenté al pensar que en mi bolso no se encontraba la documentación.

Sólo la imagen del tranvía está clara: estamos entre una multitud de húmedos jubones, en medio del aroma fétido de las campesinas con sus cestos, en la plataforma de atrás, con los rostros dirigidos hacia el cristal, aguado y opaco. Mis dedos quitan la humedad de la ventana, tras la cual se halla la muy reputada plaza de la estación que yo no reconozco ni me esfuerzo por reconocer y, sobre la plaza, enormes charcos de barro sembrados de hojas secas. Mientras borro la humedad del cristal repito obstinadamente dos palabras, Halinka y dinero; no permito que cruce ninguna más y, aunque golpean con tenacidad, las empujo hasta lo hondo, se posan en el hueco de debajo de los pechos y me hacen daño.

El tranvía ha dibujado un arco en la terminal y avanza por una calle fea, sin árboles, recta, larga, que nos conduce hacia el corazón de la ciudad.

Por esa calle había corrido una vez en dirección opuesta, es decir, de la ciudad hacia la estación, bajo el sordo bramido de los bombardeos, con la estúpida esperanza de encontrar aún algún tren que partiera. Pero no partían. Era el 21 de junio de 1941, al día siguiente iba a pasar mi último examen.

El recuerdo provocado por un jirón de la memoria se aleja inmediatamente, desaparece como si jamás hubiera existido. Sólo existen mis palabras, nada más. La mano-péndulo borra del cristal la vieja humedad hace tiempo desvanecida.

«Sólo dos días, Halinka —le diré— sólo dos noches, tengo que conseguir dinero para los chantajistas, iré a ver a los amigos de mis padres. Polacos, creo que no me lo negarán…». En el cristal, al lado de mi mano, aparece otra: ancha, masculina. Sé inmediatamente —aun antes de oír el susurro— que no ha surgido aquí sin razón alguna. El hombre, a quien no veo, está detrás de mí; sólo veo su mano junto a la mía, de repente, inmóvil, diciéndome directamente al oído: «Si necesitaran ayuda diríjanse a León Kicula, calle Podzamcze, 3.» La mano se despega del cristal, dentro de mí brota el pavor: «¡Nos ha reconocido! ¡Nos ha reconocido! ¡Huiré!». El vocablo «ayuda» suena a trampa. Así que, cuando el tranvía se detiene en la siguiente parada tintineando sonoramente, me deslizo hacia la salida. Elzbieta me sigue y por el rabillo del ojo veo el rostro de un hombre con gorra alta de piel de cordero, un rostro corriente, ni bueno ni malo. En ese momento es el rostro de un hombre sorprendido y la expresión de estupefacción de esa cara me fuerza a repetir en el pensamiento la dirección y el nombre, a dudar respecto al signo de igualdad que había situado entre las palabras «trampa» y «ayuda». «Recuerda: Kicula, Podzamcze, 3», le dije a Elzbieta y llamé a un simón con la capota de hule negro desplegada.

Halinka habitaba lejos de la estación, en una casita unifamiliar de un barrio silencioso. Al lado había un parquecito, arbustos y árboles y otras casas que se parecían como hermanas gemelas. Todo ello, contemplado una sola vez, lo vi de pronto muy nítidamente delante de mí. También vi a Halinka, en el claro de la puerta, diciendo: «Hace tiempo que tengo ganas de conocerte». Era un día

canicular a principios de junio de 1941, domingo.

Desde las cercanas canchas de tenis llegaban los sonidos del peloteo. Bebimos café en una habitación acogedora, sobre la mesa un jarrón con malvas, detrás de la ventana un castaño. No ha perdurado una sola palabra de la conversación, sólo nuestra alegría —la mía y la de Marian— y la sonrisa suave y comprensiva de Halinka. Era mucho mayor que nosotras, divorciada. Rostro pálido, el cabello atado con un gran moño en la nuca, ojos oscuros. Recordé su voz, suave y melodiosa. Trabajaba en un banco. La vi solamente una vez en la vida, pero cuando llegó la guerra y los alemanes, escribí su nombre y apellidos en las cartas a Marian, quien no se había ido al ghetto y vivía escondido en casa de Halinka. Entonces se llamaba Pawel, permanecía en una habitación cerrada y solitaria traduciendo los sonetos de Shakespeare. También jugaba solitarias partidas de ajedrez. Hasta que, un día, escribió: «No puedo seguir más así, sin hacer nada; hay que luchar, hay que defenderse», y después empezaron a llegar informaciones cifradas sobre el proyecto de deslizarse a través del frente, sobre los contactos establecidos que debían facilitar dicho plan y las personas de confianza que aseguraban la ayuda y los guías.

Cuando vino a despedirse —sombrero verde con una pluma verde opalescente, altas botas resplandecientes, dijo: «Recuerda que siempre puedes contar con Halinka. Prometió ayudarte. Es una persona maravillosa».

Aquel día de junio le dijo al despedirse de él: «Ven de nuevo, rápidamente. Hazlo».

Eso ocurría año y medio antes. Ahora iba a verla. (Elzbieta preguntó susurrando: «¿Estás segura de que nos recibirá?». Y aún: «¿Pero de dónde sacaremos el dinero…?». No hallé respuesta para la segunda cuestión). El cochero se dio la vuelta, se inclinó hacia nosotras y nos mostró con la fusta:

—Miren, señoritas, cómo marchan los judíos…

Por la calle húmeda de lluvia se arrastraba una columna de figuras demacradas. Los zuecos chapoteaban sordamente. Pensé que seguramente se trataba de los prisioneros del campo de Jánow, allí donde estaba Nathan, e instintivamente me aparté hacia el fondo del simón.

La reconocí al momento, estaba igual que entonces, pálida, de

cabellos atezados, con un vestido oscuro. Ella no me reconoció. Detenida en el umbral, miraba asombrada. Y sólo transcurrido un momento exclamó al fin «por Dios», arrastrándome hasta la cocina. El calor y el olor a patatas fritas sacudieron mi cabeza, el hambre me presionó dolorosamente el costado. Quise decirle que no estaba sola, que Elzbieta esperaba en el pasillo, pero no me dejaba tomar la palabra.

—Así que has venido —decía—. Dios mío, has venido, no creí que te atrevieras y además tan rápido…

Ahora era yo quien no la reconocía en medio de esa excitación hilarante, no entendía por qué se alegraba. Mi corazón latía con fuerza.

—De veras, no me lo esperaba… ¿Cuándo has recibido el telegrama?

—No he recibido ningún telegrama —contesté, aunque no me resultó nada fácil, ya que tenía los labios ateridos…

Retrocedió un paso, como si quisiera verme mejor. Preguntó en voz baja:

—¿No lo sabes?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Marian está en la cárcel de la calle Lacki.

Una niebla llenó la cocina y obturó mis oídos. A través de ella oí mi propia voz, muy lejana, diciendo que hacía tres días que estábamos en camino y que Elzbieta esperaba en el pasillo. Entonces, Halinka abrió la puerta y llamó: «Por favor, pase». Vi cómo Elzbieta entraba en la cocina y en ese instante pensé que se me parecía mucho. Luego, me acerqué al grifo, lo abrí y bebí agua fría.

Estamos en una tranquila y cálida habitación. El fuego ruge en la estufa, los muebles brillan, cuidadosamente pulidos; sobre el sofá un libro abierto, un ovillo de lana y dos agujas. Sentadas las tres a la mesa comemos huevos revueltos y patatas. Halinka trae un dulce sucedáneo de té; sus movimientos son sencillos, saturados de armonía; así se mueven las personas vistas en sueños. ¿O quizá sea tan sólo un sueño del que en seguida me despertaré?

«Encima de la repisa de libros hay dos elefantes de cristal que conozco por las cartas. Los elefantes traen suerte», escribía Marian. Marian está en Lacki mientras yo como huevos revueltos en casa de

Halinka. ¿Por qué no le dije «quédate»? Hace una semana sonó el timbre; un hombre desconocido me entregó un trozo de periódico enrollado. Sólo una frase: «Estoy aquí desde hace seis meses». Aquí —aclaró el desconocido— significaba la cárcel de la calle Lacki, no quiso decir nada más y se fue. Un abogado conocido, ucraniano, me procuró más información: estaba detenido en calidad de ario, acusado de posesión ilícita de armas, así que existía una ligera esperanza. (Seis meses y ningún presentimiento, nada… ¡Qué inercia la del instinto!) ¿Acaso fuera debido a que en su última carta decía «todo se desarrolla según lo previsto» y avisaba sobre un largo período de silencio?

—Telegrafié porque se necesita dinero para el abogado, me prometió ocuparse del asunto… Te pedí que lo mandarais en el correo de vuelta. Era un plan alocado, condenado de antemano al fracaso. Yo no tenía derecho a prohibírselo, pero tú… Contigo se hubiera quedado, a ti te habría hecho caso…

Me callo. Un silencio cálido sobre un vaso de dulce menta. Debería explicarte, decir, pero sigo en silencio. «Te agradezco que no me digas “quédate”, pero si quieres me quedaré…». Una conversación nocturna junto a un río nocturno, el susurro de los álamos, el chapoteo del oleaje. Dolor en la garganta, dolor en el corazón. Apretar los dientes, no decir «quédate». Quedarse significa redadas y ghetto y campo de Kamionki, donde habían encerrado a todos los muchachos jóvenes de la ciudad. Callo.

—Podía haberse quedado conmigo hasta el final de la guerra, se lo pedí: «Ten un poco de paciencia», no quiso, no supo. Algo le empujaba. Los planes, cuanto más disparatados, cuentan con mayores posibilidades de éxito. «¿A ti también te lo explicaba así?» —pregunta Halinka.

Me callo. A mí también me lo escribía y, después, me lo dijo aquella noche al lado del río. «Esa huida —me decía— es mi defensa, mi lucha personal».

—Di algo… —dice Elzbieta en un murmullo. Sus ojos son enormes. Hay miedo en su voz. ¿Miedo a qué?

—No tienes que contestar. De veras, esto ahora tiene importancia.

Halinka se levanta de la mesa, recoge los platos. Pero antes de llevarnos a la habitación apartada del resto de las estancias,

pronuncia una frase dirigida a mí, la expresa en un tono decidido y natural, como si se tratara del asunto más normal bajo el sol.

—Por supuesto, te quedarás aquí.

La habitación está oscura, en las ventanas hay gruesas cortinas. Una mesa de cocina, un banco, una cama con un edredón de cuadros rojos. Al lado de la pared, un barreño con agua sobre una silla. En esta habitación vivió escondido… me digo, y no siento nada. Permanezco en un estado de aturdimiento, aplastada por un peso del que no sé desprenderme. Me digo (continuamente me digo a mí misma y no a Elzbieta, que sigue sentada en el banco, inmóvil, a quien siempre veré, a lo largo de esos escasos días que pasaremos aquí, sentada en el banco detrás de la mesa, callada, el mismo rictus en su cara), me digo: «Es la una, tienes media hora, no más. Media hora. No pensar en nada, dormir. El sueño te devolverá las fuerzas y la capacidad de razonar. Después, tienes que levantarte e ir en busca del dinero para los soplones». Me deslizo vestida debajo del edredón a cuadros, las sábanas húmedas me calan con su frescor, todo mi cuerpo tiembla. A la una y media me levanto, me lavo la cara y las manos en el agua turbia, me pinto la cara, me pongo el abrigo. Elzbieta permanece inmóvil, mirando a la lejanía. Quiero acercarme y decirle: «Pero si sabes que no te dejaré sola», pero no lo hago por miedo de romper a llorar. Le digo: «Acuéstate, trata de dormir». «Y no berrees como una idiota», añado, aunque sé que ella no llora. Sólo su cara tiene una expresión de dolor. (Y así quedará ya entre nosotras. Nada de sensiblerías. Cuanto mayor es la necesidad más sequedad hay en las palabras y en los comportamientos.) Después, salgo de la habitación, cierro la puerta.

Una lamparilla rosa está encendida encima del sofá, Halinka lee tumbada. Su rostro, habitualmente pálido, ha adquirido un tono rosado, el chal de lana que cubre sus hombros tiene el color de los pétalos de rosa que utilizábamos para preparar té en casa. Toda la habitación se cubre de rosa. En los oídos redobla el silencio. Sigo en la puerta como petrificada, paralizada por ese acogedor tono rosáceo, tengo la garganta oprimida, no sé emitir ni una palabra. Halinka me mira atentamente, sin una sonrisa, extiende el brazo y, de repente, la estancia se vuelve gris, no sé si será lo grisáceo del día lluvioso o acaso tal vez sea la amnesia agrisada.

No recuerdo nuestra conversación. Seguramente llegué a decir

que salía en busca de dinero, que tenía sólo dos direcciones de personas a las que podía dirigirme para pedir ayuda, y ella seguramente me habría dicho: «Ten cuidado, has vivido en esta ciudad dos años y nunca encontrarás a viejos conocidos con tanta facilidad como ahora…».

Probablemente también me dijo que su prima había aceptado llevar las tres cartas, ya que después de volver de la ciudad escribí una carta pidiéndole a mi padre dinero para el abogado, una carta a mis tías, para que vendieran todas nuestras cosas que pudieran venderse y también una carta a Agafía, quien se encargaría de entregar ambas cartas, una en el refugio en casa del apicultor, otra en el ghetto.

En esta ciudad estoy alerta. Atravieso las calles por las que antaño paseaba, paso junto a plazas y edificios conocidos, cafeterías donde tomábamos café y comíamos bolitas de chocolate, cruzo lugares de encuentros y despedidas alejando de mí jirones de conversaciones, no quiero escucharlas, no quiero recordar, y cuando me detengo ante el espejo de un escaparate, sale a mi encuentro una muchacha ajena con un pañuelo de flores laboriosamente cubierto con un turbante a la moda, jadeante por lo apresurado de sus pasos, arrojando miradas ausentes y algo sorprendidas. La imagen de esta muchacha, semejante a la de otras muchachas con turbantes que se apresuraban desde la oficina hasta la casa, tenía un efecto tranquilizador, nadie se fijaba en ella, ni en la calle, ni en el tranvía, mientras ella se acercaba ya a la plaza de la iglesia barroca cuya bella fachada puede admirarse en todo su esplendor desde las ventanas del segundo piso.

Dentro de un instante estaré en esta morada. Seguramente no se negarán. Al ver la plaza y la iglesia me detengo sin querer y tomo aliento. Seguramente no se negarán.

La placa de latón sobre la puerta, la misma de antaño; en la puerta entornada el rostro de la misma ama de llaves. Su murmullo despavorido: «¡Jesús y María, señorita, váyase corriendo, los señores están en el pueblo; aquí viven ahora los alemanes». Un portazo delante de mis narices.

Un hombre desconocido ha abierto la puerta del piso de al lado. No me ha sorprendido, presentía que iba a ocurrir. «El doctor S. murió hace un año», dijo. Su mujer vive actualmente en Varsovia.

Así que no había nadie.

Se desplomó un anochecer prematuro, lloviznaba.

Iba arrastrando los pies, paso a paso, fatigada, rota. Crucé a través del parque, me senté en un banco de una callejuela fangosa. «Si no hay dinero, no habrá documentos», había dicho el viejo espía. Me decía: «Tienes que inventar algo, tienes que conseguir el dinero; sin documentos…», pero no llegué a terminar la idea. Me sentía presa de un cansancio cada vez más grande y más pesado.

De repente, volví en mí: Elzbieta espera, Halinka espera, pensarán que me han cogido. (Salí corriendo del parque. En la calle, frente a mí, se detuvo un tranvía con el letrero «Podzamcze». Subí sin pensarlo dos veces. León Kicula, Podzamcze, número 3. Iba a ver a un desconocido cuya dirección me había sido brindada por otro desconocido. Era consciente de la ayuda que me había sido musitada al oído. Ciertamente, costaría mucho dinero, pero no era capaz de pensar racionalmente. Y si tal vez… me decía.)

En la calle Podzamcze, número 3, se hallaba una casa casi en ruinas. Una calle vacía, ni un solo hombre, ni una luz; apenas visibles en la oscuridad, los edificios de la terminal de mercancías. La casa parecía deshabitada; a pesar de eso, entré en el portal. Estaba desconchada y apestaba a humedad. Llamé a la puerta, no me respondió nadie. Subí al primero, allí había otra puerta con una barra de hierro cerrada con un enorme candado. Detrás de esa puerta vivía alguien. Un estridente silbido de locomotora rasgó el silencio, me dominó el miedo a la soledad y a la oscuridad, corrí de regreso hasta la parada y, mientras huía, me decía: mañana volveré, quizá…

Ahora pensaba únicamente en llegar a casa de Halinka, en nada más. Un hombre sentado enfrente me miraba con obstinación; me bajé del tranvía y seguí el camino a pie a través de la ciudad neblinosa y oscura, iluminada de vez en cuando por la luz amarillenta de una farola.

Paso a paso, siguiendo la línea de las casas. Elzbieta, sentada en el banco, espera; Halinka, acostada bajo la lámpara rosa, espera. Sólo dos manzanas me separan de la plazoleta de su casa. Una mujer con un gorro de piel en la cabeza me miró atentamente y se detuvo. Sin apresurar el paso, continué tranquilamente mi camino.

—¿De veras eres tú? (Reconocí inmediatamente esa voz, el

acento alemán en su idioma polaco.)

Fräulein Hedwig, llamada Tschuppi. En verano, durante las vacaciones, venía el carruaje del palacete a buscar a los niños; lazos rojos al lado de las orejas de los caballos; la finca estaba hipotecada, pero el carruaje era magnífico; un viejo palacete apoyado tradicionalmente en columnas, en un viejo parque, la terraza dibuja un semicírculo que se dirige hacia los paseos umbríos. Sobre la mesa, el cacao humeante servido en tazas por la preceptora alemana, un nombre extraño para el oído, menudita, rolliza, bromista, ojos como nueces. «Ah!, du mein Liebchen[18], querida mía, ¿un poco más de tarta?». Mitad en alemán mitad en polaco, oriunda de Silesia, corrían chismes sobre su relación amorosa con el menor de los dueños de la finca que había estudiado agronomía en las universidades alemanas. Fräulein Hedwig, llamada Tschuppi. El cacao había dejado de humear hacía tiempo. Se acalló el trote de los caballos, la finca, primero estatalizada por los rusos, después convertida en Liegenschaft[19], en sus barracones hay ahora un campo para judíos.

—Ah, du meine Liebe, han matado a Stefan, han matado a Frau Lotte, y a la bella Nina junto a su padre, en una ciudad lejana, con papeles arios; sólo der junge Herr Doktor, mi marido, está aquí, escondido en nuestra casa…

Y otra vez: «Ah!, du meine Liebe (decía después de haber oído mi relato), no te preocupes, mañana tendrás el dinero, venid a casa a merendar, es dinero de vuestro padre… La propiedad decaía, durante años no se había pagado la asistencia médica de los trabajadores de la finca, le deben a tu padre gran cantidad de dinero…».

Ha sucedido un milagro. Si hubiera pasado por allí unos minutos antes… unos minutos después… Si la mirada irreverente no me hubiera espantado del tranvía…

En la habitación brilla débilmente una bombilla de quince vatios, en la pared baila una enorme sombra. Tengo ganas de gritar, reír, llorar de felicidad. La otra sombra, la de Elzbieta, es una mancha inmóvil.

—¿No te alegras? Si supiera…

Elzbieta dice que todo le da igual.

—¿Ocurrió algo? Dime…

Repite la palabras de Halinka: «Por supuesto, tú te quedarás aquí. Ella quiere que te quedes, pero sólo tú. A mí no me quiere».

—O nos quedamos las dos o nos vamos las dos.

—¿Pero tú quieres quedarte, verdad?

No sé qué contestar.

—¿Crees que quedándote podrás ayudarle? ¿De qué manera? ¿Cómo?

A Halinka tampoco le sorprende el milagro acaecido a las puertas de su casa. Calla bajo la lámpara rosa, el chal de lana, mientras yo parloteo y parloteo aún bajo la impresión de ese encuentro que ha salvado nuestros documentos. El silencio llegado desde el sofá apaga mi excitación. Me callo.

—De veras, es un golpe de suerte —dice Halinka en tono quedo, razonable—, no creía que consiguieras el dinero. La falta de documentos podría llegar a ser, evidentemente, una gran complicación. Para todos. Y así, tu hermana se irá a trabajar a Alemania y tú te quedarás aquí. Prometí a Marian que te ayudaría. Además, creo que tu obligación es quedarte cerca de él…

Al escuchar su voz tranquila parece que no hay nada más simple que permanecer en la casa acogedora y silenciosa y mandar a Elzbieta, morena, de pelo negro, hacia lo desconocido.

(Cuida de ella, le será más difícil, protégela, es más joven…).

—No puedo quedarme sola, sin Elzbieta…

—Entiende que dos personas no es lo mismo que una…

—Entiendo y no me atrevo a pedirte… Pero no puedo abandonarla.

—No seas infantil, tiene sus dieciséis años… No te comprendo, piénsalo y me darás la razón. Si te vas, sería como si abandonaras a Marian…

—Compréndelo, no puedo abandonar a mi hermana…

—Perdona. La decisión es tuya. Ya conoces mi opinión. (¡Qué frialdad en las palabras!)

No me atrevo a entrar en nuestro cuarto, continúo en el pasillo, junto a la puerta. Una idea repentina: la habitación está vacía, Elzbieta se ha ido. Está, está… sentada en el banco, me mira, lo adivina todo.

—Ella no me quiere aquí.

—No.

Estuve escribiendo cartas a mi padre, a las tías y a Agafía hasta muy entrada la noche. Dormí un sueño largo y profundo. Al despertar, encontré a Elzbieta ya vestida. Me dijo: «No te preocupes. Puedes quedarte. Yo volveré a Z.». Tiene razón. Además, sería estúpido rechazar tal suerte. (La mañana, apenas comenzada y ya borrada en la memoria, una laguna, una mancha oscura. Quédate. Volveré. Sólo esto.)

A mediodía vino la prima de Halinka por las cartas. «No me cuesta nada», dijo, cuando le agradecí el gran favor. «Para mí, de veras, no es nada, siempre estoy viajando. Me dedico al comercio, hay que vivir…».

Preguntó si sabía qué mercancías valía la pena llevar a Z., qué faltaba. Y qué se podía traer de allí.

—Ellas huyeron del ghetto —le recordó Halinka.

Era joven y estaba preciosa con su abrigo de piel color marrón. Después de su partida, toda la estancia olía a flores exóticas.

La visita a Fräulein Hedwig persiste nítida en sus menores detalles: así, cuando nos saludaba en el umbral, «nas kommt herein, kinder, kommt herein[20]», y el recibimiento en la antesala que conmocionó a Elzbieta hasta hacerle saltar las lágrimas y cómo después permanecimos de pie entre los pesados muebles y alfombras y cortinas en la habitación en penumbra, y la Fräulein Hedwig decía que aquí, en esta habitación, estaba oculto su marido, que oía cada palabra nuestra pero que no podía participar en la conversación. «Saludadlo», dijo, y nosotras educadamente «guten Abend Herr Doktor[21]», ya que se solía hablar en alemán con el oculto. Después de nuestro «guten Abend» se hizo el silencio, ni un susurro, ni una respiración, miramos alrededor sin querer, pero ella, Fräulein Hedwig, riéndose picaramente, gritó: «No busquéis, no busquéis, no encontraréis el escondite, es un escondite muy ingenioso, yo misma lo inventé y lo acondicioné… nicht wahr, Oscar, mein schatz?»[22]. Me pareció oír un lejano ja, ja… pero era tan sólo una ilusión. «Wir trinken jetzt einen kaffee[23], yo he hecho el pastel —exclamó— du Oscar bekommst deine tasse später[24]». No pudimos satisfacer su pregunta sobre el sino de la familia. Las palabras hacían nudos en las gargantas. También comíamos el pastel con dificultad. Al despedirnos dijimos en voz alta «aufwiedersehen Herr Doktor[25]» y Fräulein Hedwig nos entregó un

sobre blanco.

***

Acompañé a Elzbieta hasta casa de Halinka y corrí al encuentro de los espías. Esperaban, según lo convenido, en el tugurio de la esquina de la calle Grodecka. Ambos. El mayor estaba junto a la barra con una copa en la mano, su cara roja, brillante; el joven, sentado delante de una mesa, miraba hacia la puerta de entrada: tenía las manos enfundadas en los mismos guantes de napa que llevaba en el tren.

Contaron el dinero, que era poco, el viejo torció la boca, aunque era en realidad la cantidad que ellos habían pedido.

—Anda, déjalo ya, hemos convenido… —dijo el joven.

Preguntó si quería tomar un té. Revisé los documentos y me levanté.

—Tengo mucha prisa…

—La acompaño —se ofreció.

—Tomo el tranvía, la parada está a un paso.

Se rió: «No tenga miedo, no pienso espiarla… simplemente quiero hablar con usted…».

Pensé lo mismo que en el tren: un muchacho aparentemente tan amable y, en cambio, chivato y chantajista. Y tal vez, probablemente, a causa de su aspecto y comportamiento, sea el espía perfecto. Quisiera ayudarme, dice. Tengo buen aspecto y todas las posibilidades de sobrevivir…

—Quiero proponerle que se quede en L.

En dos días, dos personas, por razones completamente diferentes, me proponen quedarme y me dan su ayuda. ¿Acaso esto significa que no debiera irme? ¿Quizá sea una advertencia? (Dice que no es un palurdo, sino un hombre delicado, primero me alquilará una habitación, conseguirá un certificado de trabajo y sólo después… pasado algún tiempo…)

—Usted me gusta mucho.

—Pierde el tiempo con esta conversación.

—Un momento… un momento… no crea que yo soy un profesional. Yo sólo así… de vez en cuando… con el viejo…

Palabra. ¿Para qué va a ir a Alemania?, ¿para qué va a trabajar para los alemanes? Eso es peligroso; bombardeos, puede morir.

Me escribió en una hoja su dirección y número de teléfono, por si cambiaba de parecer.

Antes de regresar a casa de Halinka fui a la calle Lacki. Me despido por segunda vez de Marian. Le explico por qué yo tengo que irme ahora, por qué no puedo quedarme con Halinka. Las lágrimas me alivian.

Un hombre mayor que pasa por la calle dice en voz baja: «No se detenga, hija mía, vuelva a casa, no es bueno estar aquí…»

***

Halinka no pronuncia la pregunta. Sólo me mira. Hela aquí, delante de mí, seria, pálida.

—No puedo dejarla, compréndelo…

Abre los brazos:

—Conoces mi opinión y sabes qué pienso de tal decisión.

—Lo sé.

—Dejad la llave en el pasillo, sobre la ventana.

—Sí.

—Eso es todo. Espero que no te arrepientas del paso que vas a dar. Os deseó suerte.

—Te mandaré la dirección, ¿me escribirás dándome noticias de Marian y de mi padre?

—Escribiré.

—Te doy las gracias por todo. No sé cómo agradecértelo…

—No me lo agradezcas.

Volví a la habitación y le dije a Elzbieta que mañana a las seis iríamos al campamento de distribución, desde donde salían los transportes directamente hacia Alemania. No había otro camino. Después, me acosté. Las sábanas estaban frías, yo tiritaba. Traté de conciliar el sueño, pero no llegaba. Oí llorar a Elzbieta.

Después, el llanto cesó y todo se volvió cálido y claro. «Sabía que me comprenderías», dice Marian. Vamos por una calle larga y vacía, sin casas ni árboles, ni tampoco gente, sólo nosotras dos. En

la desembocadura de la calle se halla un enorme edificio de ladrillo rojo. «¡No! ¡No!», grito despavorida, pero no oigo mi voz; la lluvia cae y mi padre, con una gabardina mojada y una maleta en la mano, cruza la calle. «Es el único camino, hijas», oigo su voz pero no me ve, habla en el vacío; no, se dirige a Halinka que está en la ventana, con la lámpara rosa en su mano.

II

Dejé la llave sobre el marco de la ventana del pasillo y me quedé esperando la llegada de algún sonido desde el interior de la casa, por ejemplo, el chirriar de puertas que se abren, pasos… Pero no, sólo se oía el silencio. La cerradura de la puerta principal se atrancó con un breve y seco chasquido; una contracción fulminante, dolorosa, me encogió el corazón. Llovía afuera. ¿Cómo sabía yo dónde se encontraba el campo desde el que salían los transportes para Alemania? ¿Quién me había dado la dirección? No lo sé, no lo sé. Alguien debió habérmelo dicho porque vagábamos sin preguntar por el camino, sin vacilar, en medio de una gran fatiga visible en la única imagen conservada de ese caminar: nosotras en la calle vacía, empinada, equipaje en mano, yendo despacio, con desgana, con resistencia. Esta imagen aparece como vista desde el exterior por upa tercera persona que observa a los protagonistas a cierta distancia. Árboles desnudos bordean la calzada.

Después, le pregunté a Zosia si recordaba el nombre de la calle donde se hallaba aquel edificio enorme, extenso, probablemente una antigua escuela, pero sabía lo mismo que yo: que fue en las cercanías de la estación central, desde donde, más tarde, partió el transporte.

A Zosia (entonces todavía anónima, sin nombre) la encontré por primera vez en este segundo Sammellager; más exactamente, no la encontré sino que la vi porque, entonces, no intercambiamos ni una palabra; al contrario, como turbadas, apartamos las miradas. Estaba en compañía de una joven de sonrisa seductora que hablaba en ucraniano y atraía la atención con su elegante vestimenta. De pie, apoyadas contra un catre en la sala enorme y atestada, las dos,

guapas y jóvenes, una rubia, otra morena; adiviné enseguida que la morena era una ucraniana auténtica, y la rubia, la de ojos azules, judía.

—Por supuesto que lo recuerdo —dirá Zosia más tarde (mucho más tarde porque al principio nos rehuiremos mutuamente)—, entonces nos custodió uno de los celadores, aquél de cuello flaco, con la nariz que se movía mucho; lo recuerdo, porque también fue él quien me acompañó al interrogatorio, pero me salvé: le di mi anillo.

Supuse desde un principio que todo iba a empezar de nuevo y mientras remontaba con paso cansino la calle vacía, luchaba contra el pensamiento (al igual que muchos pensamientos que debía colmar en mis adentros) de que aparecer a solas, por mi propia cuenta, atraería la atención, despertaría sospechas.

En la puerta, el guardia utilizó las mismas palabras que oía en mis pensamientos tan obstinadamente ahogados, ya que, mirándonos de reojo, preguntó: «¿Solas? ¿No venís con el transporte?» «Vamos como voluntarias», respondió decididamente, con cierta altivez, Katarzyna. (¿Te has vuelto loca?, —le grité en el alma— ¿por qué ese tono?) y entramos en el patio de la antigua escuela, atestado ahora por una multitud en espera del viaje, y del patio a una enorme sala, también llena de gente y de catres.

Me fijé muy pronto en unos jóvenes y activos muchachos con cien ojos dispersos que se movían diestramente en medio de la multitud. (¿No teníais nada? ¿Ni un anillo? ¿Ni un broche?), se extrañaba Zosia.

El joven de mirada inquieta, uno de los llamados supervisores, fue a vernos al día siguiente. Delgado, con un cuello largo y fino. «Vengan, hablaremos.» Por lo visto, todos ellos empleaban esta expresión, pero el chivato de los guantes de cabritilla se había expresado de un modo más bonito: «A una pequeña charla.»

Atravesamos la sala rumbo a una puerta oculta en el interior, detrás de los catres. Hay allí un pequeño cuarto de servicio. La ventana, enrejada, da a un montón de basura: deshechos de la cocina del lager. Junto a la ventana un hombre alto con trenca y sombrero echado hacia atrás, descubriendo la frente. No nos mira, enciende un cigarrillo. El que nos ha traído espera en silencio. «Por favor», le dice el hombre de la trenca y el otro empieza. Educada,

concretamente. Dónde ha nacido, describa la ciudad, diga el nombre de la calle principal, el nombre del burgomaestre, del alcalde, del director del colegio, el nombre del patrono de la iglesia local… Nos miramos a los ojos como dos personas bien educadas que dicen la verdad. Cito nombres, el chivato asiente con la cabeza o sonríe irónicamente, lo uno y lo otro; a todas luces, no conoce la ciudad que vio nacer a Katarzyna. Luego, las oraciones. Por favor… En el cuarto sombrío, con la mirada clavada en un montón de basura, con voz pura y tranquila, recito el Padre Nuestro, el Ave María y el Ángel de la Guarda, respondo a las preguntas del catecismo mientras el soplón, inconscientemente, adquiere una pose de cura que niega la absolución: demasiado bien lo sabe usted…

Después, el turno de Elzbieta, otra vez todo de nuevo… el hombre de la trenca nos mira ahora sin sonreír, en tensión, como si estuviera decidiendo algo. Una vez nos mira a nosotras, otra al fervoroso chivato que ordena a Elzbieta cantar villancicos: «Vinieron los pastorcillos», «Yace en Belén»… Detrás de la ventana se oyen fuertes conversaciones y peleas, aquí todos pelean con todos, «me cago en eso, ¿me oyes?, me cago» e «hija de mala madre, se le ocurre robar…».

—Pueden volver a la sala —dice el hombre de la trenca.

El chivato se muestra sorprendido por esta decisión que, por lo visto, proviene de su superior, ya que la acepta sin rechistar y abre la puerta.

Miradas curiosas de las vecinas. Una jovencita con corpiño huzul, la del catre más cercano, pregunta atónita:

—¿Os han dejado salir?

—¿Y por qué no iban a hacerlo?

—Ayer se llevaron a tres…

—Ellas no parecen judías… —dijo otra.

—Hay quien no parece…

La jovencita del corpiño huzul tiene una carita redonda, sonrosada, enormes ojos negros bajo los arcos de las cejas cuidadosamente depiladas. Se mira incesantemente en el espejo.

Cuando, no mucho después, pronuncian el nombre de Katarzyna, ordena a Elzbieta, que pretende acompañarme, que no se mueva de su sitio. Pero es una falsa alarma. «Alguien la espera al lado de la puerta principal», dice el supervisor, y yo salgo

corriendo, feliz, porque si alguien ha venido a verme seguramente no soy judía; feliz, porque no podía ser nadie más que Halinka.

La veo junto a la entrada, diminuta, delgada, de negro. Detrás del velo del sombrero, un rostro pálido.

Sólo nos es permitido hablar a través de la cerca, nos besamos introduciendo la cara entre las barras de hierro.

—Gracias —digo en un susurro—, sé lo que significa que hayas venido aquí.

—Estaba intranquila. ¿Todo en orden?

—Sí.

—Y nadie… Nada…

—Nadie.

—Mi prima ha telefoneado. Ha arreglado todo. Vuelve dentro de unos días. Quise que lo supieras…

Asiento con la cabeza. Las palabras parecen haber huido de mí. No puedo hablar.

—Escribe enseguida, manda la dirección. Te escribiré. Te avisaré.

Me dirá qué ha pasado con mi padre, con Marian. Maravillosa.

Asiento con la cabeza mientras ella dice en voz alta, para que la oigan los guardias:

—No te preocupes, Katarzyna, no es tan terrible el lobo como lo pintan…

De repente, las dos nos echamos a llorar, lo cual no sorprende a nadie e, incluso, es perfectamente comprensible.

***

¿Cuándo vino hacia nosotras el hombre de la trenca, el testigo de nuestras oraciones y villancicos? ¿La misma tarde? ¿O la mañana siguiente, a nuestro regreso de la policía? En la memoria parece confuso: a veces el mismo día, a veces al día siguiente, pero siempre se comporta de la misma manera y siempre dice las mismas palabras. Se sienta en el catre, picaramente desliza el sombrero hacia la nuca, ofrece cigarrillos… (No fuméis, decían los ingenuos, puede despertar sospechas…) Tragamos ávidamente el humo, el hombre de la trenca musita, sus palabras se dirigen sólo a nosotras,

nadie más debería oírlas. «Han tomado la decisión demasiado tarde, señoritas, ahora todos conocen este método y las descubrirán; resulta cada vez más difícil escabullirse; aún hace uno, dos meses, se podía fácilmente, sin obstáculos…»

Promete enviarnos lo más pronto posible y nos desaconseja circular por la sala, ir a buscar la comida: él nos la traerá.

Es un hombre alto, delgado, de rostro enjuto y huesudo. Lleva una trenca ligeramente sucia. Es el subdirector del Sammellager. Viene al anochecer, trae pan con mermelada de remolacha y cigarrillos.

(¡Ah!, él fue un hombre inusualmente honesto —dirá Zosia— a mí también me ayudó.)

Pero no pudo protegernos de la policía. Su poder no alcanzaba a la segunda planta. Ni siquiera llegó a saber que nos atraparon al salir de los baños y nos condujeron por pasillos y escaleras hacia el ala más apartada de esta antigua escuela, el cuarto de trabajo de la Gestapo.

Un gestapo estaba sentado detrás de la mesa; a su lado, la intérprete; junto a la pared, sentadas, seis u ocho mujeres pálidas y silenciosas. ¿Habían sido la mujer ya madurita y el hombre del bigote corto quienes, día tras día, acechaban a la entrada de las duchas, o habían venido especialmente a por nosotras como consecuencia del chivatazo del espía flaco, desilusionado por la falta de recompensa? Pudo haber sucedido de ambos modos.

***

Nos encontramos bajo la ducha caliente, al lado de un grupo de muchachas desnudas, mientras la mujer madura y el hombre del bigotillo esperan detrás de la puerta. Elzbieta y yo no hemos intercambiado palabra, pero ambas lo sabemos: nos esperan a nosotras. Vimos su mirada de complicidad cuando se presentaron.

La seguridad inmediata de que no eran chantajistas. Una mirada pesada, torpe, amenazadora en medio de esa modorra, bajo los párpados entornados. Son tranquilos, flemáticos. Una seguridad inmediata: profesionales.

Una niebla desvaída en los baños, el murmullo de las duchas. Detrás de las ventanas las copas de los árboles del patio, un trozo de cielo gris, la lluvia que cae mansamente. El jabón es gris, áspero como la piedra. Hace calor, todo parece grisáceo y nauseabundo. Me siento en el suelo, envuelvo las piernas con los brazos. Escucho la atenuada, lejana bocina de un coche que atraviesa la calle… (… recorríamos las calles escuchando cómo pitaban los coches, gritábamos y la gente se volvía detrás de nosotras…) Las risotadas de las muchachas desnudas, el chapoteo del agua, las enfermeras con pequeñas cánulas en las manos, en las cánulas el polvo blanco… Pienso: tengo unas piernas bonitas, largas. Marian me decía: «Tienes una piernas estupendas…» La tierra caliente bajo los pies… Elzbieta susurró: «¿Qué crees?» Sabía que esperaba de mí un gesto de aliento, pero, sin dejar de acariciar las piernas, le dije: «Creo que ahora ya es el fin.»

No podía saber que empezaría a gritar y que ambas —las únicas— saldríamos de esta estancia donde, sentado detrás del escritorio, se hallaba el gestapo, a su lado la intérprete y, detrás de la pared, un grupo de mujeres silenciosas y lívidas.

Dije: «Creo que ahora ya es el fin» porque así lo pensé entonces, no sabía que rompería a gritar: «¡Al infierno!, no iré a ninguna parte, volveré a casa; primero me convencen para ir y después me maltratan; me importan un bledo vuestros trabajos.» Roja después del baño y enrojeciendo aún más al gritar, tanto grité que nos mandaron marchar; no sabía que saldríamos de aquella habitación dejando junto a la pared seis u ocho mujeres silenciosas y pálidas, de ojos despavoridos, cuya lividez y silencio declaraban en contra suya con mayor claridad que los méritos de su defensa.

No, no sabía que un arrebato de desesperación —¡es el fin!, ¡el fin!— descargaría los primitivos vocablos culo, mierda, peste, así como que esas palabrotas declinadas en diversos casos, y el hecho de arrojar —antes de que me ordenaran enseñarlos— los documentos sobre la mesa, cobraría el poder de las mejores kenkartas y sellos. (En vano trataron de interrumpir la cascada de mi griterío. Sólo cuando el alemán se puso de pie de un salto y se acercó, callé.)

La intérprete repasó los documentos, susurró algunas palabras al alemán. «¡Ab!», apartó con su fusta los documentos de la mesa. Se

cayeron al suelo esparciéndose. Los recogí.

—Ven —le dije a Elzbieta.

—Qué pasa con la otra —preguntó la intérprete.

—Nosotras vamos juntas.

El pasillo estaba vacío. La sangre se me había ido de la cara. Las escaleras giraron.

***

Avanzamos en la última fila de cuatro, el chivato del cuello flaco carga con nuestra maleta y el hatillo; nos divertimos con la conversación. Primero, pidió perdón por habernos expuesto a desagradables problemas y complicaciones: «El hombre comete errores más de una vez en la vida, ¿verdad?» Ahora asegura que «allí» probablemente todo irá bien, «os arreglaréis, señoritas; otorgan favores a las inteligentes, es mejor ofrecerse uno mismo; respetan a la gente que es así».

Vamos a la estación. La lluvia cae a cántaros, ya no es la fina llovizna del momento de la llegada, cuando los soplones nos dejaron en una vía de la misma (¿u otra?) estación y se alejaron llevándose nuestra documentación.

Precisamente estamos entrando en el andén, de nuevo con el soplón al lado, sólo que, esta vez, está neutralizado, es más, está profundamente convencido del daño que ha hecho a las inocentes. Creo que el hombre de la trenca fue demasiado lejos al ordenarle al soplón que llevase nuestro equipaje, pero ciertamente, por su parte, se trataba de un gesto irónico de despedida, comprensible sólo para nosotros tres.

No siento alegría ni satisfacción al emprender nuestro viaje, ya que todo parecía indicar que iba a ser sofocado en su fase embrionaria. Quizá después pueda alegrarme y recordar con satisfacción los obstáculos vencidos. Tal vez, pero no estoy segura de ello. El flaco nos desea un feliz viaje, su sombrero chorrea agua. «Gracias —le digo al pelota, quien con voz melosa había susurrado entre dientes…— y, ahora, Ángel de la Guarda, por favor…» Coloco el equipaje en un rincón del vagón; después, Elzbieta y yo nos situamos en la puerta abierta buscando al hombre de la trenca para

darle las gracias.

No le vemos. Todavía no sé por qué, un instante después, me quedaré petrificada por la sorpresa al oír el apellido que pronunciará. No será un nombre extraño. Desde la cabeza del tren llega el chirriar de las puertas que se cierran, ya se elevan los lamentos.

Llegó corriendo en el último momento. Le dijimos lo agradecidas que estábamos y que, después de la guerra —si sobrevivíamos—, le buscaríamos para darle una vez más las gracias por todo.

Elzbieta le dio como recuerdo un pequeño cervatillo de bronce: un talismán traído de casa. Sonrió divertido. Le pedimos que nos dijera su nombre y dirección.

Sin dejar de sonreír, dijo: «Me llamo Kicula. León Kicula. Vivo en la calle Podzamcze, 3.»

En el mismo instante alguien gritó: «¡Ojo, jefe, cerramos!», y antes de que pudiéramos pronunciar una palabra las pesadas puertas del vagón de mercancías se corrieron delante de nosotras. Un momento después, el tren se puso en marcha. Así ocurrió. No hubo preguntas ni explicaciones. Pero, para qué preguntar y explicar si todo estaba claro. Marysia nos contó que había llegado a la estación una hora antes de que el transporte partiera; un hombre la había llevado, otro la metió en el vagón, su padre había pagado una enorme cantidad por ello.

—¿Recuerdas —preguntábamos— si uno de esos hombres era alto, tenía el rostro largo y huesudo? ¿Llevaba el sombrero picaramente hacia atrás y una vieja trenca, no muy limpia?

Sacudió sus maravillosos tirabuzones del color de las castañas maduras: no recordaba. Tenía unos preciosos cabellos castaños y ojos del mismo color. Se mantuvo durante largo tiempo lejos de nosotras, tenía miedo del cabello negro de Stefa y de Elzbieta. Después se rindió. La vi por última vez un domingo de primavera; trabajábamos entonces en la finca de unos bauer[26] y llevábamos cuadraditos amarillos con un borde violeta e, igualmente en violeta, la letra «P»: «Pole[27]». Vino a visitarme, estaba triste. Se quejaba de que su bauer le hacía la vida imposible. Se fue al anochecer: el sol de poniente hacía reverberar rayos rojizos en su cabello castaño. Al despedirse me abrazó, me besó.

¿Por qué se había despedido así, como si nunca volviéramos a

vernos? Walenty se burlaba tras su partida.

III

El alemán que se había aproximado a Elzbieta y a mí tenía unos penetrantes ojos azules y una cara robusta surcada de arrugas. Nos observó en silencio un buen rato, macizo, ya no joven, con gorrita a cuadros, botas altas; después, sonrió y nos dijo, como si quisiera animarnos:

—Bei uns ist prima[28]!.

Su sonrisa no le llegaba a los ojos. (Katarzyna se encogió de hombros y sonrió estúpidamente.) El día era gris. El gran campo transitorio, el llamado Durchgangslager, donde se concentraban los transportes de los Zwangsarbeiter antes de enviarlos a los trabajos, estaba anegado por el barro. En la plaza, enfrente de la puerta, una columna de muchachas se preparaba para salir.

—Bei uns ist wirklich prima —repitió el alemán— Essen gut, Arbeit gut, alles gut[29]….

No nos movimos del sitio, lo cual resultó extraño porque precisamente nos habíamos escabullido de la barraca para salir del campo lo más pronto posible y desaparecer de la vista de un muchacho joven y grueso.

Esto impacientó al alemán. Con una fina fusta, en la que antes yo no había reparado, golpeó varias veces las cañas de las botas. Pero de su boca no se desprendió la sonrisa.

—No —me dije—, no iremos. Hay que arriesgarse. Quizá el otro sólo pretendía asustarnos. Se trata de tres, cuatro días máximo. En ese instante lo avisté: estaba allí delante de la barraca y miraba en derredor. (Levanté la maleta del barro, Elzbieta agarró su hatillo. El alemán, sin dejar de sonreír, se encaminó hacia la puerta de salida donde estaba el grupo de muchachas.) «No lo hagas, arriésgate», me

decía a mí misma, y avanzaba con Elzbieta detrás. «Prohibido arriesgarse, prohibido esperar», me contestaba mientras seguíamos la marcha.

Un golpe en la espalda nos embutió en la columna de cuatro. «Neun und neuzig, hundert! Und jetzt ab!»[30] —gritó el alemán.

Marchábamos por un ancho camino. El alemán, sin dejar de sonreír, exclamaba animado: «Eins, zwei, eins, zwei…»[31].

***

La escena en la plaza: rápida, breve, conservada en su totalidad mientras todo lo que la precede está hecho jirones. Del viaje queda la oscuridad del vagón de mercancías, el traqueteo de las ruedas que golpean la espalda, echada junto a nosotros está Marusia envuelta en hileras de collares y cuentas que suenan y reverberan. Una aguada sopa en la estación de no se sabe qué ciudad, y nombres de otras dos ciudades: Leipzig y Kassel. Sólo esto. E inmediatamente después, visto desde el catre de dos niveles, debajo del techo, el grueso muchacho en la puerta del barracón, joven, gordo, perteneciente a la especie de los llamados rubios «porcinos». Es él quien pregunta: «¿Están aquí aquellas dos judías que lograron salir de Polonia? Hay que informar al comandante…»

Elzbieta se acordaba: el gordo había venido con nosotras.

Sólo ahora, camino de la estación, se me ha ocurrido que si realmente hubiera querido delatarnos no lo habría anunciado a los cuatro vientos, pero entonces, tumbada bajo el techo, decidí no esperar a que llegara el turno de los poseedores de volantes nominales, quería salir de allí, inmediatamente, daba igual hacia dónde.

Camino de la estación, con el acompañamiento del «eins, zwei» del alemán satisfecho, trato de convencerme de que hemos obrado con acierto. Así me imagino que permanecemos en el barracón y, he aquí, aparece en el umbral el comandante alemán del Durchgangslager[32] y dice… Pero eso no alivia porque no puedo asegurar si el gordo habría realizado su amenaza y pienso si no habremos cambiado la ruta del viaje demasiado a la ligera, dejando

el trabajo de jardinera y restauradora en una pequeña ciudad de Hessia, en favor de una super fábrica.

En el momento de montar en el tren de mercancías cruzó ante mis ojos el corpiño huzul; aún no había visto el rostro y aunque sabía que había muchos corpiños como ese y que lo llevaban varias muchachas, presentía que era nuestra vecina del Sammellager, nadie más que ella; ella que fue testigo cuando nos llevaron al interrogatorio y a la policía. De repente, me parece que a medida que nos alejamos de Polonia, todo alrededor, en lugar de esclarecerse se enrevesa cada vez más. Los obstáculos vencidos se arrastran detrás de nosotras, surgen otros, y éstos, aunque combatidos, dan nueva prole. Miro a la jovencita, sonrosada, oigo como dice «lo primero es encontrar un mozo», oigo su delicada risa infantil, ¿permanecerá callada?

Siento sobre mí la mirada de alguien. Grandes ojos azules me observan con expresión de sorpresa. «¿Así que también vosotras estáis aquí?» —dice la mirada de Zosia (todavía sin nombre)—, «estamos juntas, pues…» Ambas están aquí: Zosia y Pola, la ucraniana, elegante y seductora (también aún sin nombre), amiga-alibi que envidio en Zosia. Aún no sé que Pola traicionará a Zosia.

El tren se detiene. Es casi de noche. Al bajar del vagón el alemán me da la mano y me dice: «Hopla!»

Nos arrastramos a través de una ciudad fabril, de feas calles industriales. Los transeúntes no nos prestan atención. El horizonte está moteado de chimeneas, los transportes no son aquí ninguna novedad.

Algo más lejos, junto al río, se extienden largas filas de barracones de madera. Las luces nocturnas disipan la espesa niebla. Cae la nieve sucia y húmeda. Los barracones se mojan. Giramos involuntariamente hacia ellos. Halt! Nuestro rumbo es diferente. Un hombre lleva a cien muchachas por el puente sobre el gran río. Alrededor del puente se ha apoltronado la fábrica formando un semicírculo; me esfuerzo por captar el aroma del río, pero éste no tiene olor.

—Das ist die Ruhr —dice el alemán—, Wir sind im Ruhrgebiet[33].

IV

El campo se situaba en una enorme nave en la trastienda de los edificios fabriles. Las paredes, pintadas con colores chillones; al fondo, el andamio de literas de catres; en medio, una estufa de hierro redonda, largas mesas y bancos, altas ventanas tapiadas, impermeabilizadas, con tablas de madera y tres pequeños lavabos. En el aire, el olor fino pero persistente del water y otro olor, desconocido, que resultaría ser el de la fábrica y de las grasas de las máquinas.

Éste es el fondo. Sobre él todo está densamente pintado con una buena pintura de la memoria, no hay desconchados, no hay manchas; sin embargo, hay signos de interrogación. El fondo está abundantemente moteado de ellos.

¿Por qué se comportó así y no de otra manera? ¿Y cómo era en realidad, así o asá? ¿Cuánta participación suya hubo en este caso (del cual se hablará más adelante)? Son preguntas sin respuesta porque jamás hablé con «comme ci, comme ça», y de él se trata aquí, del alemán de ojos avispados y cara oronda, comandante del campo Johann Schmidt, quien había sido bautizado por nosotras como «comme ci, comme ça» para que no se supiera que de él se trataba, aunque alguien más listo lo habría descifrado sin dificultad. («Comme ci, comme ça» era la expresión preferida de Johann Schmidt, utilizada a menudo y con diversos sentidos). Quizá sólo Paraska sabría contestar a estas preguntas, pero ¿dónde encontrar a Paraska? Y seguramente ella no se plantearía preguntas de esta clase…

Así que ésta fue la tela de fondo del llamado «asunto nuestro», que estaba a punto de empezar, ya la primera noche, sin dilación,

como si no existiera nada más urgente… Empezará en la cena, sobre un plato de sopa de nabos que, dulzona y vomitiva, atraviesa con dificultad la garganta. Marusia me lo dijo. Los abalorios reverberaban alrededor de su cuello, los ojos verdes, como de gato, miraban con gran curiosidad. Mientras yo, al oír sus palabras, solté una carcajada.

Dentro de un momento, dentro de un momento. Por ahora, Schmidt tiene que pronunciar su discurso de bienvenida. Con una voz ya desprovista de tonalidad suave, habla de la importancia del trabajo que nos va a tocar, de la obediencia incondicional y de disciplina y de los castigos por la menor falta. (Fue entonces cuando por vez primera expresó su «nix comme ci, comme ça», ilustrando el acto del robo con un movimiento circular de la mano metida en el bolsillo.) Desfila con paso elástico ante una multitud de muchachas traídas del campo (las otras constituyen tan sólo un puñado) y ellas, con sus fruncidas y anchas faldas, corpiños y pañuelos, le miran aturdidas, sin comprender ni una palabra. Katarzyna e observa con la misma mirada y ni se inmuta cuando Schmidt, tras terminar de hablar, pregunta: «¿Quién traducirá?» y le dirige a ella una mirada.

Dentro de un momento, encima de un plato de nabos… Los calderos ya están en la sala, rodeados por la multitud famélica.

Yo, situada al margen, le decía a Katarzyna «empuja, da codazos, tienes que comportarte como las demás», cuando, de repente, divisé a una mujer alta con una blusa de franela roja. Ligeramente encorvada, como es usual en personas de mucha estatura, sus cabellos negros le llegan hasta los hombros. Pensé que asemejaba un gran pájaro negro. En un acto reflejo, quise acercarme (como si hubiera presentido nuestra amistad): no lo hice. No sé si me había visto, o ¿tan sólo no quería verme?

Alguien exclamó: «Stefa!» Se acercó a una muchacha menuda de ojos juguetones que le entregó un plato de sopa.

Me quedé petrificada. ¡Así que es la cuarta!

Nos sentamos dispersas, cada una en una mesa diferente. Es el primer almuerzo común, conversaciones sobre la casa, la familia, lamentaciones por el destino. Con una esperanza repentina, impetuosa, pienso: hemos llegado, todo se arreglará, encontraremos el camino hacia esas muchachas, nos unirá el sino común… Se

acercó Marusia, se inclinó, tintinearon los collares.

Todas habíamos hecho juntas el viaje en el tren que nos trajo de Polonia; lloraba de añoranza por las noches al echar en falta su casa en un pueblo al pie de la montaña, se santiguaba tres veces para espantar los espíritus malignos y, durante el día, nos decía que rezáramos para que no nos mataran las bombas.

En sus ojos verdes no existe la sonrisa.

—Kasia, quiero decirte algo —musita—, las muchachas le dijeron al comandante que… vosotras… judías…

Eché sonoramente a reír con la risa de Katarzyna, reí largamente y, después, pregunté:

—¿Quiénes lo han dicho? Iré con ellas al comandante.

—¿Quién ha visto sembrar tales mentiras…?

—Hay chicas que han visto cómo os llevaban al interrogatorio; a la policía.

—¿Y qué? Nos dejaron libres. Si fuéramos judías no nos habrían soltado…

—Kasia, yo no sé, aquí se dicen muchas cosas y no solamente de vosotras, también de otras. Quería que lo supieras…

—Que hablen, Marusia, no hay remedio para la estupidez humana…

La muchacha con el corpiño huzul está sentada en la mesa vecina y añade a los nabos trocitos de tocino casero. Se ríe. Es risueña.

Después, yacemos calladas sobre nuestros catres ocultos en la última fila, al lado de la pared.

La sala se ha quedado vacía, silenciosa, la paja cruje en los colchones.

Chirrió el pestillo de la puerta: era el comandante Johann Schmidt que volvía.

—La diana a las cinco, a las seis empezáis el trabajo. Y ahora, ¡silencio! Ruhe!

Bajo los párpados semicerrados sigo sus pasos a lo largo de la fila de catres en literas. Se ha detenido. Nos busca en el oscuro y sofocante rincón. Inmóvil, nos mira. Respiro tranquilamente, disimulo estar durmiendo. El chasquido del interruptor y el cierre de las puertas del cuarto de servicio.

***

Una oscuridad sonora de respiraciones. Alguien gime en sueños, alguien suspira, alguien solloza. Los colchones rechinan, me despierto de un sueño pesado, fatigoso. Tengo los músculos doloridos, en la boca el sabor nauseabundo de la sopa. En el catre vecino, el rostro cansado de Elzbieta sumida en el sueño. Ocurrió algo, algo malo, pero de qué clase, va no puedo recordarlo. La conciencia retorna de un salto, una palabra: lo saben.

Al pensarlo, siento que me falta aire. Me levanto, me escurro hacia el centro de la sala por el estrecho pasadizo entre los catres. Bebo agua del grifo, me refresco la cara acalorada. Aquí hay sitio para el sueño, pero no viene. Me siento en el banco, charquitos de sopa vertida brillan sobre las mesas, el aire es sofocante, ahoga. Ya había estado sentada así, algún día, en algún lugar, tratando en vano de pensar… Tranquilidad ante todo, sin pánico (después diré: sin teatro), tenemos partidas de nacimiento, tenemos documentos. Cuando hay que enseñar las partidas es que las cosas están ya muy mal… La lejana voz de la señora Kasinska, susurran los árboles en el callejón del monasterio, suena el timbre suavemente… «allí» ya no habrá ningún peligro para vosotras, excepto las bombas… Tienes que dormir —me digo, hablo de nuevo conmigo misma—, descansar, mañana pensarás. (Cuando retorno a mi catre Elzbieta no duerme, y no está sola. Alguien se ha sentado en mi lecho.)

—Imagínate, Kasia, aquí hay alguien de nuestra ciudad… Percibo en la voz de Elzbieta un gran nerviosismo disimulado por el tono sonoro de la alegría.

La muchacha calla. Entonces, comienzo yo: «¡Por Dios!, de nuestra ciudad, qué bueno es encontrar a alguien de nuestra tierra.»

Mi voz, al igual que la de Elzbieta, está colmada de falsa alegría. Jamás he tomado en cuenta esta posibilidad, ¿por qué? ¿Quién es esta chica? Si viene de nuestra ciudad, debe saber quiénes somos…

—Yo también me alegré cuando me dijeron de donde erais…

Despacio, sopesando las palabras. Una voz oscura, grave. Jamás he oído esa voz. ¿Nos ha reconocido? ¿O se habrá enterado de dónde somos? Todas las conversaciones empiezan por la pregunta ¿de dónde…?

—¿Cómo te llamas? Puede que nos conozcamos… es difícil

reconocerse en la oscuridad…

No es verdad; veo su cara, su cara ajena.

—No —dice la muchacha—, no os conozco…

¿No quiere inquietarnos? ¿Tan delicada?

—Vi que no dormíais, así que vine… Yo tampoco puedo dormir. Me llamo Helena Pajaczkowska, vivo en Przygrodek, en aquellas casitas junto al estanque… (…e inmediatamente el estanque ante mis ojos, liso, consolidado por el hielo azulado de la pista de patinaje limpia de nieve, donde cada día, después del colegio, patinábamos al lado de las ventanas de las casitas de la orilla…).

—… Mi tío Wasyl tiene un restaurante en la calle mayor, ¿le conocéis? Es el hermano de mi madre, porque mi mamá es ucraniana y mi papá polaco…

Ahora debería preguntar nuestros nombres y direcciones. No pregunta. Dice: «Me trasladaré más cerca de vosotras, juntas será más agradable… Me llevaron tal como estaba, no tengo ni un vestido para cambiarme, ni camisa. Mamá iba a llevar la maleta a la estación pero, al parecer, no le dio tiempo…» «No te preocupes, decimos, nos arreglaremos. Y ven aquí, cerca de Elzbieta hay un catre libre, juntas será más divertido…»

—¿Me daréis algo? ¿De verdad? No hay nada como la gente de la tierra de uno, siempre acude en socorro.

Trato de agarrarme a sus últimas palabras, silenciar con ellas la desconfianza: se escapan, escurridizas, pálidas, sin peso.

No dormimos. La visita de Helena Pajaczkowska, considerada tranquilamente, no me parece del todo comprensible. Tampoco creo que no nos conozca. ¿Por qué vino en plena noche? ¿Por qué no preguntó nada…?

Al amanecer le digo a Elzbieta: «Ella lo sabe. Y sólo vino por las cosas.»

***

—Aufstehen[34]! —es Schmidt quien grita. Nos despertará todas las mañanas con la misma exclamación, al principio solo, luego turnándose con Ghandi y Müller, cada uno gritará la palabra a su manera: Ghandi croará estridentemente, Müller con suavidad,

Schmidt duramente, en un tono que no tolera que se le lleve la contraria.

La luz está encendida en la sala. Acaba de empezar el despertar matutino de una centena de muchachas. El olor acre de los cuerpos sudorosos. Las muchachas, sentadas sobre los catres, componen las trenzas, anudan los pañuelos, abrochan las casacas. Sus caras están hinchadas de sueño. Los platos de latón resuenan alrededor de los calderos de café que, al igual que el río local, está completamente desprovisto de cualquier aroma. Ante el único servicio, una larga cola.

Schmidt pasea en mitad de la sala con su gorra a cuadros, botas altas, una sonrisilla fina en los labios que no le llega hasta los ojos. Sus ojos recorren la sala, alerta, horadadores. Durante largo rato, refresco la cara bajo el chorro de agua fría.

—Na Katharina, gut geschlafen[35]?.

La voz suena suave, como entonces, cuando decía: bei uns ist prima.

—Gut.

—¿Hablas alemán?

—Nix gut.

—¿Y tu amiga? ¿Tampoco? Es una pena… Hay aquí unas cuantas personas que dominan el alemán: tendrán mejor trabajo. Creía que vosotras también… Parecéis muchachas inteligentes.

—Nix verstehen, schnell sprechen[36]…

—So, so… Nix und nix… —soltó una carcajada (mientras Katarzyna, indiferente, se encoge de hombros, ya se ha apropiado de ese gesto, lo repite con demasiada frecuencia).

Mi mirada siguió a Schmidt, le vi: se acercó a Stefa. Oí, hablaba fluidamente en alemán. Era más alta que Schmidt, le miraba desde arriba, tranquila, segura de sí misma. Ella no actúa, pensé, es ella… En el pasillo las muchachas se arrodillan entre los catres. Nosotras también, cada una junto a su lecho. A mi lado Hania, la huzula, se santigua con una enérgica cruz. Tiene un rostro ancho, enorme, una sonrisa bondadosa, es muy devota. Por la noche, durante mucho tiempo, oí su plegaria musitada.

No puedo rezar, no sé. Oculto el rostro entre las manos y susurro: debe resultar, debe resultar. Llegado un momento, me doy cuenta de que la palabra «debe» no existe en ninguna oración, así

que susurro «sobrevivir», «sobrevivir»…

Tuvimos que renunciar al café, no había manera de llegar al caldero. Ya habíamos comido anoche el trozo de margarina y el pan destinado para el desayuno, así que fuimos a trabajar en ayunas. Salimos. El frío cala. Bajo los pies, la nieve y el barro.

—Die neue hundert[37]? —pregunta el guardián a la vez que su cabeza calva asoma de la garita.

—Jawohl Max, prima sort[38]!.

***

Las luces están semiapagadas, callan las máquinas. El descanso entre el turno de noche y el de día. La fábrica dormita, misteriosa en la semioscuridad, pero clara en la memoria, recordada en fragmentos, secuencias. Tan sólo la herrería y, después, el cuartucho acristalado situado en la sala de máquinas, cobran rasgos nítidos. Y también el fragmento de escalera mientras desciendo con Zosia en compañía del alemán. Como totalidad, la fábrica no existe, ni siquiera lo sabemos: ¿era grande, mediana, pequeña? Creo que mediana, Rüstungsbetrieb[39], piezas para aviones, granadas, artefactos… Y los tres campos pertenecientes a ella: en los barracones junto al Ruhr el de las rusas («las rusas del río», decíamos), el nuestro, y el campo de la compañía de castigo, de los franceses, encerrados en los semisótanos de la fábrica.

En la mañana, desfilaba por las salas y las oficinas el joven dueño, traje negro, cara redonda y lisa, negro cabello, como alisado con negro betún, un cartapacio negro y un lápiz en la mano… anotaba, controlaba, verificaba, miraba a través de las extranjeras como si fueran de cristal; las muchachas decían que parecía judío.

Pero he memorizado exactamente la entrada en la fábrica aquella primera mañana, sobre todo el encuentro con los KG-franceses, allí en el patio, donde montones de nabos, el alimento de nuestro campo y el suyo, se divisaban en la oscuridad. Regresaban a su encerrona del turno de noche. En sus monos llevaban marcadas enormes letras K y G, en el cuello, pañuelos rojos anudados con fantasía. Recuerdo sus saludos: «Bonjour mes demoiselles», «bonjour mes belles» y el júbilo de las muchachas porque hubiera aquí mozos

tan alegres. Y ya empezaban las conversaciones por señas y las bromas cuando, de repente, se desplomó una pregunta en francés; lo adiviné enseguida: era Stefa quien preguntaba.

—Est-ce que vous êtes ici depuis longtemps[40]? —Entonces, los prisioneros franceses, todos, se apartan de las muchachas, rodean a Stefa y hablan, hablan, y las muchachas solas, olvidadas, abandonadas, arrojan miradas de envidia: vaya una francesa que nos ha salido… qué francesa, no ves que negra, recuerda a otra… Este instante se dibuja muy nítido en el patio de la fábrica, al pie de las altas colinas de alimentos del campo. Y Stefa, como si no hubiera oído esas palabras, continúa conversando tranquilamente en francés.

Yo, de nuevo, me digo a mí misma: es ella, no actúa…

***

La mayoría de las muchachas ya se habían alejado, también Elzbieta, quedaba tan solo un pequeño grupo que esperaba la distribución del trabajo. En este grupo estaba Marysia.

Ningún detalle de su belleza despertaba sospecha, su aspecto era, de la mejor de las maneras, incuestionablemente perfecto porque resultaba natural, no saltaba a la vista. No era en absoluto rubia: cabellos color castaño, espesos, profusos, ojos de color castaño, rasgos delicados. Su carita redonda, algo infantil, atraía la mirada por su belleza seductora, tímida. Sin embargo, lo adiviné a primera vista y ella también me adivinó. Se ofuscó, se dio la vuelta. Lo noté: estaba enfadada.

La miré por detrás, se mostraba enfurruñada; tras su perfil delicado, el abrigo campana azul claro de corte perfecto (no tenía otro, dirá después), las borlas de esquiar y pensé que era la quinta y, quién sabe, tal vez la última…

Una alemana de pelo cano se detuvo a la entrada de la nave, «vengo a por una delineante», dijo. Schmidt, sonriendo, señaló a Marysia, quien se acercó a la alemana y dijo en voz alta, en un alemán colegial: «Ich bin eine Zeichnerin[41]». Pensé de repente en Stefa: no estaba entre nosotras. Stefa ya se sentaba en la oficina ante la máquina de escribir.

***

Schmidt me llevó a la herrería. Estaba situada en la planta baja, en una nave pequeña y lúgubre. Al lado de una estrecha encimera que corría a lo largo de las ventanas trabajaban unos cuantos capataces, el centro de la nave estaba ocupado por las máquinas, ardía en el fondo el fuego de la herrería. Más allá de las ventanas fluía el canal de la fábrica —el agua grasienta, turbia, amarillenta—. En el futuro, me escaparía a menudo al otro lado de la puerta, me sentaría en el borde de piedra y, con el olfato, trataría de percibir el olor a «río». El agua estancada olía a la ciénaga de un pequeño y perezoso río, me imaginaba sentada a su orilla.

Después de un sonoro «heitla» un capataz de baja estatura se apartó del púlpito y vino hacia nosotros cojeando. Tenía una pierna más corta que otra y, a buen seguro, ella le había salvado del frente. Era joven, de complexión fuerte, cabellos lisos de color paja caían sobre su frente, los apartaba con un gesto nervioso de la cabeza. Se movía con rapidez, con habilidad.

—Es Katharina —dijo Schmidt—, trabajará contigo, espero que estés contento. Llamó al capataz de al lado, le bisbiseó algo al oído. Sólo entonces el otro me miró con curiosidad, sin una sonrisa, al contrario de Schmidt, que se rió en voz alta. Jamás supe el contenido de ese susurro. Veo a Katarzyna con un rictus indiferente en su cara (de nuevo había aparecido la somnolencia; se había vestido con su coraza protectora), veo un destello de curiosidad en los ojos del capataz Glattke, oigo la risa de Schmidt (qué risa, no lo sé) y un murmullo: dicen que es judía…

Cuando cayó la noche me pregunté largamente a mí misma y a Elzbieta por ese susurro; resonaba tan obstinadamente que, sin oírlo, lo conocía a ciencia cierta. Schmidt se había ido y Glattke aún no había dicho ni una palabra, helo allí, apoyado sobre la mesa, las manos cruzadas sobre el pecho, contempla a Katarzyna. Los demás capataces también la observan con miradas no exentas de amabilidad. Sie sicht ja wie ein deutsche Mädchen das[42]…

Detrás de las ventanas, el agua amarillenta, la pared ciega.

—Primero tenemos que conocernos —dice por fin Glattke, y con un movimiento enérgico de la cabeza aparta el mechón de la frente—. Cuéntame algo de ti… ¿De dónde vienes? ¿Qué hacen tus

padres? ¿No comprendes? —se extraña y explica pacientemente:

—Deine Eltern, Vater, Mutter tot[43]…

—Vater Bombe Kaputt, Mutter tot[44].

(Nuestras madres murieron, nuestros padres perecieron, desaparecieron en la guerra, habían sido hechos prisioneros, los mató una bomba. Nadie se interesaba por nosotras, no teníamos familiares, nadie nos enviaba paquetes, nadie nos escribía, sólo alguna que otra vez aparecía una carta esporádica.)

Mi padre en el sótano del apicultor, pronto hará un año de la muerte de mi madre, una pequeña habitación vacía, una estrecha cama junto a la pared, no pensar, no pensar…

—Al padre lo mató una bomba, la madre murió —dice Katarzyna con un tono seco, sin apartar la mirada del agua amarilla, habla secamente, sabe que a sus espaldas uno de los capataces dirá «ein armes Mädchen[45]» y realmente alguien dice «ein armes Mädchen», así que vuelve a encogerse de hombros, repite ese gesto tan frecuente en ella, con el que se protege de la piedad.

—¿Tienes hermano, hermana?

—Nix.

—Así que estás totalmente sola, ganz allein auf dieser Welt[46]…

No hay compasión en la voz del capataz Glattke. Ahora, Katarzyna le mira directamente a los ojos y educada, sonriente, pronuncia su «nix verstehen[47]».

Glattke no pregunta nada más, pero aún preguntará, más de una, más de dos veces.

Dentro de mis obligaciones está limpiar la herrería, sacar con el carrito los deshechos de hierro y virutas que cubrían el suelo, limpiar las máquinas con grasa.

—El comandante Schmidt me dijo que eras una muchacha inteligente, así que creo que podrás con este trabajo.

Cojo la escoba, barro el polvo fino y brillante.

***

Durante el descanso, corrí a buscar a Elzbieta. No me aproximaré, sólo quiero saber dónde trabaja. En la primera planta,

entre resplandecientes planchas metálicas, me topé con Zosia. Nos detuvimos al mismo tiempo, cerca no había nadie. Me lanzó su mirada celeste, asustada:

—¿Sabes que le han soplado a Schmidt sobre nosotras?

—¿Qué vais a hacer?

—No sé, de momento nada, no sé…

—¿Ya os ha llamado?

—No… todavía no…

—Somos demasiadas aquí, está muy mal… De las otras también lo saben ya… Caeremos todas…

Se acercó alguien, dije en voz alta «faena de mierda» y Zosia repitió detrás de mí: «de mierda».

Las planchas brillantes reflejaban nuestras caras deformadas, contrahechas. (Encontré a Elzbieta en la tercera junto a una máquina que escupía chispas cuyo destino no sabía adivinar. Estaba sentada, manchada de hollín, en compañía de otras muchachas ensuciadas. Pasé a su lado sin decir palabra.)

***

Volvimos al lager a la hora del almuerzo. De nuevo el puente y el río, las enormes puertas, detrás de la puerta el sofoco, al lado de la pared un caldero con nabos y la cocinera que empuña un cucharón. Junto a la cocinera, Schmidt.

—¿Por qué no nos llama, no exige explicaciones, por qué calla?

—Tiene tiempo —dice Elzbieta—, de todos modos no podemos escapar de aquí. ¿Por qué? ¿Por qué no podemos huir? Responde Elzbieta «¿Cómo? ¿Dónde?». Ya el primer día la palabra huir.

Junto al caldero tanta muchedumbre como ayer; si no tenemos buenos codos no llegaremos a los nabos, y el hambre agujerea el costado y las piernas están débiles. En cambio casi nadie junto a los lavabos, sólo algunas se lavan las manos. Pola, elegante con su abrigo de piel color ceniza, cuidadosamente maquillada y peinada, como si no acabara de volver de la fábrica, diferente de las demás, visible desde lejos.

Pero diferente a su manera, no a la nuestra, destaca por la ropa que indica un ambiente social más alto, nada más. Esa diferencia no

la perjudica en absoluto, al contrario, impone e intimida. Las muchachas la adulan desde el primer momento. Sin aliento, escucharon ayer su complicada biografía, antaño divorciada, luego esposada con un Volksdeutsch, llevada por error a trabajar a Alemania… sólo momentáneamente permanecía en este campo que pronto iba a abandonar: la esperaba un puesto de trabajo en el hotelito de un balneario. Ellas escuchaban y miraban embelesadas. Pola es, desde el primer instante, la reina del lager. Guapa —ojos rasgados, pómulos marcados— llena de encanto, muy femenina. Y también astuta y pérfida, como me enteraré más tarde por Zosia.

Al lado de Pola una muchacha pequeña, maciza, nariz respingona, alegre y juguetona. La reconozco —es la amiga de Stefa, la vi ayer—. Frota con tesón las manos sucias de grasa.

—¡Caramba! ¡Qué porquería! Lavas y lavas y las manos siguen negras…

La miré estupefacta. ¡Qué rostro más perfecto y qué acento tan fatal!

Paraska fue la única a la que no reconocí inmediatamente (sin contar a aquella oculta bajo un enorme pañuelo a cuadros a quien nadie reconoció), perdida en medio de la multitud de campesinas. No fue debido a los botines altos con cordones —ellas los llevaban parecidos—, tampoco a su larga falda fruncida, ni al jersey gris de lana de oveja… ¿Quizá el andar? ¿Quizá su manera de ser? Provenía de los límites de una pequeña ciudad con el campo y sólo el acento la traicionaba. No tenía por ello ningún complejo… charlatana, de lengua cortante, la muchacha más alegre de la sala, casi despreocupada… a veces decía «¡ah!, qué sabéis de mí» y agitaba la mano quitándole importancia. Y sólo entonces parecía una pobre judía preocupada de una pequeña ciudad.

***

Por la noche, cuando Elzbieta y yo ya descansábamos sobre los catres, vino a vernos Helena Pajaczkowska. Ahora, la miré atentamente. Era una fornida rubia de ojos azules hundidos y bonito rostro, algo vulgar. Su cutis era impuro, graso. No la conocía. Preguntó inmediatamente por las ropas prometidas. Abrí la

maleta, Elzbieta su hatillo. Poca cosa había dentro, ya que pocas cosas pudimos llevarnos y las mejores, las que podían venderse, las dejamos en casa de Halinka. El contenido la desilusionó:

—Pensaba que teníais más y más elegantes.

Miró delicadamente un jersey y una blusa, se probó un vestido y, a pesar de todo, se fue contenta anunciando que la misma noche se trasladaría al catre libre situado junto al de Elzbieta.

A las diez Schmidt apagó las luces. Una hora después me levanté para encontrarme con Helena. Pero ella dormía. No se trasladó esa noche, ni al día siguiente, ni más tarde. Como si hubiera desaparecido de nuestra vista. Fuimos nosotras quienes, semanas más tarde, abandonamos nuestro rincón y nos trasladamos a su vecindad. Pero eso no tuvo relación alguna con la persona de Pajaczkowska; el azar hizo que bajo su techo hubiera precisamente sitios libres. El traslado fue resultado de acontecimientos que, poco a poco, pero consecuentemente, nos llevaron a la desgracia.

***

Despacio, pero consecuentemente, se desarrollaba «nuestro asunto», ya no solamente el mío y el de Elzbieta, el asunto común a todas, en la sala ya lo sabían, así que Schmidt también lo sabía.

Los días fluían aparentemente tranquilos, como si nada malo ocurriera, nada concreto, y sin embargo… Sin embargo en la sala la atmósfera se había vuelto tensa, se sentía una corriente subcutánea, intranquila. Afloraban susurros y sonrisas demasiado evidentes como para hacerse ilusiones, a veces el rechazo y la ira brotaban violentamente; una fracción de segundo nos separaba de la palabra «judía». Aún no había sonado en voz alta ni una sola vez; no obstante, no existía la menor duda: vivíamos desenmascaradas, la relación con nosotras era hostil, provocadora y, a pesar de todos los esfuerzos, el abismo que nos separaba de los demás crecía día a día. Eramos de la ciudad y no del campo, éramos «señoritas», aunque a menudo prestásemos nuestra ayuda, a menudo lavábamos nuestras manos, todos los días nos limpiábamos los dientes, Stefa y Marysia estaban en oficinas calientes y limpias (mientras Pola —decían— tan elegante y junto a una máquina). El comandante habla con ellas

—decían—, es bondadoso con ellas y a nosotras ni nos mira, se han ganado sus favores…

Unas pocas muchachas de la ciudad no salvaban la situación. Tratábamos de no destacar en nada, de desaparecer entre la multitud. ¿Quizá radicara en eso el error? No sé…

¿Cómo explicar los acontecimientos de las semanas siguientes? Lo atribuimos entonces a la estupidez de quienes habían puesto su mano en ello. ¿Tal vez no se dieron cuenta de que nos condenaban? Su reacción del último día parece indicarlo. Quizá no fueran malas. Pero un odio ciego se había enraizado profundamente en ellas y no había manera de internarse en esta selva de instintos primarios, ni con la palabra, ni con el corazón.

***

Era una tarde de domingo, últimos días de noviembre. Elzbieta decía: «Si sobrevivimos noviembre, quizá sobrevivamos también diciembre.» Elzbieta creía que la guerra terminaría en enero.

Yacía en su catre, bajo la cabeza una pequeña almohada rellena de paja con una toalla cosida encima: imitación de funda. Lo decía en voz baja, contradiciendo su fe en el próximo fin de la guerra. Se mostraba algo apática. Se echaba al regresar de la fábrica y permanecía con los ojos cerrados, o bien sacaba un puñado de fotografías traídas de casa en contra del sano juicio y contemplaba cada una de ellas pausadamente. Huía hacia el pasado, huía hacia la casa.

Le rogaba: «Levántate, siéntate a la mesa con las chicas, no es bueno evitarlas tanto.» Pero ella decía: «Estoy con ellas en el trabajo, es suficiente, vete tu sola…»

Una corona de muchachas rodea una enorme estufa emplazada en el centro de la sala. Aquí pasan su tiempo libre, cuando el trabajo termina: cantan, escriben cartas y organizan largas, interminables conversaciones sobre cómo era su vida en casa.

—Señorita Kasia, escríbame una carta…

Era la más pequeña de la sala, Ania, de trece años, que vino para sustituir a su hermana mayor. Tiene cabellos de color lino, carita de niña, mejillas rojas, acaso quemadas por el frío.

Escribo: «En las primeras palabras de mi carta que sea alabado Jesucristo…» y planto letras grandes, contrahechas, pero Ania, de todos modos, admira mi habilidad. Ella no sabe leer ni escribir; no tuvo tiempo para ir a la escuela, tuvo que llevar a pastar las vacas, trabajar para los vecinos, para ganar algo…

—¿Y usted no escribe cartas?

—Ya las he escrito.

—¿A los padres?

—No tengo padres, soy huérfana.

—Señorita Kasia… —dice clara y tímidamente—, quiero preguntarle algo.

—¿Qué es?

—Decían que usted… y la otra, y otras más, aquella grandota, morena y también…

—¿Qué, qué?

—Que sois judías… —los ojos de Ania, azules como un nomeolvides, me miran con curiosidad de niña.

—Eh, cuentos chinos, están mal de la cabeza, quien creerá en esas habladurías…

Ania respira con alivio.

—Se habrán vuelto locas. Me daría mucha pena, usted se parece tanto a la hija del maestro de nuestro pueblo. A mi los judíos no me gustan.

—¿Y por qué? Es gente como los demás…

Ania se ríe: «Ahora es usted quien está mal de la cabeza…»

***

(Así los días, aparentemente tranquilos y, sin embargo, colmados de inquietud e inseguridad, el suelo blando, repleto de senderos de suposiciones y cálculos. Partimos en cuatro fragmentos las frases, miradas, sonrisas, las miramos como bajo una lupa, y esperamos. Sensación de acorralamiento en esos primeros días. La pregunta: ¿ahora qué?)

Me llamó Schmidt, me dijo: «Ponte el abrigo, espera en la puerta, schnell, komm[48]»… «¿Adónde?», pregunté y su respuesta me produjo estupefacción porque Schmidt dijo «spazieren[49]»,

palabra que no existía en el vocabulario del lager, al menos de momento, hasta que no empezasen a dar permisos de domingo.

Aún nadie había salido de paseo, la única Pola, quien una vez había obtenido el pase y había viajado por asuntos de su trabajo en el hotel. «Alle spazieren?»[50]. No todas, algunas… No me apetece esta clase de paseo, no quiero pertenecer a las elegidas. «Loos, loos[51]», ahora ya en tono cortante, imperativo.

Me pongo el abrigo, anudo el pañuelo bajo la barbilla. Junto a la puerta, Marysia, nadie más. ¿Y las otras? No hay otras, sólo nosotras dos. Marysia dice rápidamente, en voz baja: «¿Por qué nos habrá elegido a nosotras…?» El aire aturde. El río balbucea, invisible en la oscuridad. Las calles, apenas iluminadas y vacías. La fealdad.

—No tenemos mucho tiempo, ein kleiner Spaziergang[52], un poco de aire fresco…

No sabemos por qué (¿o quizá lo sepamos?). Schmidt se ríe y pregunta:

—Decidme. ¿Os gusta estar aquí? ¿Estáis contentas?

Quizá nos haya elegido por casualidad, pienso…

—No nos gusta estar aquí. Queremos ir a casa. Añoramos, queremos volver.

Marysia habla un alemán escolar, correcto, subraya que ha aprendido el idioma en el gimnasium. Abrigo azul de campana, zapatos de esquí, gorrita de lana a colores tejida a mano. Ich bin eine Studentin, ich habe Architektur studiert[53].

Mientras yo, con un pañuelo bien anudado bajo la barbilla, el abrigo ceñido, con un cinturón de cuero crudo y nix gut verstehen[54]. Una, verdadera, otra, disfrazada: y todo en vano.

—¿Vosotras tampoco tenéis padres? —se extraña Schmidt—, tantas huérfanas… Stefanie, la que trabaja en la oficina y su pequeña y alegre amiga… pero, tampoco ellas tienen padres…

En una tienducha pequeña y oscura Schmidt compra periódicos y cigarrillos y nosotras papel de cartas, la adquisición que menos necesitamos. El dueño pregunta: «¿Polacas…?» y Schmidt asiente: «Sí, sí, polacas…» En el camino de regreso nos encontramos en el puente a las rusas que retornaban a sus barracones al lado del Ruhr.

—Ellas ya andan solas, sin protección; están aquí desde hace unos cuantos meses. También vosotras podréis moveros pronto con

mayor libertad. Sólo tenemos que poner orden en el lager. Ordnung. Ordnung muss sein[55]. Dicen que en el lager hay judías… unas cuantas…

—Unmöglich[56] —exclamó Marysia—. Juden nix Deutschland, juden Ghetto[57] —exclamé yo.

Es posible que sólo sean habladurías, pero hay que aclararlo. Próximamente el asunto será examinado con minuciosidad, los documentos serán verificados. ¡Documentos falsos! Eine frechheit ist das! Eine Jüdische frechheit[58]! Las enviaré a su punto de origen o bien pondré orden aquí, en el lugar…

Estamos cerca de la entrada del campo, llega desde detrás de las puertas un barullo contenido.

—¿Qué tal el paseo?

—Muy bien…

Marysia y yo no intercambiamos palabra, nos dirigimos a nuestros catres.

—Sabes —me saluda Elzbieta—, ya hablan en voz alta… allí, junto a la estufa…

—¿Sobre quién?

—En general… ¿Y él?

—Dijo que sabía… y que había que poner orden en eso.

Decidí hablar con Stefa. Se me adelantó. Vino a nuestro rincón la misma noche.

Un sonoro ronquido llegaba desde el catre de Hania, así que podíamos hablar libremente.

—Hace tiempo que quiero charlar contigo…

—Yo también…

—Estamos en la misma situación. Y, al parecer, Schmidt sabe de nosotras.

—Seguramente lo sepa. Nos lo dijo a Marysia y a mí, sin disimulos.

—En la sala también hablaron.

—Hay que huir de aquí…

—Creo que aún hay tiempo para la huida, tengo la impresión de que esto se tranquilizará…

—¿Cómo que se «tranquilizará»? Pero si él sabe… ¿No te das cuenta de lo que significa? ¿Con qué nos amenaza?…

—Es más bien favorable a nosotras…

—¡Ah!, no creo en sus favores, no confío en él… No sé qué se oculta detrás de eso… Me da miedo su gracia… Hoy me dijo claramente que este asunto sería próximamente examinado con minuciosidad. Que verificarían nuestros documentos y nos mandarían a Polonia o que aquí, en el lugar, como él lo definió, pondrían orden… Hay que huir…

—Esperemos todavía, Soy contraria a la improvisación… ¿Adónde huir? Schmidt tiene los documentos… ¿Huir sin documentos? Debemos informarnos mutuamente de cada observación… mantenernos alejadas las unas de las otras… Esperaremos todavía. Y, después, veremos.

Siento alivio después de la conversación con Stefa a pesar de que sus argumentos no me han convencido del todo. Pero Stefa es muy tranquila y equilibrada, al contrario de mí, una cabeza loca; quizá realmente tenga razón… desearía fervientemente que la tuviera, pero no creo.

***

Al domingo siguiente, Schmidt distribuyó diez pases. Entre las privilegiadas seis de las «nuestras» o «urbanas», según el código por el cual este vocablo había sustituido al de «judías». Pensé al principio ceder el mío a Hania, la vecina, pero no lo hice. Decidí reconocer el terreno.

Las muchachas se fueron de paseo al bosque, nosotras dos a la ciudad.

Un momento después nos alcanzaron Zosia y Anielka, una muchacha fea cuyos ojos se ocultaban tras unos gruesos cristales que denotaban una gran miopía. Fue la única que, abiertamente, desde el primer momento, nos manifestó su favoritismo y nos dio su amistad. Lo hacía de modo natural y discreto, jamás preguntaba nada.

Vagabundeábamos sin objetivo por calles grises, monótonas. No sentía curiosidad por esta ciudad, sólo quería situarla en el mapa. Buscaba indicaciones que señalaran la distancia hasta Dortmund y Hagen. En todo este tiempo no me había abandonado la idea de que ahora podíamos escapar. Estábamos juntas, teníamos algún dinero y

dos horas de tiempo. ¡Quién sabe cuándo se presentaría otra ocasión semejante!

Pero ¿acaso no le había prometido a Stefa que, de momento, esperaríamos? O ¿realmente era razonable huir a ciegas, sin planos? No, no estaba preparada para escapar, o mejor, sólo estaba lista en teoría, mentalmente.

Me detuve ante un escaparate con fotos de películas; un oficial de la Wehrmacht se abrazaba a una rubia con un traje de noche que descubría la espalda. Me decía «huye» y no sentía nada, ningún arrebato.

Zosia había adivinado mis pensamientos. Me dijo de pronto:

—Cuando quieras huir, me lo dirás. Huiré con vosotras.

Cuando regresamos al campo encontramos al resto de las muchachas en compañía de algunos polacos que trabajaban allí, los bauer[59]. Observé enseguida la cara ruborizada de Marysia y la excesiva ruidosidad de Paraska. Los chicos nos escrutaron con mirada atenta. Por la noche Stefa me contó que habían sido informados desde el primer momento de los grupos nacionales que había en el campo: ucranianas, polacas y seis judías.

***

Elzbieta me despertó sacudiéndome. Me despejé inmediatamente. Así nos despertaban, con la palabra acción.

En la sala reina la oscuridad pero nadie duerme. Resuena uña risa feroz que se atraganta con histeria. Allá, en las primeras filas de literas, se puede oír: ¡judías, volved al ghetto!

Estamos petrificadas. Hania, la vecina, se ríe silenciosamente, con recato.

—Hania, qué pasa, ¿por qué no dejan dormir? No tienen vergüenza; ¿qué judías?

—¡Ah!, una idiota…

—Y si aquí hubiera judías, ¿qué más da? Ya sufrieron suficiente.

Mas de qué servirá convencer a Hania si ya pertenece al grupo de las tranquilas, a aquellas que no se inmiscuyen en los asuntos de los demás. Debería levantarse y decirlo en voz alta, a toda la sala. Yo no lo diré, yo, la sospechosa. De hacerlo, alguien de pedigrí

limpio y opinión impecable. Nadie lo hizo.

Quien gritaba era Marusia, una prostituta de Lwow. Estaba sentada en su catre, semivestida, sus pechos llenos y blancos rebosaban de su camisón desabrochado. Se había puesto toda roja del esfuerzo y los gritos. No podemos saberlo: quizá nos hubieran fallado los nervios… Pero, de repente, se abrió la puerta, Schmidt encendió la luz. No tenía un aspecto grave con sus pantalones enfundados a toda prisa y los tirantes colgando. Su voz sí era grave:

—Ruhe[60]!. Son apenas las cuatro. ¡Dormir! Schlafen!

Cuando se fue nadie se reía a carcajadas. Una risita silenciosa, ahogada por las mantas, recorría la sala. Y esa risita atemorizaba más que los gritos histéricos.

Por la mañana, Glattke tenía ganas de charla. Le extrañaba que yo tuviera tantas ganas de volver a Polonia si no tenía familia allí. «Polonia es mi patria», le expliqué. Pulía un trozo de hierro con una lima afilada y fina y, concentrado por entero en esta actividad, preguntó como de pasada, sin querer: Sag mir hast du die Juden gern[61]?

No pude dormir por la noche. Reproduje una vez tras otra aquel momento, mi comportamiento, (¿enrojecí? ¿Palidecí?), mi respuesta:

—Ich alle Menschen gern wenn Menschen gut[62].

Recordaba la sonrisa con la que acusó mis palabras. Katarzyna me decía «idiota», y yo a ella «no puedo hacerlo de otra manera»… Pensé en la huida. ¿Por qué no huimos, qué esperamos? No lo sabía.

Las alemanas de la oficina le dijeron a Stefa que en la ciudad vivían aún algunas judías locales. Barrían las calles.

***

Los gritos nocturnos de Marusia no concluyeron con esa actuación, se repitieron aún unas cuantas veces más, sólo que en versión más silenciosa. Poco después, el vocablo judía se arrojó por primera vez en una dirección concreta.

Era una hora tardía, Schmidt había cerrado la sala con llave y no se apresuraría a regresar. Alguien apagó la luz, alguien gritó:

«Enciende la luz, judía…»

La luz se hizo; junto al interruptor, Paraska.

—Tan judía como tú; vete a tomar por el culo —replicó.

Los frenos se habían soltado. Las muchachas, hambrientas, apenadas por su destino, habían hallado un gran tema: los judíos.

Las riendas eran llevadas por un grupito poco numeroso, encabezado por Marusia, la prostituta, y el resto, pasivamente pero con ganas, escuchaba las historias y los chismes. Intentábamos individualmente, cada una por su cuenta, silenciar ese tema. Algunas callaban por algún tiempo, otras sonreían significativamente.

Sin embargo, logramos acallarlas. Lo hizo Paraska quien, un domingo en el que ambas habían obtenido permiso, invitó a Marusia a una cerveza. De qué se habló junto a la cerveza, no lo sabemos. Marusia volvió cambiada, callada, suave.

—Hice que razonase —declaró Paraska.

Unas semanas después Marusia enfermó, se la llevaron al hospital: no volvimos a verla.

***

El orden reinó por fin a la hora de dar las comidas. Lena, una muchacha dulce, de ojos que miraban amistosamente, con largas y bellas trenzas que le llegaban hasta la cintura, fue nombrada cocinera. Era vecina de Helena Pajaczkowska, quien decía que la valiosa cercanía de la cocinera había hecho que no se hubiera trasladado a nuestro rincón. Ella también trabajaba en la cocina. Había engordado, se había vuelto más vulgar.

Las cuestiones del aprovisionamiento crecieron en aquel momento hasta alcanzar las dimensiones normales de un campo. Teníamos hambre. En cada comida se desarrollaban batallas por repetir y obtener raciones más grandes. Lena, justa, hacía lo que podía, no admitía protecciones ni codazos, pero la sopa de nabos, además de su sabor repugnante, poseía también la propiedad de saciar el hambre sólo por espacio de una hora. «Lena, dame lo espeso… Lena, dame más…» Jamás pedí repetir. Al subir las escaleras las rodillas se doblaban. Elzbieta enflaquecía, pero el

deseo de conseguir una ración extra era neutralizado por el miedo a oír la palabra peligrosa…

Un día, cuando después de comer la sopa lavaba el plato bajo el grifo, Schmidt surgió ante mí como de debajo de la tierra.

—¿Has comido?

—Sí.

—¿Por qué no pides otra ración?

—No quiero. Tengo suficiente.

Me miró. Lo vi, había comprendido: komm…

No quise ir. Me cogió de la mano, me condujo hasta el caldero.

—Otra ración —ordenó.

Le dije a Lena: «Sirve primero a las que todavía no han comido, no le hagas caso…»

—Otra ración, ahora mismo, sofort!

Lena, obediente y sorprendida, echó en el plato un poco de sopa.

—Lleno —ordenó—. Voll!

Indignación en la sala. El comandante había ido a por la segunda ración y las demás todavía no habían comido la primera…

Trato de evitar a Schmidt, me alejo de su vista.

***

Dos alemanes que hacían guardia de noche turnándose con Schmidt aparecieron en la sala. Uno de ellos, un hombrecillo enjuto, pequeño, estúpido, que sentía hacia Schmidt un pánico feroz, fue apodado Ghandi. El otro, con un sombrerito inclinado y cara de payaso cansado, se llamaba Müller. Gandhi no supo nunca ganarse el respeto de sus «ruhe» y «still sein[63]», nadie le hacía caso. Por otra parte, él mismo prefería bromear con las muchachas que dar órdenes y, gracias a esas relaciones relajadas, se enteró enseguida de quiénes eran las seis judías. Al mirarnos, fruncía gravemente las cejas, jamás nos dirigía la palabra.

Con Müller era diferente. En el transcurso de una de sus primeras guardias nos halló a todas al lado de Zosia; era tarde, la mayoría de las chicas dormían.

—Schlafen gehen —dijo con acento extranjero— morgen müde[64]… Después de un rato añadió: «Sé que sospechan de

vosotras. Me da igual quiénes seáis…» No pronunció la palabra «judías» y jamás volvió a tocar el tema. A veces, nos traía algunas botellas de cerveza negra. Era tímido y gracioso, de cara triste. Pero con Zosia habló del tema, sólo con ella. Se había enamorado. Le regaló un colgante con un corderito que Zosia ha llevado hasta hoy.

***

Cada semana, a la hora de distribución del correo, esperaba que pronunciasen el apellido de Katarzyna. La carta, llegó por fin.

Halinka escribía que había perdido las esperanzas de sacar a Marian de la cárcel. El abogado había recibido el dinero que su prima había traído de Z., pero se había negado a seguir con el asunto. La carta era breve y terminaba con las palabras: «Gracias a Dios que lo habéis logrado.» Ni una palabra de mi padre.

Por la noche, permanecí sin dormir. Retornó el miedo por mi padre, y el miedo por Marian, silenciados hasta entonces por el miedo egoísta hacia mí misma. El pasado, relegado al fondo, revivió, regresaron los remordimientos. Sentada, sin dormir, sentía en mí el llanto; mis ojos estaban secos. También Marysia recibió una carta de su prima Paulina, que trabajaba en una finca de los Sudetes. A Paulina le iba magníficamente, de las noticias esquivamente formuladas resultaba que nadie sospechaba que era judía, no tenía ningún problema; el trabajo en la finca no era demasiado duro… La envidiábamos. Pensé en el jardinero y el restaurador de una pequeña ciudad de Hessia… Paulina y Marysia se escribían con frecuencia. Todo parece indicar que este hecho aparentemente inocente decidió el destino de Paulina, Marysia, Elzbieta y el mío.

***

En el campo se multiplicaban las enfermedades: diarreas, fiebres de origen desconocido, sarna. El sucio retrete estaba ocupado constantemente, la orina se derramaba en la sala formando junto a la puerta un estanque fétido. El jabón que recibíamos racionado

duraba una semana, dos en el caso de las más ahorradoras. Era duro, amarillento, las chicas decían: «Está hecho de judíos.»

Ocurrían accidentes en el trabajo: dedos seccionados, quemaduras. Un anochecer trajeron a Elzbieta. Había trabajado en el turno de noche y durante el descanso se había dormido apoyada contra la máquina. Se puso en marcha, la sierra cruzó sobre su espalda.

La herida era profunda, repugnante. Schmidt me dio una pomada y un trozo de venda. Elzbieta permaneció en la cama unos días y, después, muy dolorida, retornó al trabajo. No quería quedarse sola en el lager, temía la soledad. Yo curaba cada noche su herida sin disponer de ningún medio antiséptico, así que, en lugar de cicatrizar, supuraba.

Eso no nos preocupaba, había otras cosas más importantes.

Nos produjo pánico la aparición de dos alemanes de paisano acompañados por Schmidt. Se encerraron en el cuarto de servicio desde donde, un momento después, llamaron a Stefa. Regresó rápidamente. Habían verificado sus documentos, habían apuntado algo, la habían mirado sin decir palabra. Por primera vez vi a Stefa nerviosa, sacada de sus casillas.

Poco después de este suceso abandonamos nuestro oscuro rincón y nos trasladamos más cerca de las de «la ciudad». Las únicas plazas que encontramos estaban debajo de los catres de Helena y de Lena, la cocinera. Ahora vivíamos todas en un pequeño radio y, en contra de los imperativos de la lógica, dejamos de estar atentas, de tener cuidado. Sólo Marysia guardaba aún las apariencias: de día rehusaba ir con nosotras y sólo por la noche venía a hablar.

Nos reuníamos regularmente cada noche en la cama de alguna de nosotras. Las muchachas dormían el primer sueño profundo, las puertas del cuartucho de servicio estaban cerradas con llave… Nos sentábamos en un lecho, apretadas la una junto a la otra, comentando las observaciones y comportamientos del día pasado: qué había dicho Schmidt, cómo se había comportado, cómo miraba, a quién, hacia quién mostraba atención… Pero la conversación se deslizó pronto hacia asuntos personales. Ya sabíamos todo de nosotras, incautas, despreocupadas… Nos sentíamos bien juntas…

Sentadas en un estrecho catre, una junto a otra; Zosia, la mayor: sus padres habían muerto en Belzec, el marido se había quedado en

el ghetto. Espera noticias de él, que nunca llegarán. Stefa: esposa de un médico. En una pequeña foto de aficionado van los dos por un caminito campestre, altos ambos, bronceados, una bella pareja, en los campos los mazos de trigo. Su marido se esconde en el campo. Marysia: estudiante de arquitectura. La madre ha muerto en una redada, su hermanito pequeño se ha quedado en el ghetto, con el padre.

Y la diminuta, juguetona Paraska, es madre de un hijo de un año. El día en que huyó del ghetto había cumplido un año. En el ghetto de una pequeña ciudad se habían quedado los dos: el padre y el hijo.

Y nosotras dos. Elzbieta es la más joven. Había en el campo otra judía más, pronto la conoceré. Se uniría en un momento decisivo y sabría romper este lazo aún a tiempo.

«Siete por ciento», recordaba las palabras del jefe del Sammellager en Lwow: «se han decidido demasiado tarde, señoras; ahora todos conocen este método, haberse ido antes…»

***

Se acercan las fiestas de Navidad. Llegaban paquetes y cartas con hostias deslizadas entre los sobres, con deseos de fiestas saludables; ojalá fueran las últimas en tierras ajenas…

Reinaba un ambiente festivo, pero silencioso, tranquilo. Las fiestas se aproximaban, invitaban a la reflexión; los asuntos ajenos parecían quedar en un segundo plano.

Se irguió en la sala un árbol de Navidad. Olía a bosque. Marysia había traído de la oficina papel de seda coloreado. Recortamos los adornos, las estrellas, las cadenas. Las muchachas lavaban, rizaban el pelo y en la mesa tenían lugar sonoros debates… si las ucranianas, cuyas fiestas serían dentro de dos semanas, tenían que sentarse en la mesa al lado de las polacas. No, no querían una vigilia común, se pondría una mesa aparte para las polacas; en cambio, después de la cena, todas juntas cantarán los villancicos.

A Elzbieta le irrita esta atmósfera festiva. Yace en su catre, silenciosa, sumida en sus pensamientos, añora la casa más que de costumbre. ¿Qué casa? No tenemos casa, deja de recordar… Eso no

ayuda. Elzbieta se anima sólo durante las conversaciones nocturnas… Y tira mucho hacia Stefa. «Mantengámonos juntas —dice Stefa— nosotras dos, las más morenas.»

Marysia invitó el primer día a la alemana de la oficina de delineantes: iban a ir juntas a la iglesia y, después, a comer.

—Eso quiere decir que en la oficina de delineantes aún no lo saben, ¿verdad? —pregunta a cada una de nosotras. Y nosotras le contestamos: «Seguro que no, en caso contrario no la habrías invitado, pero no te olvides de traer las colillas…»

Descansando en el catre vi aquella escena —muda para mí— junto a la puerta, la escena entre Schmidt, aquella alemana que vino a pedir permiso para que Marysia saliera del campo al día siguiente, y Marysia, de pie, al lado, modesta, preciosa, sonrosada. Vi como Schmidt, sacudiendo la cabeza, decía algo y la alemana se quedaba petrificada. Luego se acercó a Marysia y, rápidamente, salió de la sala.

—¡Se lo ha dicho! —pensé, y un instante después Marysia repitió aterrorizada con lágrimas en los ojos:

—¡Se lo dijo! ¡Se lo dijo!

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has oído?

No solamente había oído el grito de la alemana «ach du lieber Gott» y después un seco «Herr Komandant erlaubt nicht[65]».

Se lo había dicho.

Permanecemos sentadas, sorprendidas, silenciosas. Huele a abeto, las muchachas hacen sus tirabuzones, Schmidt circula por la sala. En realidad, no sé por qué nos extraña.

Para la cena de Nochebuena hay arenque en aceite y patatas dulzonas con cebolla. La mesa, cubierta con una sábana blanca, en los rostros de las muchachas —tan sólo quince polacas— se dibuja la conmoción. Lágrimas bajo los párpados. Nos ofrecemos la hostia, nos besamos… Pienso de nuevo —ya lo pensé una vez— que tal vez esa Nochebuena común, esos brazos entrelazados, vayan a traer paz entre nosotras, nos unan. Aunque sólo sea con ese pequeño grupito…

Comemos en silencio. El arenque estaba muy salado. «Ojalá el año que viene estemos en casa, chicas, ojalá termine la guerra.» Alguien levanta un brindis con un vaso de agua.

Después de la cena nos sentamos todas alrededor del árbol.

Villancicos… villancicos cantados en casa de Tadeusz, amigo de la infancia y, por eso, tan bien conocidos. «W żłobie leży, niech przybieży», «Cicha noc, świeta noc[66]»… Cantábamos con voz fuerte, pronunciando claramente las palabras. De repente, entre los cantos, cayó un grito: «Que canten solas, que demuestren lo que saben», y el coro acalló. Seguíamos cantando.

***

El primer día de Navidad no se trabaja. A través de la sala fluyen oraciones, villancicos, letanías infinitas…

Mientras, nosotras analizamos los acontecimientos de ayer: lo sucedido con la alemana, lo de los villancicos y un hecho más, el más importante, observado los últimos días: el comportamiento de Schmidt con nosotras ha sufrido un cambio. Schmidt se ha transformado. Es hostil, agudo, despreciativo, o bien nos ignora, no nos ve; puede decirse: ahora se comporta de modo normal. Su anterior simpatía y atención, tan anormal y que siempre había despertado en mí desconfianza, se ha trasladado a otras. Se rodea por las noches de una multitud de chicas, se divierte con ellas, bromea, lleva a las más privilegiadas a tomar cerveza al Wirtschaft. El cuarto de servicio siempre está llenó, cada dos por tres, bajo cualquier pretexto, alguien corre hacia allí. Las muchachas se muestran encantadas con los repentinos favores del comandante, tienen por fin a «su» hombre. (La falta de hombres se nota cada vez más en algunas; como suele decirse, «la virginidad les ha afectado el cerebro»; hay también unas cuantas parejas lesbianas. Schmidt favorece a alguna de las muchachas, sobre todo a Pola, quien habla frecuentemente de su partida para ir a trabajar en un balneario.)

La pérdida de los favores del «comme ci, comme ça» no nos preocupa, al contrario, estamos contentas de habernos quitado de encima una razón para ser envidiadas. Nos inquietan las causas de esta transformación. ¿Por qué Schmidt ha cambiado repentinamente? ¿Qué sabe? ¿Qué está tramando? ¿Acaso presentimos que nos queda ya poco tiempo, que los acontecimientos circularán a gran velocidad por otra vía y que estos días navideños conformaban el límite…?

—¿Qué os pasa, chicas?

Es la voz silenciosa, melódica, de Michasia.

—Stefka —dice—, quiero pedirte algo…

Michasia es una muchacha espigada, melancólica, de largas trenzas y una cara pequeña como un puño. La chica más extraña de la sala. A veces me parece que no es normal, sobre todo cuando se ríe nadie sabe por qué, silenciosamente, como si fuera una manía, o cuando habla un poco sin sentido. Pero la mayor parte del tiempo está triste y callada, como ausente; se lava una vez cada dos semanas y no se despoja del pesado pañuelo a cuadros que cubre su cabeza y espalda.

Conoce un sinfín de «dumki[67]» ucranianas que canta aullando lastimeramente.

—Stefka —dice en ucraniano—, ¿me dejarás hoy algún vestido?… Ya me he hartado de estos trapos. Te lo devolveré por la noche, no tengas miedo, lo sacudiré, echaré los piojos…

—¿Para qué quieres el vestido Michasia?

—Dámelo, Stefka, dame, tengo el permiso, me voy a dar un paseo, no quiero ir en harapos; es fiesta…

Se puso el vestido de Stefa, su abrigo y sus zapatos. Trenzó el pelo sobre las orejas en forma de tirabuzones, su rostro, tapado habitualmente por el pañuelo, cobró vida, sus ojos se engrandecieron.

¡Ya no era Michasia!, parecía que un nuevo espíritu la hubiese invadido; su cintura estrecha, frágil, giraba en círculo con paso de baile, y ella gritaba: «¿Verdad que soy guapa?»

La mirábamos sorprendidas, en silencio.

—Cuando una se viste parece otra cosa —declaró repentinamente seria.

Alguien soltó una carcajada: otra, otra… una judía.

Stefa sabía de ella, la conocía desde antes de la guerra. Michasia era una judía campesina. Seguía haciendo espléndidamente su papel de muchacha algo anormal, primitiva. El incidente de las fiestas cayó en el olvido. Se mantuvo alejada hasta el final, sólo a veces visitaba en secreto a Stefa en busca de noticias. El suceso navideño había despertado miedo en ella: creía que iba a compartir nuestro destino.

***

Fue inmediatamente después de las fiestas. Vestida con un delantal de goma limpiaba las máquinas de la herrería. «Somos confiadas y tontas —pensaba—, es necesario escapar lo más pronto posible y nosotras, mientras, parloteamos con los brazos cruzados.»

Ha habido ya tantas señales de aviso…

Sumida en mis pensamientos no vi a Glattke, quien estaba a mi lado observando mi trabajo. No parecía satisfecho en absoluto.

—A partir de mañana trabajarás en la oficina, beim Herrn Klautz —dijo.

Me asusté: otra más a la oficina, una razón más para la envidia…

—Nix wollen[68]…

—Nadie pregunta tu opinión, debes trabajar allí donde se te ordena…

La oficina se encontraba en la entreplanta, en un lugar acristalado, justo encima de la nave principal de las máquinas, visible desde allí como si estuviera sobre la palma de la mano. La pared interior de vidrio la separaba del despacho de las mecanógrafas. La veía sin moverme de mi asiento pegado a la mesa, inclinada sobre su máquina de escribir.

Mi trabajo consistía en medir las muestras de metal destinadas a la producción de elementos para aviones. Al ver la escala corredera fingí una ignorancia total y durante una serie de días no logré comprender cómo manejar este artilugio. Pero Klautz, mi jefe actual, era paciente: explicaba, demostraba, repetía; al final tuve que comprender.

Klautz, un moreno con bigotillo hitleriano, me pareció antipático desde el primer momento. Sus labios apretados, finos, sus ojos penetrantes, no presagiaban nada bueno. Pronto, lo definí: malo, envidioso, vengativo. En el trabajo resultó ser muy exigente y pedante, yo pagaba cada equivocación con una bronca, y cuando una vez, estando ya harta de ello, expresé mi voluntad de volver al taller, se puso furioso y me soltó una monserga sobre las obligaciones de una Zwangsarbeiter[69] en el Tercer Reich. Por suerte, con el tiempo, se asomó cada vez con menor frecuencia por la oficina, sólo aparecía para controlar y recoger las mediciones que

yo anotaba en un formulario especial. Mi jefe directo era un alemán jovial, avejentado, que pronto fue llamado a filas. Me quedé sola con Heinz, el practicante, un mozo de diecitantos años, un mocoso engreído, miembro de las Hitlerjugend[70]. Trató de molestarme, pero pude fácilmente con él. Entonces, cambió de frente. Me confesó que tenía miedo de ir a la mili; prefería ir al campo, a casa de su tío, quien tenía una finca y tocino y chorizos en abundancia. Soñaba con los chorizos.

Sentada en mi mesa, tenía delante la nave fabril. Veía cómo las muchachas de nuestro lager empujaban los pesados carros cargados, acarreaban hierro. Tenían caras sucias, llevaban sucios delantales de goma y chanclas de madera. Apartaba la mesa para que no pudieran verme. Pero debía bajar para reunirme con Klautz y Heinz. Portaba un block de notas y un lápiz en la mano, ardía de vergüenza. Me miraban con envidia.

***

Una mañana encontré diez raciones de pan sobre mi catre. Era el regalo de Elzbieta por el día de mi cumpleaños, del que yo misma me había olvidado. Elzbieta no había comido pan durante diez días guardándolo para mí. Stefa me trajo un broche. Por la noche comimos pan todas juntas.

***

Después de la cena, Pola, Helena y alguna más salieron con Schmidt. No había nada extraño en ello, últimamente salían a menudo con el comandante a tomar cerveza. Pero la misma noche nos llegaron ecos de que Schmidt no había ido con ellas a la taberna, sino… al dentista. Sólo unos días después se extendieron las murmuraciones: al parecer, no se trataba de ningún dentista… decían que habían firmado algo…

Anielka confirmó esta noticia. Esa muchacha fea, miope, nos traía todos los nuevos rumores, añadiendo infaliblemente: «Pero esto se aclarará pronto y os dejarán en paz.» Jamás nos obligaba a

reconocerlo abiertamente, daba a todo apariencia de chisme y sospecha infundada. Ese día —era la mañana del domingo— venía asustada y, en contra de lo habitual, espetó:

—Vengo de la cocina… Schmidt se dirige hacia aquí con dos civiles… Tengo miedo de que seáis vosotras… aquella noche firmaron una denuncia, yo misma oía cómo contaban, ante mí no se cortan…, pero, os suplico, no descubráis que os lo he dicho.

Nos mira con ojos fruncidos, enfermos, más nerviosa que nosotras. Porque nosotras, de repente, nos sentimos muy tranquilas.

Había ocurrido. ¿Quién hubiera podido sospechar que «dentista» era la palabra clave?

En la puerta abierta de par en par aparecen Schmidt y dos alemanes vestidos de civil. Entra desde la calle un aire sano y sólo ahora se nota el tufo que reina en la sala. Anielka huye, Marysia se cuela entre los catres buscando el suyo: «Que no nos vean juntas…»

—Eso ya no tiene ninguna importancia —dice Stefa, y no se mueve del sitio.

El barullo ha cesado, reina en la sala un silencio aterrador.

—Ja! —dice en voz alta Schmidt—, wir sind gekommen um zu prüfen, ob ihr alle da seid! Ob niemand abgehauen ist[71]!. Los tres se dirigen hacia nuestros catres.

«Diese… diese… diese…»[72], dice Schmidt señalándonos a mí, a Stefa, Paraska, Zosia, Elzbieta y a Marysia, sentada en su cama.

—Also alle sind da[73]?.

Se fueron. Aún quedaba aire fresco en la sala, pero pronto se perdió en el espeso tufo.

—No es a nosotras —dice una voz con alivio—, es a ellas.

***

Había sucedido. ¿Por qué no nos habían llevado? ¿Qué significaban las palabras sobre la huida? ¿Por qué no huíamos? ¿Qué esperábamos?

Schmidt ya está de vuelta en la sala, contento, con cara amistosa, divertido. Ha traído un enorme cajón lleno de peines, hilos, lanas.

—¡Que alguna se atreva a decir que le va muy mal aquí…!

¡Qué alegría! ¡Qué bosques de brazos extendidos ante tan magníficos regalos! Schmidt, sin hacer caso a las chicas que le rodean, pronuncia en voz alta el nombre de Zosia, la única de todas nosotras en quien jamás se había fijado, y le entrega un enorme peine rojo y unas madejas de lana…

Zosia no comprende qué significa esto, pregunta qué se oculta detrás, por qué precisamente es ella la primera, precisamente ella, a quien no soporta y, además, ahora, después de la revelación de los secretos.

—¿Lo comprendéis? —pregunta.

No, no comprendemos a Schmidt, no nos comprendemos a nosotras mismas.

Él arrojó a un rincón la caja vacía, se me acercó.

—¿Por qué no has pedido? ¿Crees que la lana y los hilos no te serán necesarios?

—Nix nötig[74] —explico.

***

De nuevo una noche larga, sin sueño. Yacemos en los catres, vestidas; esperamos. A través de los gruesos muros de la nave fabril llega el gemido atenuado de la Flageralarm. Chirrió la cerradura de la puerta: alguien se deslizaba de puntillas. ¿Quién volvía a una hora tan tardía? ¿De dónde? ¿Sola?

La reconocí tan sólo cuando, sollozando, cayó sobre mi lecho. Era Helena.

Me abrazó, noté un fuerte olor a alcohol.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras?

No respondió.

—Di lo que tengas que decir o deja dormir, ¿sabes?

—Kasia, Kasia —balbuceó—, que he hecho… yo no quería… por qué he ido… Kasia… déjame a tu lado… nosotras del mismo…

La agarré por los hombros.

—¿Dónde has estado? ¡Di! ¿Dónde? ¿Qué has hecho? ¡Habla!

Se apartó de mí, subió a su cama, arriba. Oí sus sollozos durante un rato. Después, empezó a roncar sonoramente, me levanté, fui adonde Stefa.

—Pajaczkowska nos ha delatado, nos ha denunciado: regresó borracha, se ha ido de la lengua. Es una testigo fehaciente. Creo que conoce nuestro apellido. Siempre lo di por supuesto.

Extraje del bolsillo migajas de tabaco y un trozo de periódico, lié un cigarrillo. Se encendió dificultosamente, picaba en la garganta.

—Nosotras dos no podemos retrasarlo más, Stefa…

Elzbieta respiraba en su catre, miraba sin pronunciar palabra.

—No… no…, hemos pensado tantas veces que el fin se acercaba y siempre algo… también ahora… ya verás…

***

Marchamos al trabajo en filas de cuatro. Schmidt encabeza la marcha, Ghandi en la cola. Es algo nuevo: hasta entonces bastaba con uno.

Cae otra vez aguanieve, la misma que en noviembre. Son finales de enero. Tres meses.

La celada fabril, la garita del guardia, montañas de nabos en el patio, los sonidos estrangulados de las máquinas, el estremecerse del aire y el olor, ese olor específico a grasas y hierro.

Subo lentamente la escalera, me detengo en el descansillo, miro a través de la ventana. Está oscuro, no se ve nada, así está bien, en verano quizá sea más difícil, y así, al abrigo de la noche, en el camino hacia el trabajo, la muralla que sobresale junto a la puerta, a la sombra de este muro…

Alguien llamó. Zosia bajaba desde la primera planta en compañía de un alemán. No pertenecía a la fábrica. El alemán llevaba un grueso abrigo de invierno y guantes de cuero. Zosia, con abrigo, muy pálida. De sus cabellos teñidos, que crecían en una franja oscura de su frente, asomaba un pequeño peine. Lo percibo todo en una fracción de segundo con esa mirada especial que, en los momentos cruciales, tropieza con las nimiedades. Y pienso: tendrá que conseguir agua oxigenada. El pensamiento va acompañado por una presión en el costado, sé quién es el hombre y qué significa la palidez de Zosia.

—¿Adónde vas? —pregunto; ella responde sin detenerse:

—Me llaman. No sé dónde, ni por qué…

Corrí a informar a las nuestras. Junto a la máquina de Elzbieta se hallaba una muchacha desconocida.

—Se quemó la pierna: la llevaron al campo —explicó la extraña.

En ese momento no pienso que la pierna quemada dificultará la huida, pienso en lo que ella había dicho hacía unos días: «¿Sabes lo que más temo? Que nos lleven por separado.»

Elzbieta yace con la herida en la pierna, asegura que es capaz de andar e incluso correr. Schmidt le ha dicho: «Heute hat man Sophie verhaftet…»[75]. Es decir que mañana…

Quiere volver al trabajo, no desea quedarse sola y esperar. El pie, rojo, hinchado en el tobillo: ¿cómo ponerle el zapato?

Muy entrada la noche, Zosia retornó. No creíamos lo que nuestros ojos veían. Atravesó la sala con paso tenso, sin mirar a nadie, se echó en su catre y se tapó con la manta hasta la cabeza.

Nos reunimos por la noche, vino también Michasia. Zosia ruega que no preguntemos nada, no recuerda nada. Tiembla de frío envuelta en la manta. Repite: «Dejadme en paz, no tengo fuerzas…» Lo sabían todo. Sabían de dónde venía, sabían que estaba casada. Se lo había dicho a Pola en Lwow. Pola había ganado su confianza y la tonta de ella la creyó… «Eres judía, confiésalo», decía el gestapo. Lo negaba. La traductora le propinó una bofetada.

De repente, sonó el teléfono. El gestapo que interrogaba a Zosia levantó el auricular… «Ya, ya… Tengo aquí a una de esas judías, Sophie Sokalski. ¿Nombres de las otras? Sofort…» Leyó los nombres en una hoja que tenía encima del escritorio.

—¿Todas?

—Sí.

—¿El mío también?, ¿también? —preguntaba febrilmente Michasia, pero Zosia no recordaba si el apellido de Michasia se encontraba en la lista.

***

Marysia y Stefa defienden obstinadamente la propuesta de comprar a Schmidt y discutimos por primera vez este tema entre nosotras. Elzbieta y yo somos contrarias a ello, consideramos que hay que huir lo más pronto posible, sin esperar al domingo. ¿De qué

serviría el soborno si el asunto está en manos de la Gestapo? ¿Y con qué vamos a sobornarlo? Nosotras dos no tenemos nada… Pero la mayoría no comparte nuestra opinión. ¿Y si —razonan— logramos alguna información? Podemos averiguar si comprueban realmente en Polonia la autenticidad de los documentos y, de ser así, si ya ha llegado alguna respuesta. El riesgo de la huida es mayor que el riesgo de soborno.

A la mañana siguiente Marysia y Paraska entregaron a Schmidt un reloj de oro, una pluma de oro, unas cuantas monedas de oro, una cadena y unas botas de oficial, propiedad de Stefa. Volvieron con caras triunfadoras:

—Ya veis, aceptó y con ganas…

El ambiente optimista perduró hasta la tarde. Durante el descanso del mediodía, Schmidt le devolvió el hatillo a Paraska con estas palabras: «Ich bin nicht so kleinlich[76]».

El día transcurrió tranquilo, no llamaron a nadie. Esta vez decidimos unánimemente que trazaríamos por la noche el plan de la huida.

Pero ese mismo anochecer Paraska salió con una propuesta que nos dejó patidifusas y retrasó la fuga. Paraska anunció que pasaría una noche con Schmidt y le sacaría todo lo que sabía sobre nuestro asunto.

Paraska, como siempre, dijo riéndose: «Yo le sobornaré de otra manera…» Stefa preguntó después de haber transcurrido un largo instante: «¿Estás segura de ti misma?». Paraska, despreocupadamente: «Sí.»

***

A la mañana siguiente Elzbieta enfundó con dificultades su pie hinchado en el zapato y se fue a trabajar cojeando. No quería quedarse sola en el lager. En la sala, inesperadamente, de repente, comenzaron a hablar en voz alta de un suceso ocurrido en Frankfurt, donde habían ahorcado a unas judías provistas de documentos arios. A una de ellas le salvaron diez firmas que confirmaban que era una polaca verdadera… ¿Serán sólo chismes sádicos cuyo fin es asustarnos…? ¡Quién lo sabe…! ¿Dónde recoger

diez firmas…? Anielka seguramente firmaría, quizá también Hania, nuestra antigua vecina, la huzula, pero la misma Hania me dijo hace poco:

—Si es cierto que sois judías, me extraña mucho que no temáis mentir tanto… si es un pecado terrible…

Trabajo nerviosamente, para colmo Heinz me rompe la cabeza con su preocupación: le llaman a filas. Auch kinder Krieg machen?»[77], pregunto. Está tan preocupado que no capta la ironía. Estoy sentada de espaldas a la puerta. Cada vez que chirría me produce palpitaciones. Atrapo la mirada de Elzbieta, quien se encorva junto a su máquina más de lo acostumbrado; dirige su mirada hacia mí una y otra vez.

¿Qué nos traerá la noche de Paraska?

En el descanso del mediodía ya nadie habla de las judías de Frankfurt, una nueva noticia se extiende: Helena Pajaczkowska será telefonista; la vemos, sentada con los auriculares en los oídos, un vestido nuevo y un jersey de estreno.

***

Paraska ha cumplido su palabra: hoy, a las once de la noche, Schmidt la espera en el cuarto de servicio. Ha pedido prestado un camisón a Marysia, está muy nerviosa y repite sin cesar que se sacrifica por nosotras.

Eso suena a chanza, pero nadie se ríe.

«Recuerda —le decimos—, aquí se trata de todas nosotras, no solamente de ti…»

—No temáis —asegura—, lo recuerdo…

Nos acostamos temprano. Schmidt apagó la luz a las diez, las conversaciones cesaron, la sala se sumió en el sueño. Paraska abrió cautelosamente la puerta del baño, paso obligatorio hacia el cuarto de servicio del comandante. Su delgada figura, con un camisón largo que le llegaba hasta el suelo, surcó la rendija clareada. Después, la puerta se cerró.

Pasaron una hora, dos. Me dormí de pronto, profundamente, agotada por la tensión nerviosa. Me despertó el susurro de Elzbieta: ha vuelto… Me escabullí hacia Stefa. En el catre vecino estaba

Paraska sumida en sueños. Stefa aún no conocía ningún detalle, Paraska había aplazado el relato hasta el próximo amanecer.

Camino de la fábrica, Stefa musitó: «lo contaré en la oficina…», no hubo tiempo para preguntar si las noticias eran buenas o malas…

Excitada, deprisa, rellenaba los formularios con los datos de las mediciones. Klautz se sorprendía de mi laboriosidad. «Sonst bist du ja immer stinkfaul…»[78]. No podía aguantar mientras esperaba el momento de que él saliera del cuarto. Apenas se hubo cerrado la puerta llegó corriendo Elzbieta.

La relación de Paraska, repetida por Stefa, era breve y concisa. Schmidt había dicho que aún había tiempo, que nos avisaría cuándo teníamos que huir, qué día, en qué momento. Paraska tiene gran fe en él, han hablado abiertamente, sin rodeos.

Stefa añadió también que Schmidt conocía nuestro apellido, el mío y el de Elzbieta, y que sabía que éramos hermanas.

***

Al anochecer se propagó la noticia de que iban a llevarnos el jueves, veintinueve de enero. No sabemos quién fue la primera que puso en circulación esta noticia, nunca logramos descubrir la fuente de estos rumores que surgían repentinamente en la sala y fluían susurrantes de boca en boca.

También se decía que Pola había sido liberada del campo y que en los próximos días ocuparía su puesto en el balneario.

Era sábado. Cuatro días nos separaban del jueves. Paraska pasó con Schmidt esa noche del sábado. Repitió el mismo consejo de ayer: «Esperar, daré la señal…»

Echadas en los catres, esperamos.

Domingo, no hay pases. Las muchachas cosen, escriben cartas, cantan. Antaño, los pasados domingos, también cantábamos, cantar aportaba alivio, sustituía las quejas. Pero hoy nadie tiene ganas de cantar.

Echadas en los catres, esperamos.

Schmidt trajo por la noche a un chico joven con un acordeón. Sin esfuerzo, aunque no llegó a pronunciar ni una sola palabra,

reconocimos en él a un extranjero. Miraba hacia delante con ojos cansados, somnolientos. Schmidt le ordenó sentarse junto a la pared, anunciando en voz alta, subrayando:

—Wir sorgen, dass ihr auch Vergnügung habet! Heut wird getanzt[79]!

No dábamos fe a nuestros propios oídos: ¿baile? Sonaba la alegre melodía de una polca y, un momento después, toda la sala bailaba.

—Ven —le dije a Marysia—, hay que guardar las apariencias…

Incluso Elzbieta se levantó del catre y, cojeando, bailó con Stefa. De repente, se hizo un silencio mayor, más espacioso. El centro de la sala se quedó vacío. Las muchachas estaban junto a la pared, murmuraban. Entre las escasas parejas que bailaban estaba la de Schmidt y Paraska.

—Baila con una judía —se propalaba en susurros—, pero tú, Paraska, ya no bailarás mucho tiempo…

La música cesó, el acordeonista secó su frente sudorosa. Entonces, las muchachas comenzaron a cantar, primero tímidamente y en voz baja, luego, cada vez más fuerte, «El último domingo». Todas formaban un grupo compacto y cantaban más y más fuerte, con descaro.

«¡Escuchad —gritaban—, es para vosotras, es vuestro último domingo!»

Tengo todavía un trozo de jabón; lo venderé, tengo que fumar, no deseo nada más en este momento que un cigarrillo. ¿Cuánto me das? Cinco. Dame diez. Siete. Aspiré ávidamente, todo giró ante mis ojos. Ahora cantamos Stefa, Marysia, Zosia, Elzbieta, Paraska: «Es el último domingo, así que no me lo niegues, mírame tiernamente, por última vez…»

Zosia no aguantó, huyó hacia su catre, se acurrucó bajo la manta. El rostro de Stefa, sin gota de sangre, los labios de Marysia, temblorosos de llanto reprimido… pero seguíamos cantando: «Dame sólo este domingo, el último domingo y después que el mundo se derrumbe…»

La sala se balanceó, las caras sudorosas de las chicas se diluyeron en una sola mancha, en un sola boca abierta: ¡el último domingo! El canto pasó a ser un alarido, se atragantaban con las palabras, se asfixiaban con la risa, pataleaban…

No eran las mismas muchachas que habían llegado aquí con nosotras. Eran unas enajenadas.

El acordeonista no se movió de su sitio, el horror se reflejaba en sus ojos, intentó algunos acordes, pero un centenar de gargantas sanas lo silenciaron con una sola melodía repetida con obstinación.

—Was ist hier los[80]? —se alzó el grito de Schmidt.

Se hizo un silencio momentáneo, perfecto, tan fuertemente agarradas las tenía en un puño.

Pola se irguió desde el interior de la multitud con su acento suave, meloso.

—Wir singen ein polnisches Tango. Es heisst «Der letzte Sonntag[81]».

Y soltó una carcajada breve, sensual.

El lunes, Klautz me echa una bronca: hay muchos errores en las últimas mediciones. «¡Eso parece un sabotaje, no seas descarada…! tú… Ten cuidado, te lo aconsejo.»

Martes. Estoy en la oficina. Stefa no está. Miró con inquietud el sitio vacío que se hallaba detrás de su máquina. Salió al campo con todas, ha pasado una hora y sigue sin aparecer. Por fin, llega. Tiene el rostro petrificado, parece una máscara, está muy pálida y no mira hacia mi lado.

«Tienes que venir y decírmelo, ahora, ahora mismo, levántate y ven», le suplico con el pensamiento…

Obediente a mis designios, se levanta; un instante después está a mi lado.

Su mirada despierta en mí un miedo súbito por Elzbieta.

—Schmidt le ha dicho a Paraska que se prepare esta noche para el camino.

—¿Cómo?… ¿A Paraska? —tengo la voz ronca.

—Quiere ayudarnos a Paraska y a mí, por ser su amiga más íntima. Sólo a nosotras.

No puedo pronunciar palabra. Nos miramos a los ojos.

—Lo sé, lo sé, habíamos dicho que todas juntas debíamos… a la vez… lo sé… pero comprende… él no quiere… él…

—Lo comprendo. Está bien —mi voz vuelve a sonar con normalidad—, es maravilloso que quiera ayudaros…

—Debes comprender… Comprender, te lo ruego… compréndelo…

—Lo comprendo.

—Zurück, bitte[82]… —llamaron desde la habitación contigua.

—También tenéis que huir, lo más pronto posible… —dijo al salir.

Ante mí, estrechos trozos de aluminio. Mido, sumo, marco con tiza azul estos pedazos. Basta mirar con el rabillo del ojo para ver a Stefa. Encorvada, con la cabeza apoyada sobre las palmas de las manos, mira hacia la ventana. Cae a sus espaldas una nieve sucia, húmeda. Cae y cae, y no deja ni rastro. Esta noche también nevará. Tenemos que huir todas juntas, la huida de una podría perjudicar a las demás, todas somos sospechosas, tenemos que salvarnos todas juntas… No lo hago por mí misma… me sacrifico por todas…

Todo está en orden. Paraska se ha acostado con Schmidt y Stefa es amiga suya. Así que, aparentemente, todo está bien. No puedo contar. Sólo sé una cosa: después de la desaparición de Paraska y Stefa no debemos quedarnos en el lager. Tenemos que huir hoy mismo.

Nuestras miradas atraviesan la pared de vidrio. Ella, ya del otro lado, segura.

Ignoro qué es lo que lee en mis ojos, se arranca de la silla y, sin hacer caso a esa alemana que le grita algo, irrumpe en mi cuarto.

—Tú nos condenas.

—No. No condeno. Comprendo.

Debería abrazarla, ¡la quiero tanto!, pero permanezco rígida, mi voz suena mate, seca. ¿Acaso siento que debo reprocharle algo? No le reprocho nada a Stefa y, sin embargo, no puedo abrazarla, darle un beso, decirle: me alegro que lo hayáis conseguido. Estoy maniatada, mi corazón está frío.

—Lo comprendo todo —sigo diciendo con voz seca, extraña— pero tú también debes comprender… no sé qué será de nosotras… qué haremos, si conseguiremos escapar…

—Tenéis que huir… —repite Stefa maquinalmente. Ella ya está del otro lado.

—Dime —lo intento de nuevo—, ¿Paraska no podría convencerle?

—No. A duras penas ha admitido llevarme a mí.

***

Ya no formamos un solo grupo. Stefa y Paraska están sentadas juntas, en su rincón, y nosotras cuatro apartadas, aturdidas, impotentes.

Ya lo hemos decidido: lo intentaremos hoy, inmediatamente después de la salida del turno de noche. No nos hacemos ilusiones, es difícil creer que Schmidt no vaya a cerrar la puerta.

El comandante ya está en la sala —ruidoso, agitado, duro—. Hoy tiene un rostro taciturno, ese rostro que cala de miedo.

—Schneller essen, schnell, schnell[83] —se apresura gritando— loos, el turno de noche, ¡que se prepare para ir a trabajar!

Paraska trabaja hoy en el turno de noche. Sólo ahora las palabras de Schmidt se tornan nítidas: todavía hay tiempo, os avisaré. Esperaba el turno de noche de Paraska. Sólo estaba dispuesto a ayudarle a ella en su huida, y a Stefa con ella. A nadie más.

¿Lo sabía Paraska? Está junto a su catre, lista para salir, redonda como una bolita, lleva varias capas de ropa. Stefa también está más gorda que de costumbre. Ha envuelto su cuello en una roja bufanda de lana. Mira nerviosamente hacia nosotras. El turno de noche se concentra al lado de la puerta, dentro de un instante abandonará la sala.

Elzbieta fue la primera en levantarse, yo la seguí. Abrazó a Stefa con un gesto rápido y le dijo: «Me alegro de que lo hayáis logrado.» Yo le dije: «Que os vaya bien.»

Paraska apremiaba: rápido, con cuidado… Stefa y yo nos besamos: tenía lágrimas en los ojos. Marysia y Zosia se acercaron en el último momento. Dijeron: adiós.

—Aber jetzt loos[84]! —gritó Schmidt. Paraska corrió, miró impacientemente una y otra vez buscando a Stefa.

Acurrucadas en nuestros catres esperamos a que el turno de noche abandone la sala y, a continuación, nos aproximamos tranquilamente hacia la puerta. Estaba cerrada.

***

Estamos atrapadas. Las puertas, cerradas a cal y canto, las ventanas, tapiadas. Dentro de algunos minutos, descubrirán en la

fábrica la ausencia de Paraska, vendrán a buscarla. Se darán cuenta de la ausencia de Stefa. Y después, al cabo de una hora, a más tardar dos, vendrán a por nosotras. Y así terminará todo. Nadie sabrá cómo ni de qué manera. De repente, me domina una curiosidad obsesiva: ¿qué sentiré? ¿Cómo me comportaré? Bebo agua del grifo para despejarme; más tarde, saco mi ración de pan y margarina y como. En los momentos de gran tensión tengo que comer y fumar. No hay colillas. Lógicamente, paz, tranquilidad, nada de pánico, nada de teatro. Si no nos llevan esta noche huiremos mañana por la mañana camino del trabajo. Vestirse como de costumbre para no despertar sospechas, inmediatamente después de salir saltar a la izquierda, tras el saliente del muro y, bajo su protección, correr hacia delante.

Elzbieta me agarra de la mano al oír el crujido de la llave en la puerta. Pero sólo es Ghandi, que esta noche tiene guardia.

—¿Por qué Paraska no ha ido a trabajar? —grita a toda la sala.

—Sí que ha ido, la hemos visto salir… —contestan algunas voces.

—¡Pero en la fábrica no está!

Los catres de Paraska y Stefa estaban vacíos, las grises mantas del lager se hallaban cuidadosamente dobladas.

—¿Y dónde está la alta, la morena? ¿Dónde está Tarkowski?

—Stefa también ha salido —se acuerda de repente una de la muchachas— Stefa fabrik gehen[85]…

—Was?! ¿Dónde ha ido? ¡Ella trabaja en la oficina y no tiene nada que buscar en la fábrica por la noche! Wo ist sie, diese Schwarze[86]?

Busca, husmea en medio de los catres, se asoma incluso al servicio y sale de la sala maldiciendo en voz alta. Tiene miedo de Schmidt. Si él supiera…

—¿Tal vez hayan huido? —suena la pregunta. Ahora, todas nos miran. Nosotras no sabemos nada. Fuimos a la fábrica, Stefa también fue, tenía que escribir algo a máquina. Pero ya vuelve Ghandi, regresa con una de las muchachas que trabajan en el turno de noche, ordena traducir sus palabras.

La muchacha ha visto cómo Stefa y Paraska, camino de la fábrica, se desviaban al lado del río y cómo allí, en el camino del lager ruso, había un coche. Se dirigieron hacia él…

—¡Se escaparon! —Ghandi se estremeció—, huyeron, esas dos judías huyeron… Weg sind sie[87]. ¿Y las demás? —se acordó de repente. No tenía que buscarnos, estábamos todas sentadas en fila sobre un catre.

Después de su salida, la sala bulló. ¿Es verdad? Qué suerte han tenido… Lo han logrado… No sabemos si lo han logrado, quizá las cojan… ¿Cómo es que el comandante no se ha dado cuenta…? El comandante estaba con Paraska… Eeh, tanto si hubiera estado como si no, no las habría dejado huir… ¿No os han dicho? No. Y vosotras, ¿no vais a huir? Huid, chicas, será mejor para vosotras… ¿Cómo huir si el pestillo está echado? Mañana… Eeh, mañana se las llevarán… Tal vez no, decían que el jueves, y mañana es miércoles… Huid, nosotras no diremos nada…

No, nosotras no huimos. Tememos decir la verdad aunque las muchachas, en este momento, estén tan conmovidas. Como si de repente se hubieran asustado y controlaran sus impulsos. Por primera vez son como hubieran debido ser. Pero los últimos meses han borrado en nosotras todo resto de confianza. Pidiendo que guardaran el secreto, confesamos a algunas nuestro plan: huiríamos mañana por la noche. «Huyen mañana, mañana por la noche…», murmura un instante después toda la sala. «Quiera Dios que no se las lleven antes, sería una pena…»

Sólo Anielka no lo cree y a Anielka le decimos la verdad. Quiere huir con nosotras. No podemos comprenderlo.

—¿Eres tú también de la «ciudad»? —le preguntamos, olvidando que ella no conocía nuestra clave. «Soy de la ciudad —responde sorprendida— soy de Lwow, pero ¿qué tiene que ver…?»

No. No es judía. Michasia también huye, aunque su nombre no figure en la lista… Está harta del lager y sola jamás se decidiría a hacerlo… Además, se ha unido mucho a nosotras…

Preguntamos si se da cuenta del riesgo. Sí, sólo que para ella esto no es tan peligroso como para nosotras, porque ella es polaca de verdad. No se dejó convencer.

La noche. Stefa y Paraska están ya muy lejos de la ciudad. ¿A dónde van? ¿Con quién, en aquel coche pequeño que esperaba junto al río?

Estoy echada de espaldas, cubierta con el abrigo. Tiesa, inmóvil, tengo miedo a moverme, a abrir los ojos. Me lo merezco, no volveré

a pensar, a hacer planes, no vale la pena… Dejar que todo siga su curso. Todos los jóvenes de nuestra familia han perecido. Tal vez sea también nuestro destino.

Sacudida por esta idea me incorporo de un salto, me siento en el catre. No ha de ser así, no existe el destino, tantas veces ha resultado, mañana por la mañana, en la oscuridad, nadie se dará cuenta, un salto tras el muro y, después, adelante, adelante… será lo que tenga que ser, resultará, tiene que resultar, siempre ha resultado; más tarde, al bosque y, por la noche, a la estación, luego, en el tren…

—Kasia, ¿no estás dormida? —pregunta Helena Pajaczkowska desde la litera de arriba.

Desde aquella noche, cuando retornó borracha, no volví a dirigirle la palabra.

—Kasia… sólo quería preguntarte…

Callo.

—… Sólo quería preguntarte si… si algo… con vosotras… si os… si puedo coger vuestras cosas. ¿Me lo permites?

Tapé los oídos con las manos.

Las dos de la noche. Quizá no vengan. Me dormí. Soñé con un jardín, unos árboles, la voz de Marian que pronunciaba mi nombre. No es mi nombre, dije, y me desperté. El corazón golpeaba con fuerza. Me senté. Asomó desde arriba la cabeza de Helena.

—Kasia, no te olvides de dejar la llave de tu maleta…

Nos lavamos debajo del grifo, limpiamos los zapatos, bebemos café. Como un día cualquiera. En la cabeza ningún pensamiento; el vacío. Ghandi, junto a la puerta, no nos quita los ojos de encima. La multitud crece al lado de la salida. El habitual fertig, also loos…![88]. Agarro la mano de Elzbieta un minuto, dos. Me doy la vuelta: detrás de mí, los enormes ojos celestes de Zosia, el abrigo azul de Marysia.

—¡Majewska! ¡Venga!

Las manos de Ghandi se deslizan encima de mí, hurgan en los bolsillos. No contienen más que un sucio pañuelo de mano. Un enorme silencio. Las muchachas observan atónitas cómo Ghandi revisa a Zosia, Elzbieta y Marysia. Por fin, irrumpe desde el exterior una ola de frío. La oscuridad se espesa detrás de la puerta. Aprieto fuertemente la mano de Elzbieta, nos arrastra un torbellino ventoso,

corremos hasta perder el aliento. Elzbieta cojea, corre dificultosamente, más, más rápido, alguien nos sigue unos pasos detrás de nosotras, más, más deprisa… me falta el aliento, me mareo, me apoyé sobre algo duro… Una cerca, una simple cerca de madera.

Detrás de nosotras corrían Marysia, Michasia, Anielka. Zosia no estaba. Esperábamos que llegara, pero no se oía ningún paso, en derredor sólo el silencio y la oscuridad.

Corríamos de nuevo adelante, sin saber hacia dónde, sólo lo más lejos del campo.

La calle embarrada acabó en el duro pavimento urbano: ralentizamos el paso. Las calles aún estaban vacías, la ciudad se despertaba.

Elzbieta, Michasia y Anielka han cruzado la calle: vamos en paralelo, separadas por la calzada.

Surge la figura de un hombre a la vuelta de la esquina. Casquete, botas altas, paso elástico. Le reconocimos antes de que se acercara.

Nos encontramos cara a cara. Acallaron los pasos al otro lado de la calle; aquellas tres se habían detenido.

Schmidt pregunta: «Wohin?»[89].

—Wir hauen ab[90] —contesté.

—Ihr haut also ab[91]… —repitió y con lento ademán sacó la mano del bolsillo. Ya había visto una vez este gesto. Nos matará, pensé. Levantó el brazo a la altura de los ojos, descifró el tiempo en el reloj.

—El tren sale a las siete… aún os da tiempo. Coged el tren, no perdáis el tiempo…

Sacó una hojita de su cartera, escribió unas palabras, se la dio a Marysia.

—Aquí está mi dirección. Escribidme.

La estupefacción nos quitó el habla.

—Tapfer seid ihr… tapfer[92]…

Se dio la vuelta y se fue.

—Elsbeth! —grité en alemán, no me di cuenta que estaba a nuestro lado—. ¿Y las demás?

—Se asustaron, volvieron…

Entonces, sin detenernos a pensarlo ni un instante, echamos a correr en dirección al centro.

***

Corríamos por la ciudad aún oscura sabiendo sólo que la estación se hallaba en el centro… A causa del aturdimiento provocado por el encuentro con Schmidt y sus palabras, nada quedaba en la memoria de la primera carrera. No veíamos a las otras mujeres corriendo, no oíamos sus pasos.

En cambio, la vía del tren, que atravesaba inesperadamente la calzada, es ya una fotografía normal, nítida: la calzada es, en este punto, estrecha, atravesándola oblicuamente una franja de vías que se introducen entre los altos muros del túnel; el túnel gira hacia la derecha abierto, desprovisto de bóveda. Sin decir palabra, corremos unánimemente siguiendo la vía y, a partir de entonces, a pesar de la oscuridad, todo está claro. Corremos protegidas por el muro, tropezamos con las vías, la gravilla cede rechinando bajo los pies. Nuestras respiraciones, ruidosas, jadeantes. Una lucecilla delante de nosotras, el alarido interrogador «bist du es Joseph[93]», repetido una y otra vez, mientras nosotras, encogidas en la sombra rugosa del muro, incrustadas en él por el miedo frío y pegajoso.

Largo rato con la lucecilla suspendida, inmóvil; después, de nuevo la hermética oscuridad. No sé cuánto ha durado esta carrera.

De repente, el túnel se ilumina: se sitúa en su extremo la plaza de la estación sumida en la luz grisácea del incipiente amanecer. Mirábamos desde el escondite: una columna de muchachas marchaba en dirección a la estación. Por sus pañuelos grises y la manera de atarlos, muy apretados en la cabeza, reconocimos en ellas a las rusas. Podían ser las de nuestra fábrica, ya que se decía que pronto iban a ser trasladadas a otra ciudad, pero también podían ser perfectamente rusas de otro campo. En esta ciudad había más campos que fábricas.

La columna de muchachas ha rodeado el edificio de la estación y ha desaparecido de nuestra vista. Poco después llegó un coche particular del cual se apeó, en compañía de un militar, una mujer con un abrigo de pieles claro. Nos aguijoneó el miedo de que vinieran a por nosotras, de que nos esperasen, die werden uns ja nicht weglaufen[94]…

El reloj situado a la entrada marca las seis cuarenta… es la hora… En silencio, hacemos turbantes con nuestras bufandas (las

alemanas de la fábrica las llevaban y nosotras teníamos, dentro de lo posible, que parecernos a ellas, imitar su aspecto limpio y cuidado: cada cabello, cada botón, en su sitio y un rictus tranquilo, algo vacío, en la cara.)

Arden las mejillas de Marysia, las mías queman como el fuego, las de Elzbieta están pálidas, sin gota de sangre.

Nadie nos espera. La pequeña sala de la estación está llena de gente que va a trabajar en el tren de las siete. Las cabezas planas de los hombres nos hacen recordar inmediatamente a Ghandi y al croar de su voz, ihr haut uns nicht ab[95]…

Algunas personas nos escrutan con una mirada que parece decir «a ti no te había visto por aquí». Busqué a la mujer con abrigo de piel y al militar: estaban en el hueco de la ventana envueltos en volutas de humo de tabaco y se miraban a los ojos.

Mi voz, «dreimal bitte, dritte Klasse»[96],… es ligeramente más elevada que de costumbre, mis dedos tiemblan levemente al contar el dinero. Son casi las siete, Klautz ya habrá llegado a la oficina, habrá ido a buscar las medidas de los últimos días, sei nicht frech, du… du[97]…, jamás ha pronunciado esta palabra pero hoy seguramente lo hará, todas dirán das waren Jüdinnen, die abgehauen sind[98]…, ojalá el tren…

Llegó un convoy suburbano que presagiaba un viaje corto. «Yo aparte» —susurró Marysia— «nos encontraremos en la salida.» Era lo razonable, pero yo sabía que tenía miedo de los cabellos negros de Elzbieta —huía de ellos— y que este miedo permanecía en ella todo el tiempo.

Elzbieta y yo entramos en un compartimento cargado de humo. Aspiré el humo, sentí un hambre violenta de cigarrillo. Elzbieta se sentó y fingió estar durmiendo. Me coloqué cerca de la ventana. Entre las estrechas hileras de gotas que se derramaban por el cristal podían verse las dos últimas letras del nombre de la estación, «r» y «g»; después, el cristal se cubrió de un vapor lechoso, las letras desaparecieron, parecía que la cortina lechosa iba a desplomarse sobre los meses pasados en el campo, en la sala con catres, en las muchachas y Schmidt.

Flexiono levemente las rodillas, me entrego a la oscilación de los resortes, cojo velocidad. Parece que me elevo más y más, crece la alegría, respiro a pleno pulmón.

Un leve momento de euforia que ya cesa y deja detrás de sí una succión dolorosa. No te exaltes. El primer paso tal vez sea el más difícil, pero no decide nada. Llegaremos, nos apearemos, ¿y qué más?, ¿dónde?

Elzbieta abre los ojos, nos miramos con una sonrisa leve, tímida, la ciudad era pequeña y estaba vacía. Cruzamos con paso decidido la calle principal tarareando a media voz «Es geht alles vorüber, es geht alles vorbei[99]», aquella canción, entonces tan de moda, que llevábamos como una pancarta: «mirad, he aquí tres deutsche Mädchen alegres, contentas consigo mismas y con la vida.» «Nach dem Dezember kommt wieder ein Mai…»[100], cantamos caminando con el paso rápido propio de personas que se apresuran hacia un lugar concreto. En realidad no sabemos a quién va destinada nuestra canción, la calle está vacía, así que tal vez cantamos para nosotras mismas que todo pasa, todo cambia y sólo fuera de la ciudad callamos y se desprenden sonrisas de nuestros labios. (Nos desviamos hacia un bosquecillo vecino. Era un matorral joven, los árboles delgados y desnudos, pero, en comparación a la carretera abierta a los cuatro puntos cardinales, nos parecía lo suficientemente seguro.) Decidimos permanecer allí hasta el anochecer para después reemprender viaje. Estábamos echadas en silencio sobre un montón de hojas secas. ¡Era necesario comentar tantas cosas, buscar respuestas a tantas preguntas…! Yacíamos de repente débiles, exhaustas, aturdidas por el fresco aire del bosque. Las nubecillas, delicadas como telarañas, se tejían en el palidísimo cielo, como lavado en azul.

No hacía sol y, sin embargo, al mirar hacia arriba era preciso fruncir los ojos. Abajo, en un angosto valle, corría un sendero diminuto, claramente pisoteado, se oía a lo lejos el ladrido de un perro.

Dormimos largo tiempo. El sol se hallaba justo encima de nosotras, blanco, invernal, frío. Sin elevarnos del túmulo de hojas, hablábamos de Schmidt, sólo de él, dándole vueltas, aún seguíamos atadas a él. Una conversación vana que no podía explicar nada del todo, esto es, hasta que pudiera decirse quién era en realidad. No había ninguna seguridad. Al principio, aparentemente favorable (aparentemente, porque no sabemos si con esta actitud no incitaba a propósito la envidia hacia nosotras), o, ¿quizá favorable de

verdad? Después, abiertamente hostil. Nuestro enorme miedo ante él y nuestra falta de confianza. Y, sin embargo, ayudó. Ayudó a Paraska porque se acostaba con ella. Rassenschande[101], podría responder por ello. ¿Lo había previsto Paraska? Pero, a nosotras también nos dejó ir. Cumplió con su obligación, informó a la Gestapo y, después, nos ayudó. No tenía intención de ayudarnos, el azar hizo que nos encontrara. Nos encontró, pero no nos detuvo. Pudo haberlo hecho. Nos dijo: «A las siete sale el tren, escribid…» Nos dio la dirección. ¿Cómo, pues? Quién sabe… O más bien… Ah, basta de conversaciones que no conducen a nada, no aclararemos nada aquí, ahora, sobre ese montón de hojas secas. Tal vez, después de la guerra, si sobrevivimos (jamás olvidamos añadir estas palabras)… También me habría gustado preguntarle a Helena por aquella noche cuando volvió borracha y lloró sobre mi catre. ¿Firmó la denuncia por voluntad propia o Schmidt, a quien ya antes le había contado lo nuestro, se lo exigió y ella asintió vehementemente, dio su conformidad teniendo a la vista el premio, el puesto de telefonista? A ella también me habría gustado preguntarle. No sé todavía que ni ella ni Schmidt no vivirán el final de la guerra, que morirán en un bombardeo.

—¿Le escribiremos? —pregunta Marysia.

—No se puede. Después de la guerra… siempre que…

—Pero a Paulina tengo que escribirle. He de avisarla que no mande paquetes a través de su conocida, la alemana. Esto podría perjudicarla… Además, no quiero perder contacto con ella.

—Escribiré a Paulina —repite y espera que le digamos algo. Callamos, no le decimos: no escribas, es peligroso; sabemos que, de todas formas, escribirá a Paulina.

Tan sólo no tocamos con la palabra los asuntos más importantes… Los rodeamos, pasamos de lejos, nos apartamos. De nuevo, nos domina la somnolencia, el sol está frío pero calienta, los párpados caen solos. A una hora de tren del campo; nos estarán buscando, mientras nosotras nos hallamos en el matorral, sumidas en el sueño.

***

Katarzyna, Elzbieta y Marysia permanecen sobre el montón de hojas.

Joanna Pilecka ha ocupado el lugar de Katarzyna, Jadwiga Kotula el de Elzbieta. Antiguas compañeras de colegio, tan sólo sabíamos de ellas que habían sido llevadas a trabajar a Alemania. Marysia ha tomado el nombre de Anna Kloc. Esos apellidos nuevos no constan en ningún documento y hay que explicar su ausencia, aclararla de algún modo.

Joanna, Jadwiga y Anna, tres simples muchachas campesinas, se evadieron del transporte durante la parada del tren en la estación de una ciudad alemana de nombre desconocido. Huyeron, pero fueron atrapadas inmediatamente en la misma estación e introducidas de nuevo en el tren. Para imposibilitarles una nueva escapada, ya que amenazaban con volver a hacerlo (huirían a casa, a Polonia) les quitaron los documentos. No sintieron preocupación por ello. Sin documentos, escaparon en la parada siguiente.

***

Abandonamos el matorral al anochecer, retornamos a la estación, vacía y oscura. El tren más próximo partía para Hagen. Lo mejor sería dar un gran salto y largarnos lejos de allí: ¿Munich?, ¿Viena?… pero es imposible. Al parecer, al comprar los billetes de largo recorrido, exigen el Ausweis[102]. Debemos avanzar a pequeños trozos. Esta vez montamos las tres en el mismo vagón: Anka ya no quiere separarse.

Un largo compartimento. Una mujer vestida de luto, nadie más. Ocupamos asientos alejados de ella. No miro a la alemana, miro el cristal oscuro pero veo el reflejo de su cara dirigido hacia nosotras. Veo también los artísticos turbantes que cubren nuestras cabezas. La luz es opaca, amarillenta, como en el tren cuya ventana reflejaba la mancha clara de los guantes de cabritilla del joven confidente. No me gusta esa alemana que nos mira obstinadamente, aunque ella, al contrario del joven soplón, vea sólo en nosotras a unas extranjeras enviadas a trabajar que viajan ilegalmente, sin permisos, tal vez huidas de una fábrica o una granja. No me gusta su mirada olisqueante.

Al entregar su billete al interventor nos señaló con un movimiento de la cabeza. El tren disminuía su marcha, entraba en la estación cuando el interventor dijo: «Ich komme gleich zurück[103]» y salió. Salimos también, rápidamente, por la otra puerta; la estación era pequeña, el andén vacío, bajamos corriendo por la escalera; el controlador de la salida se vio sorprendido por la prisa que llevábamos. Se habría asombrado aún más si hubiera llegado a constatar que las tres habíamos interrumpido un viaje, apenas comenzado, en la primera estación. Pero no se hubiera sorprendido si…

Nos ensordece el súbito rugido de las sirenas, la gente corre, nosotras corremos, ellos a los refugios, nosotras fuera de la ciudad, fuera: rimeros negros junto al camino, chimeneas negras y, después, un gran puente.

Corremos por una pendiente empinada, alcanzamos el húmedo pastizal. El olor a río (¿será aún el río Ruhr, de color ocre?). Nos sentamos detrás de los pilares de los poderosos puentes, árboles de colores sobre nosotras, los reflectores barren el cielo donde se desliza el pesado rugido de los bombarderos. Los silbidos y las explosiones cortan el aliento. Estábamos sentadas, encogidas, las cabezas entre los hombros, la tierra temblaba bajo nuestros pies.

Cuando retornó el silencio y la oscuridad nos encaramamos otra vez a la carretera y… seguimos adelante. Caminaremos por la noche, dormiremos de día en el bosque. Andaremos lo más lejos del campo, andaremos hasta que se agoten nuestras fuerzas.

***

Tratamos en vano de salir de ese bosque que, ciertamente, no era tan enorme ni tan profundo, un bosque corriente, aunque, de noche, sus dimensiones se potenciaban, la oscuridad profundizaba los abismos, hacía surgir gemidos de las ramas movidas por el viento y el fino e incesante susurro de las hojas se convertía ahora en un arroyo crecido.

Perdimos el camino.

Penetrábamos por la espesa breña separando los arbustos con las manos, desatando sus nudos; nos deteníamos a cada momento

escuchando voces diferentes a las del bosque, voces de coches, por ejemplo, o ladridos de perros, pero en vano. Sobre nuestras cabezas, el cielo se mostraba oscuro, sin luna, y el viento soplaba cálido a pesar de la temporada invernal.

De repente, el bosque se encabritó; ascendíamos cuando, en realidad, deberíamos bajar… era pues, una escalada inútil y, de pronto, todo pareció tan vano como nuestros esfuerzos para dar con la carretera. Anna, que iba en cabeza, gritó, se sentó en el suelo y echó a llorar. Nos hallábamos en el mismo lugar del que habíamos salido al anochecer. Aún la hierba estaba aplastada por nuestro descanso de todo el día y, en medio del claro del bosque, el alto tronco cortado de tajo excluía cualquier equivocación.

Súbitamente, me di cuenta de los cambios de la noche, del número menguante de sus horas que debieran ser tiempo de marcha y no de errancia. Entrecerré los ojos tratando de evocar el momento en el que, al amanecer, entramos en este claro del bosque, cuando, al retirar las húmedas ramas vimos una claridad circular y, en medio, un tronco mutilado algo más alto de lo acostumbrado. El esfuerzo me causa fatiga; surge primero ese instante de la mañana de ayer cuando, al igual que hoy, separando los avellanos con las manos, penetramos en un claro de dimensiones semejantes, pero diferente, sin rastro de claridad y sin tronco. Era el momento de nuestra primera parada en el bosque, después de la primera noche de marcha, mas ahora se trataba del segundo descanso, el segundo día. Espanté de mis ojos aquel claro del bosque que aparecía con tanta nitidez y busqué en la memoria ese segundo gesto con el que aparté los avellanos; entonces, yo iba en cabeza, detrás de mi Jadwiga, detrás de Jadwiga Anna; aquí podemos quedarnos, dije, y sin abrir los ojos repetí esas palabras en un susurro, aquí podemos quedarnos, dije entonces, y me incliné, porque algo crujió en la hierba, bajo mis pies: era una cajetilla de cigarrillos Sulima vacía. La cogí y, rápidamente, volví a tirarla al suelo. Fue a parar a un islote de musgo. Separé las ramas, pero no, allí no había ningún sendero, pero, precisamente, así debió ser. Ahora lo recuerdo bien: el sendero se cortaba más abajo, en ese lugar donde una rama rota y seca colgaba de aquel árbol que, por la mañana, nos había parecido la silueta de un hombre flaco. Descendimos despacio buscando en la oscuridad las señales asimiladas por la mañana: una caja de latón

sobre el camino, un montículo de paja, grandes islas de helechos, troncos de madera cuidadosamente ordenados que aguardaban ser llevados…

Tuvimos que esperar antes de salir a la carretera ya que, justamente, pasaba un convoy de camiones.

Yacíamos en la cuneta, la nieve se derretía al contacto del calor de nuestros cuerpos, sentía cómo la humedad se extendía por el pecho. La cuneta era lo suficientemente profunda y, gracias a los restos de nieve que conservaba, era casi tan cómoda como una cama.

Cuando el silencio se hizo y la carretera se sumió de nuevo en la oscuridad, seguimos el camino en el orden y el modo antes decidido: en fila india, bordeando el asfalto, cerca de la cuneta, nuestra única protección.

El paso renqueante de Jadwiga dañaba el ritmo de la marcha.

Traté de concentrarme únicamente en la marcha, no pensar en nada más, no volver hacia atrás, no adelantarme, pero me parecía que este caminar era un sueño del cual iba a despertarme el grito «aufstehen», que estaba echada en mi catre, dormitando. La atención se extinguía una y otra vez, tenía que avivarla de nuevo.

«Estamos dando vueltas en redondo», repetía Anka. Yo no hacía caso a sus palabras.

El indicador se encontraba en el cruce, semejaba un molino de viento con sus brazos abiertos e inmóviles. Leímos con dificultad los letreros. Sus nombres no nos decían nada, jamás habíamos oído hablar de ellos. Así, al igual que la noche anterior, elegimos el nombre más agradable para el oído. Respecto a eso no hubo ningún problema porque todos, excepto uno, sonaban ásperos, llenos de tonos apelmazados, mas aquél tenía un sonido suave, evocaba, por razones inexplicables, los campos y, además, presagiaba la gratificación, el premio.

Nos encaminamos, pues, hacia la ciudad o pueblo de nombre Iserlohn. Era una noche fértil en automóviles y, con frecuencia, nos veíamos obligadas a echarnos a la cuneta y levantarnos de ella. Nuestras ropas, medias, zapatos, estaban empapados. Reemprendíamos la marcha con dificultad creciente. Jadwiga arrastraba detrás su pierna herida. Pero el compás de nuestra marcha se debilitó repentinamente, no a causa de la pierna de

Jadwiga, sino porque era la segunda noche de marcha y el segundo día de ayuno.

Al parecer fue entonces cuando, aturdidas por la fatiga, nos desviamos de la carretera: de pronto, nos extrañó la blandura del suelo bajo nuestros pies, la ausencia de asfalto, la suavidad que acunaba invitando al sueño. Una luz de coche cruzó a lo lejos. Retornamos con pasos forzados, pero en vano, porque la carretera había desaparecido como si nunca hubiera existido en las proximidades y henos aquí, a nosotras, entre las oscuras, silenciosas casas, en una sinuosa callejuela de un pueblo, presas en un primer momento del miedo a los perros. Pensábamos que, despertados por nuestros pasos, ladrarían ruidosamente y que entonces no habría manera de salir de la trampa. Sin embargo, tras un largo instante, ninguna voz interrumpió el silencio. Nos dominó el miedo que ese silencio exhalaba. Con las manos extendidas, deambulábamos entre las casas tratando de salir fuera del círculo de edificios. Pero las casas nos acorralaron. Casas y paredes, cercas y escaleras, bancos, árboles, pozos… Andábamos de puntillas tratando de no despertar a quienes dormían bajo los edredones y en las casetas de perro, en los patios… pero no se oía una voz en este pueblo mudo, silencioso.

—¿No te extraña? —preguntó Anna susurrando—, ni los perros ladran… aquí no vive nadie, es un pueblo abandonado —y yo, al oír sus palabras no veía ya a los dormidos bajo sus edredones y en las casetas, sino interiores despojados de sus muebles, paredes vacías, y oía el silencio no turbado por un respiro.

Le dije con rabia «qué historias cuentas»… pero en mi espíritu le daba la razón. No era un pueblo corriente.

—Han sacado a todos, los han evacuado —musitaba con fiebre en la voz—, cerca debe haber un campo…

«¡Te has vuelto loca!», quise gritarle. No grité.

Miré al cielo en busca de los primeros presagios del alba. Estaba oscuro, plagado de nubes cerradas, sin una estrella. Ni siquiera me di cuenta de que habíamos salido del laberinto de casas y que avanzábamos por un caminito campestre y fangoso del espacio abierto. Oí gritar a Anna. Con dificultad, venciendo la inercia, corrí hacia ella: detrás de mí, Jadwiga.

—Tocad —dijo Anna, en su voz había algo triunfal. Tenía razón. Alambradas…

Después de decirlo, se sentó en el suelo. Jadwiga siguió sus pasos.

Extendí la mano. El alambre estaba frío, era liso y húmedo.

Durante unos instantes traté de ordenar las ideas, recordar algo muy importante, pero mis pensamientos se habían dispersado y no hallaba la manera de atraparlos. Sentía cómo también yo me deslizaba hacia el suelo. «Un momento, un momento, lo recordaré enseguida», pensé. Fue mi última idea antes del sueño que me aturdió en un segundo.

Nos despertó el cacareo de los gallos. Estábamos echadas sobre un sendero próximo a la valla de alambres de un pastizal, cerca de un pueblo pequeño, densamente edificado. Colgaban visillos de las ventanas, las plantas florecían en los tiestos, en el herbazal había un pozo y un abrevadero, sólo faltaban vacas pastando (aún hibernaban en los establos).

Nos levantamos apresuradamente buscando con la mirada algún bosque; estaba cerca, detrás de la pradera, un viejo y frondoso bosque.

Nos deslizamos bajo los arbustos que crecían en el borde.

—Cómo has podido —recordé—. Era un simple alambre liso.

Y nos dormimos otra vez.

***

De vez en cuando, el hambre nos despertaba: un vacío pesado y doloroso apretaba el estómago, tras de lo cual, nos sumíamos de nuevo en una cabezadita fatigante y superficial. No fue bueno el día precedente a la tercera noche de marcha, no fue bueno el recuerdo del pueblo muerto. Me inquietaba la facilidad con la que sucumbí a los delirios de Anna, a su visión de las casas vacías y del campo. El hambre y las pesadillas. Lo importante es conservar el sano juicio. Sólo otra noche de marcha, más no podremos, pensaba, y ya, en el instante siguiente, oía el ruido de las babuchas de Agafía; ha venido el tuyo, decía, yo corría al porche acristalado. Marian se había disfrazado extrañamente: vestía un elegante abrigo de piel, botas altas, sombrero de plumas brillantes. Venía a despedirse o a quedarse. Me desperté en medio de gemidos. El vacío pesaba en el

estómago como una piedra. Al abrir los ojos vi a Jadwiga y a Anna bajo los arbustos, sus rostros grises, y me veía a mí misma, como si me estuviera mirando, dividida en dos: aquélla que está acostada y aquélla que mira.

Cansino dormitar, visiones ensoñadas. Me daba cuenta de que debíamos llamar lo más pronto posible a la puerta de un campesino, decirle Pole y Arbeit[104]; decían en el campo que si alguien topaba con un alemán que necesitaba mano de obra, podía suceder que él mismo arreglase las formalidades en el Arbeitsamt[105], evitando la policía. Pero, al caer la tarde, decidimos unánimemente que aún marcharíamos esta tercera noche. Cobardemente, alejábamos el momento decisivo de llamar a una puerta, ese momento que podía traer lo bueno y lo malo.

Las piernas, a duras penas nos llevaban. Al comenzar las sombras, Jadwiga vio una enorme casa blanca. Se le cruzó en el camino y le obligó a escapar hasta la mitad de la carretera. Después, vio aún otras casas enormes, todas blancas y bellas, las describía detalladamente y nosotras, sin hacer caso a su resistencia y a sus quejas, la llevábamos del brazo por el borde de la carretera, cerca de la cuneta, nuestra única protección. Al volver en sí dijo: «Tengo alucinaciones.»

Nos sentamos en un montículo detrás de una mata de arbustos. Ante nuestros ojos se extendía un pueblo que no había forma de esquivar. Lejos, por el lado derecho, reverberaban tambaleantes las luces de una villa.

Jadwiga se puso un poco de nieve en los ojos. Las casas desaparecieron bajo el efecto de la nieve. Una motocicleta pasó rugiendo sobre la carretera, después, otra y otra.

—Es una persecución —dijo Anna—, nos persiguen… mira…

Miré las lejanas luces amarillas. Temblaron como la llama de una vela y, de repente, arrancaron. Se acercaban a velocidad de vértigo. De nuevo se oyó el ronroneo del motor y de nuevo Anna dijo:

—Nos persiguen, es una persecución…

Al acercarse a nosotras, las luces saltaron hacia atrás, retornaron a su lejano lugar y, un momento después, reemprendieron su loca carrera. Tuve un mareo. Me eché en el suelo, cerré los ojos. Alucinaciones, visiones. Tenemos que ir, pensé, ahora mismo, aquí,

en este pueblo…

Una casita de dos plantas se hallaba solitaria sobre un pequeño montículo, los visillos tamizaban la luz, la hora no era tardía. Jadwiga se sentó en el banquillo, al lado de la entrada. Anna y yo nos acercamos a la puerta: «Ni una palabra en alemán» —le dije a Anna y llamé.

Oímos unos pasos, una voz femenina preguntó:

—Wer ist dort[106]?.

No contestamos.

—Wer is denn dort? —preguntó la mujer por segunda vez, ya en voz alta, impaciente.

La puerta se entreabrió. Una mujer vieja, de pelo cano, nos miró estupefacta. «Pole, Arbeit», dijimos las dos a la vez.

Entonces, abrió más la puerta, nos introdujo dentro y giró la llave de la cerradura.

La habitación era enorme, débilmente iluminada, sobriamente amueblada. Unas escaleras de madera conducían a la primera planta.

La mujer gritó: «Walter komm schnell herunter…»[107].

Un alemán joven y grueso, con la camisa abierta, bajó corriendo la escalera.

—¿Quiénes son estas muchachas, mamá? Wer ist denn das…?

—Han dicho sólo dos palabras: Pole y Arbeit… Se me ocurre que habrá que…

Él se acercó más, tenía los ojos saltones, el cutis muy deteriorado.

—¿De dónde habéis escapado, de qué fábrica?

—Nix fábrica.

—¡Documentos!

—Nix.

Silbó entre dientes.

—Llamaré a la policía —se dirigió a la madre—, les diré que vengan al Wirtschaft… mientras tanto, vigílalas…

La alemana preguntó: «¿essen?»[108]. Un instante después volvió con dos rebanadas de pan con mermelada de remolacha.

—Nosotras tres… —wir drei…— hablaba con los dedos.

—Du lieber Gott[109]!. ¿Y dónde está la tercera?

Salí con ella a la entrada de la casa. Jadwiga se levantó del

banco.

—Y ellos, ¿qué?

—Ven, te darán pan con mermelada…

—¿Pero qué?

—Su hijo ha llamado a las autoridades.

(Dije adrede autoridades y no policía, no quería revelar mi comprensión de las palabras del alemán.)

Mordíamos el pan con dificultad, teníamos las mandíbulas paralizadas. Walter regresó vestido con una cazadora verde; al ver a Jadwiga se quedó de piedra.

—¿Y ésa? ¿Una más? ¡Cuántas son, por los diablos!…

Apenas habíamos cruzado el umbral de la posada cuando comprendí por qué nos había traído allí. En la cocina, al lado del fregadero, había una muchacha con zuecos de madera, un muchacho curtido bebía café junto a la mesa. Eran polacos.

—Vas a traducir —le dijo el alemán al muchacho—. La policía vendrá enseguida… Son polacas, no sabemos de dónde han huido, no hablan ni una palabra de alemán…

—¿Es usted polaco? —exclamé—. Qué bien… porque nosotras no sabemos cómo decirles… dígale que huimos de un transporte…

—Pronto vendrá un gendarme, se lo diré entonces —dijo con desgana, y la muchacha, sin interrumpir el trabajo, añadió:

—¿Y de qué os sirvió…? A Polonia no huirás de ninguna manera, demasiado lejos…

***

Nos condujeron por un camino campestre, entre árboles. La quietud del camino, las suaves luces en las ventanas. Un gran alivio.

Esa noche dormimos las tres en una misma celda, sobre un mismo catre. Veíamos la pared pintarrajeada de apellidos e inscripciones: «Hasta la primavera», «Viva la libertad», «Les daremos por el culo a los cabezas duras», «Viva Polonia»… nombres polacos, franceses, rusos, la mayoría polacos. Nos decíamos que todos aquellos que habían dejado huella escrita eran llevados a trabajar, eran, como nosotras, fugitivos del trabajo. Nos decíamos que nuestro caso no era una excepción, sabiendo que no era cierto y

que la semejanza era sólo aparente.

Esas palabras nos brindaban aliento.

Me despertó un sueño. Sobre la cama de mi madre enferma, en una habitación saqueada, había un joven SS, veía claramente su cara. Le miraba, igual que entonces, desde una esquina de la habitación donde nos había empujado y ordenado quedarnos de pie, sin movernos. Espanté con todas mis fuerzas esta imagen. Miré la ventana enrejada; ya se levantaba el alba.

(Pero el interrogatorio, ya formal, que tuvo lugar al amanecer con la ayuda de un intérprete oficial, no está en la memoria. ¿Por qué ha desaparecido el intérprete? ¿Sus preguntas, nuestras contestaciones? ¿El viaje en tren a la ciudad? Ha quedado tan sólo una frase del gendarme bigotudo: «Llévalas a Iserlohn al Arbeitsamt…» ¡A Iserlohn! A la ciudad que aquella noche, en un cruce de caminos, habíamos elegido como rumbo de nuestra marcha animadas por el sonido del nombre, tan diferente de los otros, tan ásperos… Pero tampoco la ciudad está en mi memoria. Lo sé: el gendarme nos condujo por las calles que iban de la estación al Arbeitsamt y un funcionario, pelirrojo como una ardilla, nos envió de vuelta a la estación. Lo sé, pero no lo recuerdo.)

***

En el Arbeitsamt un alemán de complexión fuerte, con la cara deformada por un ojo saltón, estaba sentado detrás del escritorio. Ya sabía lo nuestro. Das sind also diese drei[110].... El ojo del cíclope se abatió pesadamente sobre nosotras. En su mirada había amenaza, sospecha y desprecio. Sentí cómo una sonrisa estúpida, una sonrisa siempre preparada, se derramaba sobre mi rostro. El funcionario despachó al gendarme, leyó atentamente el protocolo. Al terminar la lectura, abrió el cajón con un movimiento impetuoso, sacó una porra de goma y la depositó delante, sobre el escritorio.

—¡Nada de mentiras! —gritó—. ¡Nada de equívocos! En caso contrario…

Giramos las cabezas en señal de negación. Nix… nix…

—Dolmetscher[111]!

Un hombrecillo pequeño y encorvado, con un traje raído, entró

corriendo en el cuarto, se plantó ante nosotras y dijo en un polaco deficiente:

—Yo hablo un poco de polaco. Yo traduciré lo que vosotras vayáis a decir, pero deberéis decir la verdad porque si no mal asunto para vosotras.

Le miraba igual que al arco iris en el cielo.

—Señor, el santo Dios nos ha mandado a usted ¡ayúdenos!, ¿por qué nos grita tanto? Allí está escrito: huimos del tren… —mi voz era lacrimosa, gemía ligeramente.

—¿Cómo se llamaba la estación? ¿Quién les quitó los documentos? —gruño el cíclope. No nos creía.

—No sabemos cómo se llamaba la estación, su nombre estaba escrito en alemán y nosotras no comprendemos su idioma. Era muy grande. El tren estuvo parado mucho tiempo. ¿Adónde huimos? Señor, ¿y adónde si no a Polonia…? Dígale que nosotras queremos volver a casa…

—¿A Polonia? —se enfureció el alemán—. Quatsch[112]!. ¿A pie, sin dinero, sin documentos…? So dumm sind die doch nicht[113]… —una vena se tensó en su frente.

—Y vosotras, ¿cómo sabíais el camino? —preguntó el intérprete.

—Siguiendo el sol, señor, el sol en el cielo…

Mi voz se fraguó, se suspendió, eché a llorar.

Lloré con lágrimas verdaderas. El intérprete dijo:

—Eh, calla, genug… le diré… sei still, genug, genug[114]…

Me froté los ojos con el dorso de la mano.

—Usted polaco, usted comprenderá que nosotras…

¡Ah, qué fácil me resultaba llorar, con qué placer! Era una muchacha tonta y simple que huía hacia Polonia siguiendo el sol en el cielo y me decía: has actuado muy bien, muy bien, pero ojo, no te pases…

Decía sollozando: «Nos llevaron a una fábrica… Señor, nosotras allí no habíamos visto una fábrica en la vida, faenábamos en el campo, en la granja; qué podíamos hacer nosotras con las máquinas.»

—Ah, vosotras dumm… No llegaríais a Polonia ni aunque anduvieseis un mes entero, y aquí podéis hacer las mismas faenas del campo…

—Pues dígale que nosotras estamos familiarizadas con el trabajo

en el campo, que nos mande al campo…

—¿Sabéis ordeñar?

—Y cómo no…

Cuchichearon entre sí durante un largo instante, después el funcionario levantó los brazos, agarró las invisibles ubres vacunas, tiró de ellas algunas veces y ordenó al intérprete que nos preguntara cuántas vacas teníamos cada una de nosotras en casa.

Me frote los ojos una vez más.

Jadwiga tenía en casa tres vacas, Anna dos y una cabra.

Nos enviaron a tres localidades diferentes, lo cual dificultaba esa eventual escapada que, como el cíclope nos había avisado, nos hubiera llevado al campo de concentración. Mientras lo decía, nos ordenó salir y esperar en el pasillo.

Anna fue la primera en irse. Vino a buscarla un bauer cuyo aspecto recordaba más bien a un propietario de fincas que a un granjero campesino. Cazadora verde engalonada, sombrero de caza, botas altas resplandecientes… Se fueron en coche.

Nosotras dos partimos en tren con el funcionario del Arbeitsamt tan pelirrojo como una ardilla.

Nos separábamos por primera vez. En una pequeña estación esperaba una calesa tirada por dos caballos de raza en cuyo pescante estaba sentado un anciano con una larga barba gris. Alrededor, campos y bosques. El rostro de Jadwiga está compungido, se asemeja a aquél que mostraba en casa de Halinka. Le digo rápidamente lo mismo que le había dicho allí: no berrees. Sin embargo, en esta ocasión, Jadwiga tampoco llora. También le dije: vendré. Subió a la calesa, delgadita, sólo entonces me di cuenta cuánto había adelgazado. Miró hacia atrás una y otra vez. El viejo le decía algo, sacudía la cabeza, ciertamente quería señalar que no comprendía nada… La calesa se alejó, el tren arrancó. Contemplé por la ventana el paisaje velado por la niebla.

Nos apeamos en una pequeña estación muy congestionada. Enormes carteles ordenaban estar atentos. Pst! Der feind hört mit[115]!. Muy cerca de un cartel nos esperaba un hombre alto, de mediana edad, cuyo rostro alargado, estrecho, semejaba el de un lobo. Era oscuro, de pequeños ojos negros.

—Ésta es Johanna, la polaca… —dijo el funcionario—. He aquí a tu jefe, Herr Schulz.

Sonreí. Johanna será diferente a Katarzyna, será alegre, despreocupada, tontita, pero no estúpida…

—¿Sabes ordeñar? —preguntó Schulz. Al igual que el bauer de Anna, llevaba traje de caza y, al igual que el otro, no parecía campesino.

—No comprende ni una palabra —explicó el funcionario pelirrojo.

—No importa, tengo otros dos polacos, la enseñarán. Lo fundamental es que sepa ordeñar… Johanna, kannst du so…?[116]

Hizo malabarismos con las manos. Reprimí la risa.

—Ja, ja, sie melkt prima, ella ordeña magníficamente —le tranquilizó el pelirrojo promocionando su mercancía.

Nos amenazó con el dedo: «Nix weglaufen!»[117] —y nos dejó solos.

Ante mi sorpresa, nos bajamos del tren en una pequeña ciudad, no en el campo. A lo largo de la calle se situaban casas de ladrillo rojo. Una de ellas pertenecía a Wilhelm Schulz, «mi jefe»: de dos plantas, estrecha, se alargaba hacia el fondo del patio donde se hallaba un enorme pajar con puertas del color del agua marina. Más tarde, contemplaría a menudo esas puertas desde mi cuartucho de arriba, el color azul ejercía una acción sedante. El pajar y el espacioso patio cuadrado adyacente al patio principal confirmaron mi convencimiento de que, en realidad, era una casa de granjeros. Schulz empujó una puerta baja que no era la de la entrada principal, entramos en una cocina oscura, muy limpia. Una mujer de mediana edad se hallaba sentada ante una mesa redonda. Tenía el cutis muy blanco, el cabello liso y oscuro, un rostro bonito pero carente de gracia, seco.

—Wir sind da[118] —dijo Schulz—, se llama Johanna, no sabe alemán, no tiene ningún objeto personal.

Klotylda Schulz, atenta a las explicaciones, vertió en el plato un poco de sopa de guisantes con tocino y me dijo:

—Cómelo, después limpiarás las ventanas. Hoy es sábado, los sábados limpiamos las ventanas…

Tenía una voz aguda, cortante, sus movimientos eran enérgicos y rápidos. Abrió una puerta lateral, detrás de la cual vi con estupefacción el hocico de una vaca y gritó: Jan! Un momento después entró en la cocina un muchacho jorobado de edad

indefinida. Nos dimos la mano.

—La vieja dice que comas sopa, después hay que limpiar las ventanas. Aquí hay que fregar la de Dios… Poco a poco te lo contaremos, es decir, te lo dirá Walenty, porque ése sabe más que yo… ¿Sabes ordeñar? Porque desde que se ha ido la chica, una serbia, la madre que la parió, me toca a mí hacerlo…

Engullí la sopa en un instante. El tocino, antes detestado, me pareció un manjar. Klotylda desapareció un momento y regresó con un vestido de cuadros rojos roto por los codos. En un primer momento pretendí ofuscarme, pero, por suerte, reprimí el gesto. Lo remendaré y dejaré lo que tengo puesto por si he de huir de nuevo.

V

Se otorgó un mes de espera; pasado el mes decidió dejar de esperar, despojarse del miedo a la policía, de que la encontraran, ese miedo primordial, dominante pero no único. Porque también había otros, más pequeños, y también ellos amenazaban peligrosamente, como, por ejemplo, el temor a que el desconocimiento de las costumbres campesinas, la ignorancia de diversos quehaceres despertara desconfianza y sospecha, delatara que no se era la que se decía ser. Ocultaba cuidadosamente las úlceras de las manos y articulaciones causadas por el trabajo con la pala soportando a la perfección la ignorancia del dolor, pero no podía ocultar su desconocimiento de la tarea de ordeñar, o la falta de práctica en la limpieza de las ventanas (puesta ya en evidencia el primer día, cuanto más las frotaba más opacas se presentaban) y en la alimentación de los cerdos… Podía, todo lo más, disimular, alejar la atención de muchas maneras y adquirir lo más pronto posible ese saber hasta entonces desconocido. Se había vuelto astuta y sagaz. Observaba, imitaba, encubría, se protegía detrás de la risa y las bromas. Las vacas dejaron de cocear, de fustigarla irasciblemente con el rabo. Pasada una semana, ordeñaba cotidianamente cinco de ellas tres veces al día, las otras cinco las ordeñaba Janek; Walenty no se ocupaba de las vacas, tan sólo de los caballos. Por la mañana, despertada por el timbre estridente de Klementyna, descendía alegremente del ático, comenzaba a trabajar en la cocina, el campo, el jardín, la pocilga: cantaba «las ocas en el agua, los patos en el agua…», «ojos negros», «tú irás por el monte, yo iré por el valle[119]», sólo tenía estas tres canciones en la mente. Reía Janek, «qué muchacha más alegre es esta Joasia», el reservado Walenty tan

sólo sonreía levemente. Sólo él había visto las úlceras en las articulaciones; un día agarró inesperadamente su mano, le dio la vuelta: se asustó. «Muchacha, por Dios…» Le dio un trozo de tocino con el que hacer cataplasmas, no dijo ni una sola palabra a los bauer, sólo bromeaba diciéndole que tenía las manos delicadas, como de tocar el piano y no la pala.

Walenty, un campesino de Pomerania, casado, que no se defendía nada mal en alemán, la mano derecha del jefe, despertaba en ella una ligera inquietud. Se sentaba a la mesa —comían los tres juntos— limpiamente vestido, al contrario del desaliñado de Janek, a quien despreciaba claramente, bien formado, de cara redonda, ligeramente calvo. El blanco cuello, abrochado hasta arriba, le otorgaba un aspecto de párroco rural. Hablaba poco, tenía una sonrisa sarcástica. Gozaba de respeto entre los polacos, pero no tenía amigos. Decían de él «buena gente», decían también «es un creído». Su comportamiento con los jefes se caracterizaba por una discreta distancia. Por eso le apreciaban. Ella actuaba de forma semejante.

Los granjeros pertenecían a la casta de los Grossbauer, mitad campesinos, mitad burgueses. Una mañana encontró a Klotylda en el establo con la falda levantada; otra vez, emperifollada, subiendo al coche con abrigo de piel y sombrero, envuelta en un halo de perfume: iba al teatro. Llevaba la casa con mano de hierro, todo se realizaba de modo regular y relamido, cada día de la semana tenía infaliblemente su plato: las espinacas de ortiga se comían los martes, las tortas de patata los viernes, la carne los domingos y fiestas. En la alacena, filas de tarros con la carne de cerdo en conserva, cada tarro provisto de su número y la fecha de la matanza, formaban hileras sobre los estantes cual libros en una biblioteca. Actualmente se consumían al año cuarenta. Klotylda le presentó con orgullo ese reino de porcinos degollados, frutos y verduras marinadas. Su orgullo estaba plenamente justificado, la colección era imponente, pero a Johanna le producía indiferencia y se negaba a admirarla.

Pasó el mes dedicado a la espera, desapareció el dolor de espalda causado por largas horas de trabajo en el campo, cicatrizaron las últimas llagas. Rápida, aunque sin llegar a ser algo excepcional, se familiarizaba con el idioma alemán, iba

aprendiendo palabras nuevas, incluso trataba de formar frases utilizando invariablemente los infinitivos de la lengua extranjera.

(Janek le explicaba que era una lengua sencilla, una palabra en alemán equivalía a dos en polaco. «Joasia recuerda —decía— einmal: una vez; einmal: el cubo. Bese: la escoba; bese: malo. Schmeks: sabe bien; schmeks: tocino…»)

Fue a la policía con Schulz; le dieron un ausweis provisto de timbres y huellas dactilares que legalmente comprobaba que era Joanna Pilecka. Sintió por primera vez una especie de satisfacción.

Entabló amistad con Marysia y cada domingo iba con Walek y Jurek a la propiedad del conde, donde trabajaban. Estaba situada a unos kilómetros del pueblo. Marysia era criada; Jurek, jardinero. Los domingos, los polacos se reunían allí. Se acercaba la primavera temprana, el parque enverdeció, las charcas se cubrieron con la jovencísima lenteja de agua. Marysia, alta y fornida, tenía un cuartito circular en la torre del castillo, en la segunda planta. Con satisfacción, enseñaba a Joanna un orinal de porcelana guardado en su mesita de noche. «¿Ves qué confort tengo?» Por la mañana vertía el contenido sobre las coronas de los altos árboles. Ambas se reían. Joanna contemplaba la amplia vista, los árboles del parque, paseos, césped y arriates y más allá los prados infinitos a través de los cuales fluía pródigamente, con soltura, el mismo río de siempre, el Ruhr.

—¿Qué miras así? —preguntó Marysia—; allí no hay nada que contemplar.

Un día, al descender del torreón por la sinuosa escalera, se encontraron con el mismísimo conde, quien había venido de permiso del ejército. Vestía uniforme, llevaba un monóculo sobre su ojo azul. El ghetto se presentó ante sus ojos como algo vivo. El conde levantó su barbilla con un dedo, se extrañó: «Die sieht aus wie eine Deutsche[120]».

En casa de Jurek, el jardinero, lavó su huella con agua.

Cuando llegó allí por primera vez, Jurek pronunció la famosa frase que alababa a Hitler por el orden impuesto con los judíos. Un muchacho alto, curtido, sentado junto a la ventana, exclamó:

—¿Cómo puedes decirlo? ¡No te da vergüenza! ¡Si supieras lo que ha hecho con los judíos…!

Aquellas mañanas de los domingos los chicos jugaban a las

cartas: Jurek, el truhán rubio, guapo, sonrosado como una manzana; Jozef, propietario de una buena granja cerca de Poznan; Staszek, con el pelo erizado por la permanente, y Gienek, carpintero de Lodz, el que había defendido a los judíos. Walenty no aceptaba juegos de cartas.

Había sólo dos muchachas: Marysia, la del conde, y ella, Joanna. Charlaban. Marysia le confesaba cada semana su amor por Jurek, y Joanna trataba cada semana de disipar sus dudas. A las seis, el domingo terminaba: regresaban para el ordeño. Joanna ya ordeñaba rápida y hábilmente. En primavera, las vacas se trasladaron a los pastizales; por las mañanas, al mediodía y al anochecer, iban ella y Janek al campo más lejano. La carretilla con los recipientes para la leche traqueteaba ruidosamente sobre los adoquines. Por todas partes se oía en el pueblo el mismo traqueteo y tintineo. El campo olía a tierra. Las vacas se acercaban con paso cansino y esperaban pacientemente que las libraran del peso de la leche. Le gustaba su mirada triste y melancólica. Sus nombres eran humanos. Una de ellas se llamaba Hedwig.

No tenían prisa en volver. «Despacio —le decía a Janek—, el día es largo, ya bregaremos lo nuestro ("bregaremos", decía, no "trabajaremos"), la vieja que se espere…» Le ofrecía un cigarrillo y él, contento, se echaba en el suelo y fumaba. Ella también fumaba. La tierra olía, olía también el viento. Sus relaciones con la naturaleza se volvieron más cercanas e íntimas que nunca. Los colores, los aromas, se tornaron necesarios; de repente, despertó en ella el deseo por lo bello. Consideraba indignas estas sensaciones, creía que, al percibirlo de este modo, traicionaba a aquellos que había dejado en Polonia. Al llegar la primavera, las miradas de los chicos se volvieron pegajosas, expectantes. El guapo Jozef, sonrosado como una manzana, suspiraba contemplando las aves que picoteaban en el patio: el gallo, ése sí que vivía bien, una vez ¡hop!, encima de una, ¡hop!, otra… Se reía con una risa bonachona y tronante.

Ahora mencionaba a menudo su fidelidad a su novio de Polonia y su mutuo gran amor. Tuvo sobre esto una larga conversación con Gienek. Marysia le susurraba al oído con un deje de reproche en su voz: «Y tú, ¿por qué eres tan santurrona? Eres tonta, luego, que nos quiten lo bailao, la primavera es tiempo de amor…»

Una vez, Walenty la sorprendió con su visita; la hora era tardía, ya estaba en la cama. Se detuvo en la puerta, algo empalidecido, oliendo a jabón de muguete. Ella preguntó: «¿Y si alguien así, a tu mujer… por la noche… qué dirías?» Durante algunos días permaneció ofuscado.

Por la noche, antes de dirigirse a su buhardilla, Joanna se detenía un momento al lado de la habitación de los «bamber[121]». Escuchaba. La voz del presentador de radio llegaba sofocada y confusa. Schwere Kämpfe[122]…. ¿Dónde tenían lugar esas duras batallas? ¿Sería Stalingrado? No captaba el contenido. No tenía acceso a los periódicos. Preguntaba a Walenty; él tampoco sabía gran cosa y Joanna no quería preguntar mucho por los asuntos que no debieran interesarla excesivamente.

Una vez, mientras escuchaba al lado de la puerta, oyó la segunda parte de la séptima de Beethoven. Huyó rápidamente. Esta música la ahogaría durante toda la tarde. Cerró la puerta de su cuarto con llave, se quedó a solas consigo misma, sin Joanna.

Escribía en una mesa próxima a la ventana, detrás de la cual se encontraba el establo —negro por la noche, no azul (cada mañana contemplaba su puerta del color del agua marina)—. Escribía cartas a Jadwiga, a veces a Anna. Escribía a Marian y a su padre y, tras escribirles, rompía el papel en trozos diminutos. Escribía notas que guardaba bajo la tabla suelta del suelo, sobre la cual, después, colocaba la silla con la jofaina y el jarrón de agua. Más tarde, debía romperlas.

Habían pasado tres meses desde el envío de una carta a Halinka con las nuevas direcciones, la suya y la de Jadwiga.

Halinka no daba señales de vida. Pensaba por las noches en ese silencio, lo temía más que algunas imágenes que atravesaban sus ojos y calaban sus sueños. Se dormía rápidamente, fatigada, siempre con las manos hacia abajo, esas manos que seguían entumeciéndose como trozos de leña.

***

En primavera, sería en abril, le llegó a Jadwiga una carta de su padre. Como remitente figuraba el director de la escuela primaria

de Z. Sólo después de la guerra nos enteramos de que se trataba de la segunda carta que el padre nos había escrito. La primera, la de despedida, no llegó porque nunca fue enviada. Esa carta de despedida fue escrita por mi padre al abandonar el refugio en el mausoleo familiar del apicultor ucraniano. El apicultor le había trasladado allí después de haberle tenido en el sótano en el que hibernaban las abejas y, tras anunciarle que vendría una vez por semana con una provisión adecuada de alimentos, cerró con llave la puerta de hierro de su cripta familiar. Cuando la abrió dos semanas más tarde, encontró al padre aún vivo, completamente exhausto. Después, mi padre durmió en establos, una noche aquí, otra allá, buscando en vano una guarida permanente. En uno de esos establos nos escribió la carta de despedida, y otra más a su amigo, el director de la escuela primaria, pidiéndole que le ayudara a encontrar refugio. «No te lo reprocharé —escribió— si no cumples mi ruego. Las dificultades son enormes. Pero has de prometerme que después de la guerra entregarás a mis hijas la carta que te adjunto.»

El director de la escuela primaria, tras leer la carta de mi padre entregada por un joven pastorcillo, le contestó: «Dame cinco días». A través de un amigo suyo, ex-senador del partido campesino, halló para él cobijo en el campo y rompió la carta de despedida…

«Queridísima señorita Jadzia: con amor y añoranza pienso en usted días y noches enteras y, cual viajero deseoso de agua en el desierto, espero el momento… Ahora vivo en el campo, me alimento de leche y pan de centeno…» —así relataba su escondite subterráneo.

Abrí la carta de Jadwiga (Margareta, la hija de los Schulz, la había traído hasta la cocina y la había arrojado sobre la mesa diciéndome «¿Acaso crees que soy tu cartero, que te voy a traer tus cartas?») Surgió primero una tarjeta escrita con esa letra familiar, alta y roma. La tinta era verde y esas elevadas letras verdes saltaban a la vista como grillos. No fui capaz de leer una palabra. En el establo, sobre la paja, pasé mucho tiempo leyendo la carta de mi padre.

Poco después, Jadwiga recibió un paquete enviado desde Z. El nombre del remitente nos era desconocido, el contenido era familiar: un estrecho vestido azul marino de la tía Stefanía. Aparte

del vestido no había nada más en el paquete. La tía Stefanía daba de este modo una señal: estoy viva, existo. Porque, ¿con qué palabras hubiera podido decirlo? Cuando envió el vestido —por medio de quién, no lo sabemos— aún estaba en el ghetto, pero, poco después, probablemente antes de que la señal le llegara a Jadwiga, fue fusilada junto a todos los demás en las rampas próximas a la estación. Alterada por la carta y la señal del ghetto no pensé en un primer momento que Halinka, al transmitir nuestras direcciones a Z, probablemente a Agafía, no había escrito ni una sola palabra. Y sólo ella podía informarme sobre cuál había sido el destino de Marian. Sólo al anochecer el pensamiento de por qué había preferido guardar silencio me golpeó como un mazo.

***

Fui a ver a Jadwiga. En esta ocasión, inesperadamente, Schulz había dado su permiso para el viaje (sin el permiso de los bauer la policía no daba pases) cuando, hasta entonces, se había escurrido como había podido. Sin embargo Walenty, al oír que pensaba visitar a una amiga, anunció que iría conmigo, «siempre que mi compañía —dijo con recochineo— te resulte agradable». Era consciente de que su presencia iba a estropear nuestro encuentro tanto tiempo esperado, que iba a imposibilitar una conversación sincera, pero también sabía cuán sensible era Walenty, qué fácil resultaba herirle. No quise (tuve miedo) hacerle daño.

Sin embargo, no fue su presencia, o no solamente ella, la que estropeó ese encuentro, que ahora, tras recibir noticias del padre, iba a ser alegre, sino otra carta que había llegado justo antes de ese domingo destinado a visitar a Jadwiga.

En realidad, no se trataba de una carta sino de un sobre azul dirigido a Paulina en el que se podía leer una frase añadida: «Devolución de la carta dirigida a su prima en los Sudetes». La frase, escrita con una diminuta letra gótica (¿escrita por el bauer de los lejanos Sudetes? ¿Por el cartero local?) decía: «Paulina Kostecka zur Zeit: Gestapo[123]».

Tardé un buen rato en descifrar esas letras tan pegadas, pero una palabra —Gestapo— saltó en seguida a la vista, así que, antes

de leer las demás, adiviné su sentido. Paulina Kostecka zur Zeit: Gestapo. «No sé leer la frase del sobre —escribió Anna—, no entiendo por qué la carta ha vuelto.»

Mi mano tembló. Me senté, dominada por una repentina flojera de piernas. Ese momento ha quedado grabado así: yo, sentada a la mesa en la cocina de Klotylda Schulz con el sobre azul en la mano, inclinada sobre él, concentrada, atenta, y a mi lado Margareta (porque había sido ella quien, como siempre, había traído la carta y la había arrojado sobre la mesa); en el suelo, un cubo con las patatas que hacía un instante había estado pelando.

¡Gestapo! El instinto me sugirió inmediatamente la palabra huir, huir, que ya se había incrustado en mí y no me dejaba en paz y, con esa palabra, fui a ver a Jadwiga. Walenty, vestido de fiesta, iba conmigo, emprendía por primera vez desde hacía dos años un viaje lejano, de una hora de duración en tren. Así que, no sólo fue su presencia lo que estropeó ese encuentro, que iba a ser alegre por la noticias del padre y que, en cierto modo, así iba a ocurrir, ya que Jadwiga, desde el momento de recibir la carta del padre, vivía una sensación de alegría que nada podía velar. Tampoco logró velar su alegría la frase «Paulina Kostecka zur Zeit: Gestapo», ni el verbo huir pronunciado inmediatamente por mí.

—Creo que esto nada tiene que ver con nosotras…

—¿Cómo? —pregunté (estábamos a solas en su cuartucho, sólo unos instantes, porque el bauer no permitía recibir allí visitas)— piensa… este paquete que Paulina había mandado a Anna, al campo, por medio de una alemana conocida… sólo piensa que si la alemana lo halló después de nuestra huida, quiere decir…

—¡Desde entonces han pasado ya cinco meses! Paulina pudo haber caído por otra razón y ciertamente así pudo ser, no creo que su detención tenga relación alguna con lo nuestro… Los Sudetes están lejos… —y volvía de nuevo a la carta del padre, decía que le daba fuerzas—. No te imaginas cómo me ayudó, no sabes lo mal que estoy aquí… —Sabía lo mal que estaba, me escribía sobre las vejaciones de la alemana, pero cada carta terminaba con la frase «por lo demás todo en orden» y ante esta frase todo lo demás perdía peso, descendía a un segundo plano. Sólo eso era lo importante: nadie sospechaba de ella, ni la detestable bauer, ni Stefan el polaco, ni el serbio Branco, ni Wiktor el ruso.

Allí, los esclavos eran cuatro: la propiedad era enorme, el marido de la bauer estaba en el frente. Stefan dirigía la granja y eso era precisamente lo que salvaba a Jadwiga, porque la ayudaba y la protegía de las vejaciones. Alto, fuerte, enérgico; la alemana le respetaba, temía perderlo. Cuando sonreía nos recordaba a Gienek. Tenía una sonrisa bonachona y confiada.

Después, paseábamos todos juntos como paisanos en una alameda dominical manteniendo una escueta conversación sobre asuntos de trabajo y los bauer. Jadwiga y yo intercambiábamos miradas secretas: tenían que sustituir a las palabras. Estaba escuálida, llevaba puesto el estrecho vestido azul marino de la tía Stefanía. Tenía manos gastadas de vieja.

Volvimos solos a la estación. Jadwiga y Branco se dirigieron a las vacas, Stefan y Wiktor a los caballos. Desde la ventana del primer piso la bauer nos despedía con su mirada hostil.

En el tren, Walenty se mostraba hosco; Stefan no le había caído bien y «tu amiga —decía— parece un poco judía».

—Tengo que decírselo. Se reirá —repliqué.

***

Escribí a Anka para que viniera, quería hablar con ella. Se presentó al domingo siguiente, algo demacrada, pero siempre bella. Ante mi asombro, compartió plenamente la opinión de Jadwiga, incluso repitió las mismas palabras.

—Pobre Paulina, pero esto no tiene nada que ver con nosotras… además los Sudetes… tan lejos…

No, no creía que fuera necesario huir, consideraba que yo exageraba…

La escuché con ánimo y alivio. El vocablo «huir» se borraba en mí poco a poco; un día constaté que se había acallado. (Fue precisamente aquel domingo, cuando Walenty pronunció en la estación esas palabras que no he podido olvidar.)

***

Así que Anka y Jadwiga estaban en lo cierto; ya habían pasado tres semanas desde la devolución de la carta a Paulina. No volví a pensar en ello.

Una vez, en sueños, me hallaba sentada bajo el sauce llorón en la orilla de nuestro riachuelo y Anka se acercó con un sobre azul en la mano… «zur Zeit Gestapo», dijo en voz alta en alemán y siguió andando con su abrigo azul campana; el cielo se reflejaba en el arroyo cuyas aguas adquirieron un color azulado, mas, de repente, me di cuenta de que no se trataba de un río sino de las puertas del establo que se hallaba al otro lado de la ventana de mi buhardilla.

Presentí alarma en la campanada matinal de Klotylda. Estaba en el umbral de las escaleras, sus labios apretados formaban una línea que, a duras penas, frenaba su ira. Klotylda raras veces daba rienda suelta a su cólera y si lo hacía era de modo tácito, irónico. Nuestras relaciones mutuas eran templadas, pero correctas. Jamás había buscado sus favores, ella jamás me había levantado la voz. Era seca, pero justa. Esta vez, me gritó:

—¿Qué te crees? ¿Acaso no sabes que está prohibido recibir visitas por la noche? Y mucho menos de hombres…

No tenía ni idea de qué se trataba.

—Nadie me ha visitado de noche. Nadie, nunca.

—¡No mientas!

—No miento —grité indignada.

—¿Quién ha estado esta noche bajo tu ventana? ¿Quién te llamaba? ¿Silbaba? ¿A quién esperabas?

La miré sinceramente asombrada.

—Niemand rufen, niemand pfeifen. Vielleicht sie traümen[124].

—Traümen? Herr Schulz salió corriendo al patio, pero tu visitante nocturno logró escapar. Ambos oímos cómo corría hacia la calle.

***

El día era canicular y sofocante, nubarrones negro-amarillos revoloteaban en el cielo, la tierra exhalaba un ardor húmedo.

Salimos al campo inmediatamente después de comer.

—Habrá tormenta, sin duda —profetizaba Walenty señalando un

enjambre de moscas diminutas que revoloteaban en el aire—. Nos mojaremos mientras realizamos esta faena de mierda…

Los Schulz y Margareta se habían adelantado un buen tramo. Marchaban con paso enérgico y vigoroso, la azada al hombro. Nos arrastrábamos detrás de ellos, somnolientos, haciendo oídos sordos a sus gritos.

—¡Que griten! —se burlaba Janek—, nosotros despacito, que no busquen imbéciles…

—Hablas muy fuerte cuando estás entre los tuyos, pero cuando hace falta te cagas de miedo… —rió Walenty.

Janek no contestó. Ya se sabía, Walenty siempre llevaba razón y no tenía sentido discutir con él porque su opinión era la que valía.

A menudo siento pena por este tontito y buenazo de Janek, quien no percibe nada más que la necesidad del sueño y el hambre en el estómago.

Desde hace tres años Walek y él viven en el mismo cuarto, tan ajenos el uno al otro como el primer día. Walek se disgusta un poco por compañía tan tonta, no le parece apropiado trabar amistad con un caballo de simón (Janek, al parecer tenía un simón en un balneario, de lo cual presumía con frecuencia).

—Con él siempre es así —me decía—, se queja, insulta, pero tiene un miedo que para qué. Es fácil hacerse el fuerte en polaco, cuando no te entienden…

—Bueno, yo no conozco esa lengua como Walenty…

—Aprende, mira a Joasia, apenas el quinto mes aquí y ya empieza a hablar… ¿Y tú qué? Sabes sólo para pedirle «tabak» al viejo o informar en el campo que vas a «scheisse[125]».

El camino seguía el borde de la colina, abajo humeaba la fábrica y más allá, entre los prados, fluía el Ruhr. Los campos y los bosques habían adquirido colores jugosos, se notaba que la primavera cedía ante el verano.

—Si me cabreo iré a la fábrica, allí «feirant[126]» a las seis, uno puede dormir… y, aquí, ¿qué?, limpiar rabos de vacas sin parar y zampar «giemiza[127]», esa mierda…

—Yo a las vacas no les miro debajo del rabo —se ofuscó Walek. Despreciaba nuestra faena en el establo, la mía y la de Janek.

—Qué diferencia hay entre vacas o caballos —añadí.

—¿Qué diferencia? Chica, qué dices…

Preferí no sostener una discusión sobre la jerarquía cuadra-establo… Y pensé que ya había conocido todos sus misterios…

Mi ánimo era tranquilo, bondadoso. Habían pasado tres semanas desde la llegada del sobre azul con la caligrafía gótica.

Anna y Jadwiga tenían razón: la detención de Paulina no tenía nada que ver con nosotras. Amarillas flores silvestres crecen junto al sendero: cortaré varias, las pondré en mi cuarto. Ya se ve el campo, largo, que llega hasta el bosque, lleno de hileras verdes de joven remolacha. Klotylda y Margareta se arrodillan, la poda se realiza de rodillas. Schulz, con los sacos envolviendo sus rodillas, espera de pie. Está furioso, murmura maldiciones.

Esta escena se repite una y otra vez: llegamos al campo siempre con retraso. Al principio nos echaban broncas y nos gritaban pero, al ver que esto no daba resultado, se limitaron a silenciosos gruñidos de rabia.

Hago rodilleras con sacos viejos, las ato con cuerdas. Han caído unas grandes gotas de lluvia: presagio de aguacero.

—Herrgott[128]!. ¡Moveos, por el diablo! ¡Waldemar y Janek con la señora! Johanna irá conmigo.

Esto era algo nuevo. Nos extrañamos los tres. «Ten cuidado, que la vieja no te rompa la cara», rió Walenty.

—Eres tonto —repliqué maquinalmente.

Hasta entonces siempre habíamos trabajado los tres juntos: Walek, Janek y yo. ¿Qué significa esta innovación? Una ligera contracción atenaza la garganta, señal de inquietud. Me arrodillo obedientemente al lado de Schulz: más de diez metros nos separan de los chicos y de ambas mujeres.

Arranco cuidadosamente las plantas de remolacha que crecen en matas… deben tener sitio —«lebensraum!»[129]— para que lleguen a ser esas buenas remolachas que en otoño serán guardadas en el sótano. ¡El otoño! ¿Qué pasará en otoño, quién lo sabe? De momento, la lluvia cae escasa y diminuta, la tierra está húmeda, avanzando a cuatro patas dejo atrás las huellas profundas de rodillas y manos.

Schulz interrumpió el trabajo, se levantó, me mira.

—Dime, Johanna… tu amiga, ésa que te visitó hace poco, wie heisst sie[130], Anna… es judía, ¿verdad?

Le miro a los ojos, divertida por la pregunta (siempre la misma

reacción inicial: la jocosidad. Cada vez se repite lo mismo).

—Was[131]? —me apoyo con fuerza sobre las manos, para disimular el temblor.

—Es judía —eine Jüdin— ¿comprendes lo que digo?

—Was Chef sagen —replico con voz ofendida—. Anna nix jude[132].

—Y la otra, también es judía. ¿Habéis huido juntas, stimmt[133]?.

—Sí. Ich das schon sagen[134].... Huimos del transporte.

—¿Y si no del transporte, sí de un lager junto a una fábrica?

—Nix lager. Del transporte.

—So, so… Tú eres muy rubia, Johanna, pero…

Aguanto su mirada —¿pero qué?— de mi cara no se despega esa expresión reglamentaria de divertida estupefacción. Schulz se arrodilla, la conversación ha finalizado.

Arranco las remolachas cantando a todo pulmón. «¿Por qué berreas tanto?», grita Walenty. Berreo porque tengo ganas de gritar. Como en el campo, igual… Pero, a través del latido del corazón, su fragor en mis oídos, siento una pena infantil y simple y tengo ganas de llorar.

Nos encontraron, no lo conseguimos, todo el esfuerzo en vano. Y, de repente, la iluminación, el pensamiento se traslada a Anka. Anka estuvo esta noche bajo mi ventana, era ella quien silbaba, quería avisar, informar. Paulina Kostecka zur Zeit: Gestapo, la dirección de Anka en manos de la Gestapo; los molinos de la Gestapo muelen despacio pero minuciosamente, apenas habían pasado tres semanas (¿apenas o ya?), la primera reacción había sido correcta. No debí ceder ante el argumento de que los Sudetes estaban lejos y que esto no tenía nada que ver con nosotras. Klotylda dijo: pesados pasos de hombre. ¿O tal vez fuese un enviado de Anka? No importa. Alguien quiso avisarme, decirme… Ya estoy tranquila. Canto «Ojos negros» y oigo cómo Walek le dice a Klotylda: «Johanna ist lustig, Johanna hat einen Schatz, sie ist verliebt[135]», y por primera vez siento agradecimiento hacia él.

***

La lluvia nos ahuyentó del campo. Cayó de repente, olorosa, primaveral. El aroma ahogaba. Corríamos chorreando agua.

—¿Qué quería el viejo de ti?

—Me dijo que tenía que vigilarme porque soy una vaga.

—¿Y por eso te has reído tanto?

—Claro, que me vigile…

Mientras corría, tramaba un plan en la mente, mañana la huida, por suerte mañana es domingo, por la tarde iré a ver a Jadwiga y con ella, más lejos; hoy mismo tengo que conseguir zapatos para Jadwiga, tengo a Bezugschein en Holzschuhe, pero no puedo ir en zuecos, tengo que convencer al zapatero para que me venda los de cuero, ya una vez se dejó convencer, los de color granate son la prueba —así que quizá, también esta vez…—. ¿Cómo quizá?, tiene que resultar; Jadwiga deberá tener zapatos de cuero para el viaje y los tendrá, para un largo viaje, aún no sabemos hacia dónde. Tampoco sabemos cómo enterarnos de si Anka ha huido de verdad, no podemos dejarla sola, por si las sospechas de que no ha sido ella quien silbó bajo mi ventana —ella o alguien enviado por ella— no son justas y es otra la verdad. ¿Cómo saberlo? No mientas. Sabes perfectamente que existe sólo un remedio, lo sabes desde hace un buen rato, y corriendo bajo la lluvia piensas: Gienek, desde hace un largo instante sabes que sin ayuda no podrás, y solamente puedes pedir ayuda a Gienek quien, en tu primera visita a Marysia y Jurek, defendió ardientemente a los judíos y tú pensaste, recuerda a este muchacho que, además, se ha convertido en tu amigo a pesar de una larga conversación en la cual rechazaste su amor. Así que no mientas. Pues, ya no miento ante mí misma, sólo pienso, él me ayudará, le diré la verdad. No quiero engañarlo… Por primera vez, en contra de las normas sagradas, admitiré que alguien comparta nuestro secreto, tal vez me falten fuerzas para cargar con un nuevo golpe.

Ya terminamos de cenar, ya fregué los platos. Tras la lluvia, el sol luce, el sábado se termina antes. Desde la habitación de los «bamber» llega la música y el plattdeutsch[136] de Klotylda. Margareta se pone los rizos para el domingo, en el cuarto de baño arde la leña en el calentador, se prepara el baño familiar (uno detrás de otro se bañarán en la misma agua.)

La atmósfera, hasta entonces agradable porque auguraba los

momentos libres del domingo, me resulta de pronto odiosa, me repele su quietud y recogimiento.

Estoy sentada en mi cuarto, sin moverme, sin pensar. El chasquido de las puertas me despierta de la abulia: Schulz se ha ido al pueblo. ¿Dónde? ¿Debido a qué asunto? Jamás abandonaba la casa la tarde de los sábados. Saco del cajón, de debajo de la tabla suelta, las cartas de Jadwiga, mis apuntes y el cuaderno, los rompo en mil pedazos, los arrojo al retrete del establo. Después, informo a Klotylda que voy al zapatero a por los zapatos.

El anciano zapatero disfruta de buena fama entre los polacos, dicen que con él uno llega a entenderse, pero hoy me dice «ausgeschlossen[137]», no puede. Pero viajar en zuecos de madera no es nada aconsejable. «Ah, Herr Joseph, exclamo, ¿acaso se ha olvidado de que aquellos preciosos Lederschuhe granates tienen los tacones muy altos? ¿Ha intentado alguna vez andar con tacones altos después de una jornada de duro trabajo?»

El anciano Joseph se ríe de esta broma, he… he… sind alle Polen so witzig[138]?. Se defenderá todavía un rato, pero echará por fin la mano detrás del mostrador. Das letzte mal[139]…

En la calle, di unos pasos en dirección a la casa del patrón de Gienek y me volví. No. No le mezclaré en nuestros asuntos. Seguramente ha sido Anka. ¿Quién hubiera podido ser si no? De repente, esperándome, vi a un policía sentado en la mesa de la cocina de Klotylda y la caja con los zapatos me hizo reír.

Desde una calle lateral, me llamó la voz de Gienek: «¿A dónde vas? ¡Espera!» Volvía del campo… curtido más de lo normal, con su paso elástico, alto, fuerte, tranquilo. Le enseñé los zapatos: silbó de admiración.

—Magníficos, mañana te los pondrás, iremos de paseo…

No contesté, así que preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—No me engañes. ¿Has tenido unas palabras con la vieja? Pasa de ella…

—No he discutido con nadie.

—Pero algo te duele, lo veo. Dime, a lo mejor puedo ayudarte, sabes que…

—Ven esta noche al cañón detrás de los jardines, te lo diré.

—¿Algo serio?

En su voz resonaba cierta preocupación.

***

Una vez en mi cuarto abrí la ventana. El viento traía el aroma de los alhelíes. Me quedaba aún una hora hasta el encuentro con Gienek. Me eché sobre la cama y el recuerdo de los últimos días en el campo, el recuerdo de la espera, retornó con fuerza inusitada. Tumbadas sobre los catres, impotentes, viviendo la muerte en los momentos de duda, renaciendo con cada reflejo de ánimos… Pero allí estábamos todas juntas, mientras, ahora, yo estoy sola y Jadwiga está sola y esta soledad es difícil de soportar. Me levanté de un salto: Schulz había regresado. Regresó solo. Oí su elevada voz que llegaba desde abajo, le contaba algo a Klotylda, Margareta reía sonoramente, calló la radio, cesaron los pasos. Se habían ido a dormir.

Bajé las escaleras cuidadosamente. Las puertas que comunicaban la cuadra con el patio estaban cerradas con llave. Pasé la mano por la viga que corría a lo largo de la pared; no me había equivocado: la llave estaba en un rincón, lejos de la puerta. Retrocedí a la habitación de los muchachos. Janek estaba echado en la cama y, con la mirada fija en el techo, fumaba una pipa. Walenty escribía una carta; al verme, dejó el lápiz.

—Siéntate. ¿Por qué no has venido? Han estado todos aquí, pero ya se han ido a dormir…

—Saldré. Volveré dentro de una hora, quería pediros…

—¿Sales?, es algo nuevo… ¿Y el novio qué?… —se burló. Fingí no haber oído nada.

—Sabes, el viejo cerró la puerta del patio, pero encontré la llave… Por favor, cierra la puerta; cuando vuelva te llamaré…

—Cerró la puerta, dices… Qué hijo de puta… También costumbres nuevas…

En el cañón, me senté sobre un tronco derrumbado y esperé. El cielo estaba limpio, sembrado de estrellas. En el aire, persistía todavía el aroma de la lluvia. ¿Qué le diré a Gienek? ¿Cómo se lo diré?

De pronto, me arrepentí del paso que había dado, no me sentía capaz de hacer esta confesión, temía las palabras que debía pronunciar en voz alta.

Llegó con paso acelerado, se sentó, me rodeó con su brazo. Me adelanté a su pregunta. Le dije:

—¿Sabes?, soy judía.

—¿Y qué?

Me había preparado para una expresión de sorpresa, de confusión, para un silencio irritante, para todo menos para estas palabras simples, normales. La tensión de las últimas horas se rompió súbitamente, mordí los labios; por Dios, ¡no quería llorar!

—Pues, ¿qué más da que seas judía? —repitió.

Me escuchó atentamente, sin interrumpir, sólo ahora sorprendido de verdad. La sonrisa había desaparecido de su rostro, únicamente ahora había llegado a comprender. Se turbó cuando le dije que quería pedirle que averiguase si Anka había huido.

—No digas bobadas y no seas infantil —exclamó—. Iré a ver a Anka, también iré a ver a Jadwiga, iré yo, no tú, tú no puedes… Para mí eso es una pequeñez…

Mañana por la mañana irá a ver a Anka, por la tarde a Jadwiga y le dirá que esté por la noche en la estación, lista para el viaje… él no arriesga nada, incluso le gustan tales historias…

Y después preguntó también si aquel novio mío existía de verdad o si me lo había inventado tal como había hecho con Katarzyna y Joanna.

Regreso a lo largo de los jardines, huele a alhelí, huele la reseda. La celada, abierta cuidadosamente, cuidadosos pasos de puntillas a través del patio. Bajo las ventanas de los chicos (su cuarto, situado en la parte de servicio de la granja, se halla lejos de las habitaciones de los Schulz), llamo a Walenty. Baja inmediatamente. Está enfadado:

—¿Dónde andas por la noche, muchacha? Ten cuidado, te lo aconsejo, aún te buscarás problemas…

Me arrojé sobre la cama sin despojarme de la ropa. Sólo el día siguiente. Preparar el vestido, limpiar las manchas de ese abrigo que aún recordaba las noches en el bosque. Iremos al sur, abajo del todo, en las proximidades del lago, cerca de la frontera suiza.

Si antes no se presenta la policía.

***

Al mediodía, cuando iba con Janek al prado, vi a Gienek (iba silbando, las manos en los bolsillos). Pensé que había cambiado de opinión, o que quizá no podía, o no quería ir y sentí en el estómago una succión dolorosa.

—Joasia, ¿ves quién viene? —se alegró Janek—. ¡Habrá tabaco!

Gienek nos informó que iba al prado a mirar si la hierba estaba ya buena para la siega, pero que ya que nos había encontrado, se sentaría un rato, no tenía prisa…

Me senté al lado de la vaca y él, con el cubo entre las piernas, se colocó al lado, en la hierba. Esperamos un rato a que Janek, feliz con su Sulima, se alejara.

—¿No puedes ir?

—Anka se fugó. No está.

La vaca coceó, sacudió furiosa el rabo… le hizo daño un rápido y nervioso movimiento de mis dedos.

—¿Has estado allí?

—No. Me encontré en la estación con un conocido, él mismo me lo dijo, ni siquiera hizo falta preguntar… Al fin y al cabo, es una noticia.

—¿Qué dijo?

—Que con ellos había estado una, que trabajaba con el bauer más rico pero que se escapó. Dicen que era judía y por eso… La policía la estaba buscando. Una muchacha preciosa, en nada parecía judía.

Primero fuimos seis, después cuatro, después tres… Basta ya, me digo, para qué estos estúpidos cálculos, sabías que había huido, sólo querías saberlo por si acaso, para tranquilidad de tu conciencia…

No me mostraba cariñosa, más bien fría, y, sin embargo, entonces, en la estación, en el último momento, el tren ya entraba en el andén… Los reflejos rojizos en sus cabellos y las palabras de Walenty, proféticas, malas, nos estamos despidiendo para siempre. ¿Por qué para siempre? Lo sé: es para siempre.

—Esperabas que hubiera huido, entonces ¿qué quieres? —dice Gienek. En verdad, no sabía lo que quería, quizá porque no había intentado convencer a Anka y a Jadwiga o, más bien, por haber sucumbido a sus argumentos, porque así era más fácil, más cómodo,

tal vez de eso se tratara, ya era tarde, quizá demasiado tarde…

La vaca propinó una coz al cubo, la leche se cayó, empapó la hierba.

—Te espero a las ocho en el cañón. Y no te preocupes, todo irá bien…

Llegó Janek, fumamos otro Sulima.

—Gienek es un tipo estupendo —meditaba Janek en el camino de regreso—. No trabaja demasiado, fuma tabaco señorial, gusta a las mujeres…

Klotylda preguntó detalladamente si salía por la tarde. Era domingo. ¿Dónde vas? A Niederwiesen. ¿Con Walenty? Con Walenty. Puntualmente, a las seis, tienes que estar de vuelta. Como si antes de las seis no pudiéramos huir…

En el parque del conde florecen los rododendros, el césped se ha vuelto mullido como la alfombra. Jurek ha sacado la mesa delante de la casita de madera, el sol calienta. Juegan al sesenta y seis, se calientan al sol. Todo es como cualquier domingo, pero diferente. No mira el ojo de Joanna, no escucha el oído de Joanna, risas jocosas, bromas poco refinadas, siempre las mismas conversaciones, la vacía tranquilidad dominical de los esclavos… ¡Bienaventurados! Marysia:

—¿Adam te ha escrito?

—Tú le gustas, ¿y él a ti?

¿Cómo se comportaría Adam si se lo dijera? Jamás se lo diría. «Hay en ti algo extraño, no sé en qué consiste, eres una chica rara…» No quiero saber cómo podría comportarse.

—No comprendo por qué eres tan no me toques, simplemente, es anormal… ¿Ya te ha escrito que te quiere?

—No.

—¿Cuándo lo escriba, me lo dirás?

—Claro. A ti sí te lo diré.

A ti podría decírtelo, eres una muchacha buena y honrada, para quien no existe más que el amor.

Joanna te quería mucho. Pero tienes una lengua larga y tu Jurek considera que el único mérito de Hitler es, bueno, ya sabes que…

—Tú tienes suerte. Gienek se ha prendado de ti, pero, entre nosotras: Adam es más apuesto, a mí me gustan mucho los bigotes…

Marysia frunce los ojos ante el tierno sol, el viento del Ruhr desordena sus finos cabellos. Su cara redonda, rosada, de ojitos pequeños, recuerda a un simpático osito de mazapán. Me duele tener que pedirle que me devuelva el dinero que le había prestado. No tengo más que 30 marcos y no sé cuánto tiene Jadwiga…

—Querida, te lo devolveré a primeros de mes, le compré a Jurek dos camisas a cuadros, sabes… estaba muy enojado, incluso me levantó la mano… porque Jurek…

Vuelvo con Staszek, orgulloso de la permanente que se ha hecho para el verano. Por suerte, es un muchacho callado y la única frase que pronuncia se refiere a la guerra: dicen que a los cabezas cuadradas les dan por el culo en el frente.

***

Fajrant[140]. La cocina está reluciente, delante de la puerta una fila de recipientes recién lavados para la leche, que ya no cargaré. Ahora, todavía un momento para la visita de despedida de los muchachos. Mañana se enterarán.

No puedo sentarme ni un instante; de pie, enciendo un cigarrillo. Gienek ya ha vuelto, dentro de dos horas me encontraré con Jadwiga, subiremos al tren…

—El viejo se va mañana a Iserlohn —dice Walenty—, podremos pasar un poco del trabajo.

Schulz se va al Arbeitsamt, por una obrera nueva.

—Entonces, hasta mañana —digo, y me alejo rápidamente. Mañana lo sabrán. Me puse el vestido nuevo, trencé el cabello sobre la frente, cogí los zapatos de Jadwiga, el abrigo y el bolso con la media herradura y los treinta marcos. Ya en el desván, acerqué la escalera de madera al hueco para echar el heno y bajé directamente al establo, evitando la cocina y las habitaciones de los bauer, lindantes con ella. Desde el patio, salí al sendero descendiendo los escalones, a lo largo de los jardines. La casa de los Schulz se veía desde aquí como sobre la palma de la mano; la tarde era clara, pura. En la ventana iluminada se dibujaba la figura de Janek con camisa blanca.

Gienek me esperaba. Sentado sobre el tronco de madera, en el

mismo lugar en el que ayer había escuchado mi confesión. No había oído mis pasos, saltó como un resorte cuando toqué su hombro. Comprendí inmediatamente que algo había ocurrido, pensé con desesperación que se habían llevado a Jadwiga, que había llegado demasiado tarde…

—Ella está muy enferma, no puede ir en este estado… la policía ha ido a verla…

Lo dijo con una voz silenciosa, suave, como si fuera yo y no ella la enferma, y el tono de su voz me irritó mucho.

—Cuéntalo todo desde el principio —dije secamente.

Me miró sorprendido y, como seguía sin decir palabra, añadí con ira:

—Habla, te escucho.

Habló con Stefan, quien lo sabía todo. No ha visto a Jadwiga. Está enferma, tiene una fiebre muy alta, no puede comer ni beber, no admite alimentos. Se ha desmayado. Oculta su estado ante la bauer. Stefan le ayuda, hace en su lugar los trabajos más duros. Ha de disimular lo muy enferma que está, ha de trabajar. Se puso mala poco antes de que la policía se presentase.

La llamó la bauer: komm, du verfluchte Jüdin[141]. En el patio de entrada de la casa esperaban dos gestapos. Stefan escuchó después la conversación de la alemana con los policías. Sólo ante los obstinados ruegos de la bauer consintieron en dejar a Jadwiga hasta que el Arbeitsamt enviara a otra trabajadora… Einige Tage[142]… Se fueron, se llevaron el ausweis de Jadwiga. La alemana avisó al Arbeitsamt inmediatamente después de su partida. «Du verfluchte Jüdin[143]», le dice a Jadwiga.

Estoy callada, petrificada. No saldremos de ésta.

Stefan vendrá el miércoles por la noche, dirá cuándo huirá Jadwiga… ¡Tres días! No saldremos de ésta.

—Tiene que recobrar fuerzas, debe —digo.

—Está muy enferma, compréndelo…

—Deberá tener fuerzas, deberá…

—Tranquilízate…

Quisiera explicarle a Gienek que no me enfado con él ni con Jadwiga… Ya, al lado del postigo del jardín, le pido que no se sienta molesto, qué haría yo sin ti, pregunto no tanto a él como a mí misma.

Reseda, alhelí, como en casa, junto al río. Tan sólo no croan las ranas. Todavía hay luz en el cuarto de los muchachos.

Tengo que dormir una horita y, después, pensar tranquilamente en todo: sigo creyendo en la influencia salvadora del sueño. Desde el fondo del patio llega la risa de alguien. Es Walenty quien, riéndose, pregunta por qué acudo con el abrigo a la cita, si mi novio no sabe calentarme.

***

Los días se ven colmados de una doble espera: espero noticias de Jadwiga y espero la aparición de la policía. Me escabullo dificultosamente a través del tiempo como si se tratara de copos de nieve, paso a paso, hora a hora, ni un instante de reposo en el duro trabajo de la espera. Quizá sólo por la noche. La noche es más segura. ¿Por qué iban a molestarme en las horas dedicadas al sueño? Por la noche, razonaba: es posible que permitan a Schulz que me quede con él hasta que reciba una trabajadora nueva, pero ya al amanecer, con el primer rayo de luz, me decía que, de todas maneras, tenían que venir, aunque sólo fuera para hacerme las mismas preguntas que a Jadwiga, y ya al amanecer empezaba la expectativa, mientras bajaba alegremente la escalera, cuando cargaba enérgicamente los recipientes de leche, ordeñando vacas, alimentando cerdos sin sentir el dolor de espalda del que se quejaban Janek y Walenty tras unas horas de trabajo, recorriendo de rodillas los surcos de las remolachas, ya que todavía seguía el período de su «poda». Buscaba alivio con el trabajo físico, protegía el trabajo de la imaginación.

De estos días de exhaustiva espera permanece la imagen del prado y el tren, reflejo de ese último día cuando la tormenta se acercaba lentamente bajo los nubarrones negros preñados de lluvia y rastrillábamos el heno en la pradera. La larga serpiente del tren se escurría a lo largo del campo. Mirando cómo desaparecía de mi vista sentí de repente —nítida, dolorosamente— la proximidad del peligro, la imposibilidad de escapar de su círculo. ¡Vanos ajetreos, vanos esfuerzos! El círculo ha atenazado las costillas, ha acallado el mundo, se ha nublado, se ha expandido un silencio pesado,

cargado. Arrojé el rastrillo al suelo, me arranqué la camisa, recobré el aliento con dificultad.

***

Marysia devolvió inesperadamente el dinero prestado. Pedí a Gienek que me comprara a su «alemán» dos sombreros y dos pares de guantes. Era un alemán que le vendía a Gienek cosas diversas para aquella hermana suya que trabajaba en una fábrica cercana a Berlín, así que no existía riesgo de que la adquisición despertara sospechas.

Los guantes de fino cuero eran de color beige «confidente» y, al igual que el gorrito, resultaban muy elegantes. Prometió traerme en unos días un sombrero de paja de ala ancha.

Gienek sonreía, le divertían esos sombreros, el tono piadoso había desaparecido de su voz.

***

El miércoles por la noche me deslicé de la casa por la ventana del establo; no quise pedirle a los muchachos que abrieran y cerraran la puerta, sabía que iba a regresar muy entrada la noche.

Forcejeé largo rato con la ventana, limpié cuidadosamente en la hierba mis zapatos manchados de estiércol. Caminábamos Gienek y yo por el sendero paralelo a la vía del tren, Stefan iba a venir y, luego, se iría lo más rápidamente posible para coger el último tren. Estaba oscuro, el sendero se hallaba infestado de hierbajos, apenas frecuentado. Íbamos deprisa, con intención de ahorrarle la caminata a Stefan. Una luciérnaga del cigarrillo brilló en la oscuridad, después, llegó la respiración jadeante del corredor. Me agarró de la mano, me dijo:

—Todavía está demasiado débil, apenas se mantiene de pie. Te ha escrito una carta.

Sacó del bolsillo una hoja doblada en cuatro; en la penumbra, no pude leerla. No lo «conseguiremos», pensé. Tenía frío.

—Pide que no la esperes.

Atrapé su mirada inquieta, interrogadora, en el destello de una cerilla.

—Dile que la espero pasado mañana en la estación, a las diez de la noche, que tiene que venir, debe hacerlo.

La cabeza me daba vueltas a causa de la oscuridad y el cigarrillo. Él sacudió negativamente la cabeza:

—Imposible. No te das cuenta…

—Entonces… ¿cuándo?

—El domingo. El domingo será más fácil escapar de casa. ¿Esperarás?

—Pues el domingo, a las cuatro de la tarde en la estación. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

Agarro fuertemente sus manos, repito sin fin, maquinalmente: «Stefan, Stefan, gracias, gracias…»

Volvemos. Tengo frío. «¿Se oye el canto de los grillos?», pregunto a Gienek, pero él no contesta, tampoco dice, como cada día, no te preocupes, se aleja rápidamente, sin una palabra. No enciendo la luz en mi cuartucho. Leo la carta de Jadwiga alumbrándola con una cerilla: «Querida Joanna vete sin mí. No debes esperar más. ¡Huye! Irás con nuestro padre, yo con la madre. Que seas feliz, gracias por todo.»

Me tapo con la almohada y rompo en sollozos.

***

Walenty se enteró y enseguida nos trajo la noticia: han conseguido una muchacha nueva para el trabajo, va a venir la semana que viene. Es rusa.

***

Me desperté mucho antes del amanecer, las puertas azules aún estaban negras. Dormí apenas una hora. Jadwiga, sentada en el banco de la casa de Halinka, decía: «Vete sola, ella no me quiere.»

Hoy, a las cuatro, debemos encontrarnos en la estación de la

cercana ciudad. Stefan me lo ha prometido. Conté los días y no pude salir de mi pasmo: había pasado apenas una semana… Miré el espejo asombrada: ni una huella. Sólo había adelgazado.

De camino al huerto avisé a Janek que llegaría tarde al ordeño, que iría directamente al prado. Me hizo un guiño cómplice, rió con la risa de los iniciados…

—Yo, que Joasia lo sepa, no soy como Walenty. A mí, qué más me da, pero esas palabras, con perdón, no se deben decir…

—¿Cuáles?

—Jamás había dicho nada malo de Joasia, pero ahora… qué puta, dice, cada noche se va a joder con alguno, y después llama para que le abran la puerta… Será que está furioso porque no lo hace con él…

Nos dieron de comer una dulzona sopa de cerveza; después de unas cucharadas salí corriendo al establo y vomité.

Fregué los platos cantando en voz alta (demasiado alta), limpié la encimera de la cocina hasta que brilló como un espejo, barrí el suelo. Era la una y media.

Dejé en el cajón en la mesilla una carta sin terminar que no tenía destinatario. «Querida, si me enfado, huiré. Brego desde la mañana hasta la noche, estoy harta de remolachas y de vacas… iré adonde mi amiga, a Leipzig, prometió encontrarme un trabajo en un restaurante… No sé todavía…»

Llevé conmigo otra carta para Gienek. Bajé del ático con cuidado: dieciocho escalones, los había contado el primer día, al cepillarlos. Me detuve al lado de la puerta de la habitación de los bamber. Estaba silenciosa, el reloj tictaqueaba: estarían descansando después del almuerzo dominical.

Salí como siempre, dirigiéndome hacia el patio a través del establo y, después, continué el camino de mis expediciones nocturnas a lo largo de los jardines: allí estaban, magníficos, en pleno florecimiento (Gienek no estaba todavía. Me eché en la hierba, escondí mis ojos del sol).

El primer paso, el más difícil… Después, todo rueda a fuerza de velocidad, sólo hay que cruzar la frontera detrás de la cual ya no hay retorno. Así fue en el ghetto, en el campo, así será dentro de una hora, en la estación… Pensaba con tranquilidad, en abstracto, como si estos asuntos no se refirieran a mí, como si no fuera yo

aquélla que, por tercera vez, iba a cruzar esta frontera. Estuve a punto de dormirme, tan bien y cálidamente se estaba sobre la hierba.

Una sombra ocultó el sol; encima de mí estaba Gienek. La voz le temblaba y tenía la mano húmeda.

Sacó del bolsillo una botella de vino de frutas.

—Tienes que beber, da suerte.

—No puedo, no te enfades, no puedo…

Con Gienek había vuelto la excitación. De nuevo el nudo en la garganta.

—Debes. Lo robé del sótano especialmente para beberlo contigo.

Tomé un trago; el vino era ácido y amargo.

—¡Por vuestra suerte!

Eché la cabeza hacia atrás, el vino gorgoteó en la botella; más tarde, graciosamente, en la garganta.

—¿No hay sombrero? —pregunté. El sombrero era muy importante. (Tan importante como antaño aquel pañuelo en el cual florecían manojos de rosas rojas entre las hojas verdes.)

—Lo hay, lo escondí entre los arbustos.

El sombrero era precioso, de paja marrón, con una ala ancha adornada con un prendido de flores campestres.

Me lo puse y Gienek soltó una carcajada. «Pareces una verdadera alemana», dijo, y yo dije en voz alta: «Zweimal Bonn, bitte, dritte Klasse[144]».

El tren hacia Bonn vía Colonia salía a las cuatro y veinte.

La hora era canicular, de mediodía. El sol quemaba la espalda. Con un gesto olvidado sujetaba el ala del sombrero cara a un viento que no existía. El color crema de mis guantes contrastaba con mis hombros tostados. Eso me divertía. Después del bachillerato recibí mi primer sombrero y mirándome al espejo levantaba la mano hacia el ala blanca. Mis hombros estaban tostados por el sol, la habitación era bañada por el sol, tras las puertas abiertas el jardín. Desde el jardín me llamaban, ven al río… el día era canicular, como el de hoy…

Nos sentamos cerca de la estación, bajo el puente del ferrocarril.

Saqué mis ausweis y le pedí a Gienek que lo destruyera después de mi partida. Después, le di la carta.

—Con esta carta podrás defenderte, decir que no sabías nada de

todo esto…

(Se rió divertido. «No temas, no soy un pardillo…»)

En la carta pedía perdón a Gienek por haberle engañado vilmente y haberle abandonado sin despedirme. «El amor que te confesé era tan sólo una treta para conseguir el dinero para el viaje. Tuve remordimientos en el último instante, lo confieso: no te quiero, y te dejo. Me voy a Leipzig con una amiga, pero no se lo digas a nadie…»

Eran casi las cuatro, era necesario irse.

Delante de la estación, la plaza bullía de multitudes: los burgueses domingueros salían «aus Land». Sombrillas negras se extendían sobre las mesas de las cafeterías, se servían helados.

La primera oleada de viajeros nos trajo a Stefan. Estaba solo. Se aproximaba, serio, tenso. Había prometido traer a Jadwiga, pero estaba solo. El sol se apagó. Tomé la mano de Gienek:

—No puede ser… —carraspeó.

La avisté en ese mismo instante. Iban separados. Me asusté, tan cambiada estaba: el rostro martirizado, el cutis cetrino, las medias, como rosquillas en sus piernas flacas. Tengo ganas de llorar, pero no hay tiempo, ahora ya no hay tiempo para nada. Nos besamos fríamente, casi no lo hacemos.

—¿Por qué traes eso? —le grito con un susurro señalando el pequeño hatillo que llevaba en sus manos. Tengo miedo de mirarla, una palabra tierna, un gesto incauto y ambas nos derrumbaríamos. Tiene los labios cortados, los ojos brillan. Tiene fiebre.

Stefan la había llevado hasta el bosque, allí había cambiado de ropa.

Les había dado miedo subir al tren en el pueblo, así que se habían dirigido a pie, a través del bosque, hasta la estación siguiente. Llegó a duras penas.

—Él me salvó —dice Jadwiga—. Me has salvado —le dice a Stefan.

Ya no había tiempo para nada, ni para agradecimientos, ni para emociones, nos despedimos rápidamente, con prisa nerviosa, febril, con esas míseras trizas de frases como «gracias por todo, por todo, si no fuera por ti…».

Se fueron. Zweimal Bonn, bitte, dritte Klasse… Con la mano enfundada en el guante color beige confidente saqué los billetes del

platillo giratorio y le dije a Jadwiga en voz baja: «Vamos.» Subimos al tren que esperaba en el andén.

VI

Jadwiga se llamará Barbara Falenska, yo, María Walkowska. Conservamos nuestras fechas y lugares de nacimiento. No nos quedó tiempo para inventar los currículums.

***

Viajamos a pleno sol, la cortina de luz está tan tupida como la niebla; la memoria parece haber sido cegada por el resplandor. Del primer trozo del camino no ha permanecido gran cosa. La imagen de Jadwiga sentada junto a la puerta de un compartimento atestado de viajeros, y la mía, al lado de la ventana. El sombrero, visible sobre mi cabeza, seguramente ello sea debido a su gran importancia, creo firmemente que gracias al sombrero y a los guantes el cajero no ha preguntado por el ausweis. Sólo esto. Ningún punto de referencia, la memoria ciega, sorda. Después, ¿después de una hora, dos?, aparecerá en ella el río (mi memoria es sensible a los ríos) y las palabras que, al verlo, dije en alemán para mis adentros: das ist der Rhein[145]. El eco de viejas palabras sobre otro río: das ist die Ruhr.

Y después, dos civiles al lado de la escalera del túnel de la estación de Colonia donde cogimos el tren para Bonn.

(En cambio, no hay ni rastro de la catedral, y eso que debió haber pasado delante de las ventanas del tren para desaparecer enseguida, lo sé porque, muchos años después, lo comprobé.)

Dos civiles muy marcados. Permanecen de pie mirando las caras de todos los transeúntes, también la de uno muy especial, un

hombre con largas patillas. Seguramente un francés, a quien detuvieron. Y mi voz al pasar al lado de ellos, diciendo «heute ist aber schwül[146]», siento por todo mi cuerpo un sudor frío. Pronunció esmeradamente la palabra «schwül». No «schwil»: «schwü-ül», dice la profesora de alemán, deberías oír la diferencia si tienes buen oído. Fue una buena profesora, aunque severa, cateó tres veces a Iván en el examen de bachillerato y cuando después Iván se incorporó a la división SS-Galizien, ella huyó a otra ciudad temiendo su venganza. «Heute ist aber schwü-ül». Levanto la mano hacia el ala del sombrero y en esta pose desenfadada, algo artificial, que subraya el elegante detalle de mi ropa, paso al lado de los confidentes. Sus rostros joviales se grabaron en mi memoria.

Es la primera imagen completa del viaje al sur.

Cuando devolvimos los billetes en Bonn suspiré con alivio. Ahora ya nadie podía comprobar de dónde veníamos. Larga y dificultosamente (había olvidado las gafas en el tren) estudié el horario: dentro de una hora salía el tren para Frankfurt, el rumbo concordaba con nuestro plan. Enfundé los guantes, me acerqué a la caja. Distendidamente, con habilidad, modelo la voz, tampoco esta vez el cajero me exige la documentación. Después, rápidamente, abandonamos la estación; desaparecemos de la vista de los gendarmes, huimos de conversaciones y preguntas casuales.

En las cercanías de la estación hay un pequeño parque. El sol está bajo, se aproxima la hora del ordeño. Janek espera en el prado y maldice, Klotylda gritará al ver que está solo, que, sin mí, arrastra el carro con la leche y Schulz correrá a la policía… Y Stefan, estupefacto, exclamará ante la bauer las palabras acordadas: «¿Cómo no está en casa? ¿Y dónde está?» Si estaba en la cama, no tenía fuerzas para levantarse… Die verfluchte Jüdin ist weg[147], telefonea la bauer, sie ist geflohen[148]…

En la plaza ni un alma, ahora podía contarlo todo, pero las palabras surgen dificultosamente y callan muy pronto. Cada vez más silencios. La respiración de Jadwiga es pesada, calurosa, sus piernas se han enrosquillado en las medias. Dice:

—Pensé que me moría.

Permanezco sentada, sin moverme. Aparto la vista de sus flacas piernas.

El tren de Frankfurt traía dos horas de retraso, así que

regresamos a la ciudad, esta vez rumbo al centro. Dije: «Tal vez podamos ver la casa donde nació Beethoven, es la ciudad natal de Beethoven.» Pero cuando nos encontramos con las viejas callejuelas, Ludwig van Beethoven se me escapó de la memoria, quise volver a la estación lo más pronto posible, tenía miedo de que nos perdiéramos, que nos desviáramos del camino y que el tren partiera sin nosotras…

Oscurecía, el andén se hallaba vacío, faltaba una hora para la salida del tren. Los semáforos se encendían y apagaban, arreciaba el fresco viento del atardecer. Jadwiga apoyó la cabeza sobre mi hombro; hasta entonces jamás lo había hecho. Tienes que ponerte bien, le decía en mi pensamiento, debes… Un hombre y una mujer se sentaron junto a nosotras e iniciaron la conversación. Estaba claro: se aburrían, querían de este modo abreviar el tiempo de la espera, pero era necesario evitar las conversaciones, incluso las más inocentes y casuales. De repente, se extrañaron:

—El acento, tan diferente… ¿Usted no será de aquí?

—Soy de Viena.

—Ah, los valses de Viena son muy bonitos —dijo el hombre, luego abrió la funda negra que anteriormente yo había tomado por una maleta y sacó el acordeón. De pie, delante de nosotras, interpretó valses vieneses basta que el tren irrumpió en la estación.

***

El tren estaba vacío. Encontramos sin dificultad un compartimento libre. La revisora, al devolvernos los billetes, nos dijo amablemente: «Con tanto sitio, ustedes podrán descansar bien.» Corrí las cortinas de la puerta: primero había sido el Ruhr, luego el Rhin, y ahora será el Main…

Reí en voz alta, Jadwiga estaba ya dormida. Decidí estar alerta para no dormirme y no dejarme sorprender, pero fui también presa del sueño. Me desperté con dificultad. Jadwiga estaba sentada, muy pálida. Pensé que la fiebre le había bajado durante el sueño. «Péinate —le dije—, limpiate las uñas.»

Mirándonos en la negra ventana, peinábamos los cabellos revueltos. Llegamos a las cuatro de la mañana. La estación parecía

muerta, sombría, enorme, el vacío y la luz opaca aún potenciaban más sus dimensiones. La gente se apresuraba hacia la salida, desaparecía, la sala se vació. Nadie venía, nadie partía, nadie, excepto nosotras, esperaba un tren, estábamos visibles, como en un escenario. Era necesario irse lo más pronto posible, en el próximo tren, pero era una hora muerta y el tren más cercano partía al alba.

Compré los billetes para justificar a estas horas nuestra presencia en la estación. El somnoliento cajero me miró de forma enojada; todavía nadie sacaba los billetes.

Bajamos al servicio por unas escalentas, creí que allí estaríamos más seguras que en la sala vacía. Permanecimos durante un largo rato sentadas sobre el terciopelo granate, entre espejos resplandecientes que reflejaban nuestras caras y nuestras figuras. En las tuberías susurraba un fino chorro de agua. El lugar era recogido y confortable, el sofá, de terciopelo mullido, pero no podía soportar la obstinada presencia de nuestras figuras en el espejo, la imitación de nuestros propios gestos y rictus. Esto me irritaba. Volvimos al gran ala, todavía desierta, y nos sentamos en un banco poco visible, situado al margen. Por lo visto me dormí porque, de repente, me di cuenta de que no estábamos solas. A nuestro lado había dos chicos jóvenes, estaban sentados, con las cabezas recostadas sobre el pecho, pero no dormían: traté de adivinar sus pensamientos… los mismos que los nuestros: Schutzmann, Ausweis, tren… Un silbido interrumpió el silencio. Se estremecieron, uno sucumbió a los nervios, se levantó de un salto. Su cara lo decía todo y su cutis cetrino testimoniaba los nabos del lager. El otro lo agarró de la mano, oí un claro murmullo: todavía no es el nuestro. Eran rusos. Nos miraron. ¿Nos habían oído? En sus miradas adiviné las nuestras, había en ellas inseguridad, miedo, esperanza.

Pero enseguida fue necesario levantarse y salir.

En el instante en que abandonábamos la sala surgió ante nosotras la figura de un gendarme. Ausweis bitte[149]. Su voz parecía llegar desde lejos, a través de un rumor repentino en los oídos, las piernas se volvieron blandas. ¿Quién me susurraba esas palabras? ¿Era consciente de ellas? No sé, no sé… Ach so was[150], oí mi propia voz, también desde lejos, alterada, algo irónica: schon wieder[151]?. ¿Cuántas veces en una hora he de presentar mis documentos? ¿Por quién nos toma? Mein Mann ist an der

front[152]!. ¿Podría indicarnos amablemente dónde está la sala de espera…? Viajamos desde Lübeck a Heidelberg y estamos muy cansadas, ganz erschöpft… Und die Dame —indiqué a Jadwiga— fühlt sich so elend[153].

Las palabras fluyen llana, naturalmente, como si hubiera hablado exclusivamente alemán toda mi vida. ¿Quién me había susurrado ese tono de persona ofendida, más tranquila, segura de tener razón…? No sé, no sé…

—Creí que te habías vuelto loca —Jadwiga ahogaba dificultosamente su risa nerviosa—. Mein Mann ist an der front.

Estábamos ocultas detrás de una enorme caja, en uno de los pasillos laterales. ¿Quizá de veras me había vuelto loca?

El gendarme, cumpliendo mi deseo, nos llevó a la sala de espera. Tras esperar un instante, huimos de allí temiendo que se lo pensara y volviera. Ocultas detrás de la caja tapábamos las bocas con las manos para ocultar la risa que nos sacudía, la risa que no éramos capaces de contener.

VII

Paseamos por esta bella ciudad, por la orilla del río, durante todo el día, desde la mañana hasta la noche, con una pausa para echar una cabezada y, al anochecer, regresamos a dormir a la Colina. Paseamos primero al sol, luego, en la lluvia, y a ratos —cuando el sol brillaba— resultaba verdaderamente así, como si hubiéramos venido hasta allí para visitar esta preciosa ciudad.

La ciudad nos gustó muchísimo ya desde un primer momento, a simple vista, cuando, detenidas en la plazoleta, delante de la estación, aún no la habíamos conocido: veíamos tan sólo una calle, sombreada, arbolada, cuyo asfalto y los árboles estaban húmedos de rocío nocturno; era, pues, de madrugada y el rocío todavía no se había evaporado. Pero, sin ver la ciudad, sentía que era distinta a las del norte, el aire aquí era distinto, suave y muy puro y, lo más importante, muy dulce; la brisa, cálida. En el momento de la llegada le dije a Jadwiga que aún se llamaba así, pero que iba a transformarse en Bárbara.

—Ves, sabía que sería bonito y por eso elegí esta ciudad —y ella me miró extrañada, con la misma mirada de entonces, cuando le pregunté si le gustaba mi sombrero. Y seguí hablando, que era una ciudad famosa por su vieja universidad y sus viñedos, y también por el río alabado en canciones populares. «Ahora —le decía— lo veremos todo, la universidad, el río, los viñedos, la Colina…»

—¿Acaso también nació aquí algún Beethoven? —preguntó Jadwiga (aún no la llamaba Bárbara)… así que comprendí… basta de embelesamientos. Recordé que estaba enferma. Callé pero no me desprendí de la sonrisa porque, durante todo el viaje, era necesario sonreír y mantener una expresión despejada.

Seguimos con paso de excursión por una calle ancha y sombreada. Jadwiga taconeaba sonoramente con sus zapatos demasiado grandes y su compás me ponía muy nerviosa, me recordaba a Adam y nuestro último encuentro en el parque. «¿No te dan pena esos zapatos nuevos con toda esta lluvia? —preguntó—. Eres extraña, no te pareces a otras muchachas…». Preferí no recordar ese momento. También me irritaba el hatillo que Jadwiga portaba bajo el brazo, sus zapatitos con cordones que llevaba no se sabía por qué; sabía asimismo que tenía puestos dos vestidos y tres enaguas (podía permitírselo, estaba muy flaca) y eso también me sacaba de quicio. Aunque me daba cuenta de que no eran los zapatitos ni las enaguas la verdadera razón de mi rabia, no dejé de estar enfadada, así que el comienzo de nuestro paseo transcurrió en medio de un silencio malicioso, desfavorable…

Sólo cuando miré el rostro de Jadwiga mi enfado se volatilizó sin dejar rastro, lo que resultó aún peor, ya que cedió paso a la ternura cuando por nada del mundo debíamos enternecernos ni ablandarnos. Le dije: «Iremos a la Colina, descansaremos, pensaremos…» Contestó: «Bien», en tono obediente; estaba de acuerdo en todo, tenía fiebre muy alta, se mostraba apática.

Caminábamos por una calle vacía, entre el verdor húmedo de los árboles, al sol matinal, pasando al lado de fachadas de casas dormidas. Sentía cómo, a cada paso que daba, la fatiga se desprendía de mí, me alegraba la mañana silenciosa, la soledad protectora de las calles… Incluso recordé un lejanísimo paseo matinal, y el recuerdo resultó tan repentino y nítido que la calle por la que caminábamos me pareció aquella calle y el momento actual aquel momento.

Me tranquilicé un poco, subíamos una cuesta, es decir, íbamos por el buen camino. Jadwiga explicaba, musitando, por qué no quería separarse de sus zapatitos, por qué los había llevado consigo; tenía las mejillas llameantes, la respiración caliente. La calle, hasta entonces vacía, se iba poblando poco a poco; de las casas salían, con paso serio, hombres muy solemnes y erguidos con trajes oscuros de fiesta, sus respetables señoras con sombreros y guantes y sus niños rollizos con calcetines hasta la rodilla, andando todos con dignidad y unción. En el silencio de la mañana irrumpió la pesada nota de la campana, primero una, luego muchas más y, de repente, ya no hubo

silencio, sólo un campaneo elevado y sonoro. Las acacias despedían su aroma, la brisa soplaba ligerísima, seguramente desde el río, y las casas situadas en esta calle empinada perdían poco a poco el carácter urbano, se escondían entre los arbustos y las flores de los cuidados jardines. Después ya no había casas, sólo el verdor a ambos lados del camino. Una de las curvas descubrió el horizonte y entonces vimos la ciudad. Era más bella de lo que había supuesto. Se desplegaba a nuestros pies, en un ancho valle, estrechamente agolpado en el centro, que descendía hacia el río abrochado con la hebilla del viejo puente. En la orilla contraria se alzaban colinas boscosas; de ellas la ciudad tomaba su verdor. Abajo, a los pies de las colinas, florecían blancos árboles frutales.

—Ves… Ves… —le susurraba a Jadwiga como si fuera mérito mío la belleza de esa ciudad que se extendía silenciosa y apacible en lo hondo del verde valle, junto al gran río verde. Me olvidé de todo y me torné también delicada y silenciosa, entrecerré los ojos: el aire llevaba el aroma de las flores. Fue un instante muy breve, muy doloroso a pesar de su placidez. Al abrir los ojos vi el perfil de Jadwiga sobre un fondo de colinas verdes y árboles de blanco florecer, su cara ardiente, abrasadora y las manchas en su abrigo de colegiala con tonos azul marino. «Dejemos de momento los zapatitos entre los arbustos», le dije, y retomamos el camino hacia lo alto, siguiendo el sendero forestal cubierto por las raíces de los árboles.

Nos sentamos en un lugar apartado, sobre el tronco de un árbol caído. La hierba era mullida, abundante, el sol se filtraba a duras penas entre los arbustos frondosos. Saqué del bolsillo una cajita plana, metálica, regalo de Gienek. Aún contenía dos cigarrillos. Jadwiga aconsejó que los conservásemos para más tarde, para la hora difícil, pero yo tenía muchas ganas de fumar. El cigarrillo no me supo bien, pensé todo el tiempo que sería el último. Fumé despacio, retrasando el momento de la decisión.

Jadwiga sacó del bolso un peine e inició la caza de aquellos piojos que, desde los tiempos del campo, nos acompañaban sin que pudiéramos desprendernos de ellos; callábamos. Miraba sus mejillas rojas, sus labios cortados, quería decirle algo bueno, pero no lo dije, miraba cómo buscaba los piojos hasta que, al fin, grité que lo dejara. ¿Para qué? Si de todos modos no sabíamos qué podía

ocurrir… Guardó el peine en el bolsillo de su abrigo de colegiala.

Humedecimos el pañuelo de mano en el rocío, lavamos las caras, los cuellos, las manos. Los sombreros y los guantes yacían en la hierba. Estábamos listas y no podíamos aplazar más la tarea de inventar los expedientes y elaborar el plan de viaje. Jadwiga envolvió las rodillas con los brazos y espero a que yo dijera algo. Las venas se hincharon en sus manos, manos de mujer vieja, también las mías eran así. Las campanas, que hasta entonces habían resonado, callaron, el silencio se hizo completo, sólo en los matorrales silbaban a veces los pájaros.

—Los muchachos vuelven del campo —dijo Jadwiga, y yo, a causa de sus palabras, vi la cara roja y curtida de Gienek—. No sabía que eras tan valiente —rió divertida. En absoluto era valiente, estaba llena de miedo, pero el recuerdo de sus palabras me dio energía.

—Huimos de una fábrica bombardeada —dije—. Nuestros documentos ardieron durante el bombardeo. Queremos trabajar para un bauer, las bombas nos dan pánico. Esta fábrica podría estar en Wuppertal, por ejemplo, o en Düsseldorf.

—Sé por Stefan que en Dortmund se quemó el Arbeitsamt. Él consideraba que debíamos tenerlo en cuenta…

—Así pues, huimos de Dortmund. Si era cierto que el Arbeitsamt había sido bombardeado no podrían comprobar los documentos. Era una fábrica de municiones, no sabemos cómo se llamaba, somos unas palurdas campesinas… estuvimos allí seis meses…

Gracias a nuestra experiencia y a nuestra práctica despachamos sin dificultad el pasado de Bárbara y María: las situamos en el campo, en una familia campesina. Bárbara había perdido a sus padres, María había sido rechazada por su padre, un guardabarreras muy influido por una madrastra desalmada. Pero esto era tan sólo el prólogo. ¿Qué más? ¿Cómo dirigir los destinos de unas muchachas que habían huido de un campo cercano a una fábrica de Dortmund? ¿Cuándo y dónde ir? ¿Ir? ¿Y la ciudad, y el río? ¿Viñedos? No, decididamente no quería pensar en la posibilidad de marcharnos de allí, no quería renunciar a esta ciudad, su imagen había despertado en mí hambre de belleza. En Waldwiesen corría al jardín muy temprano por la mañana, contemplaba las delicadas flores, rosadas, del albaricoque…

Jamás hasta entonces había sido tan sensible a la belleza de la naturaleza. Fenómenos otrora naturales me producían ahora un nudo en la garganta, o esa sensación de dolorosa dulzura que experimenté hacía un momento, cuando en un recodo del camino descubrí la ciudad. Era demasiado bella como para abandonarla inmediatamente. Aún tenemos tiempo hasta la llegada de la noche. Que este día que no pertenecía a Jadwiga ni a Joanna no pertenezca aún a Bárbara ni a María. Que sea un día de seres sin nombre, no registrados en ningún fichero, no existentes.

—Por la noche decidiremos qué hacer —dije—. ¿Y si no vamos más lejos…? Podríamos quedarnos aquí… ¿Cuántos kilómetros hemos hecho? ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos? ¡Quizá sea suficiente!

—¿Cómo? —se asustó Jadwiga—, decías que cuanto más lejos mejor y querías ir hasta el final, a los alrededores del lago, junto a la frontera…

Quería y sigo queriendo —pensé—. Tienes razón. Solamente jugueteo con la idea de quedarnos entre las bellas colinas, al lado del gran río verde; sería agradable quedarse, el nombre de esta ciudad está saturado de aromas, trae a la mente mirtillos silvestres y bosques, me gustan los nombres de ciudades que suenan bien, pero sé que por la noche seguiremos el viaje. Hasta el final, como dice Jadwiga-Bárbara, porque cuánto más lejos más seguro.

Pero de momento, no quiero pensar en eso. Lo que significan esos Schutzmann en extrañas estaciones, con sus sombrías, opacas salas, con las ventanillas de las cajas, los grandes tableros donde elegiremos al azar un rumbo y una hora de partida, ese momento en el que habrá que pronunciar con acento impecable, casi con soltura, el nombre de la estación y, después, con la mano enfundada en un guante que oculta la aspereza de la piel y el dedo vendado, ennegrecido por el exceso de patatas peladas, recoger del platito de estaño los cartoncillos de los billetes. Y, sobre todo, las miradas de la gente en el compartimento de ese tren que a cada kilómetro que cubre nos aproxima al nacimiento real de Bárbara y María, es decir, a ese instante en el que, preguntadas por nuestro nombre, lo pronunciaremos en voz alta, inapelablemente.

No quise pensar en ello y por eso dije: tenemos tiempo hasta la noche. Era como una oferta de vacaciones. La contracción de inquietud abandonó el rostro de Jadwiga, su cara se alisó con alivio.

Ocultamos los zapatitos en los matorrales y, por el mismo camino que nos había conducido hasta allí, volvimos a la ciudad con paso enérgico, la sonrisa en los labios, murmurando en voz baja «Es geht alles vorüber, es geht alles vorbei[154]», como entonces, cuando Marysia-Anna estaba con nosotras.

De nuevo, destelló el río en la curva y las colinas; una postal en color. Canoas y barcas se deslizaban por el río, por la mañana verde y esponjosa y, ahora, azul.

Esta imagen de la ciudad era ciertamente falsa. La miraba como una ciudad vacía, exenta de respiraciones humanas, de sonidos de conversaciones; borraba la existencia de sus habitantes, pero aceptaba este conocimiento parcial de la ciudad, incompleto, me daba cuenta de que, ya pronto, se completaría involuntariamente y que en esos instantes de fatiga y desesperación repentina que me eran tan familiares y que solían suceder al finalizar el día, el embelesamiento cedería paso al odio y la alegría a la tristeza.

Pero de momento no me molestaban esas gentes que llenaban multitudinariamente las aceras, las mismas a quienes habíamos visto por la mañana apresurarse a la iglesia y que ahora formaban tumulto, paseando lenta y solemnemente en día de fiesta, y el sonido de su voz tenía otra melodía, más suave que la del norte, exenta del ladrido amenazador que allí tanto atemorizaba. Las mujeres, sin sombra de pintalabios, peinadas minuciosamente en pequeñas ondas, dejaban detrás de sí franjas de perfume. El calzado me dejaba estupefacta: pulido como un espejo, resplandeciente.

Jadwiga quería beber, buscábamos un quiosco, algo más seguro que la cafetería, pero en esta calle hormigueante no había quioscos, sólo mesitas con sombrillas desplegadas, así que nos adentramos en la ciudad, en las silenciosas calles laterales donde reinaba el silencio y el vacío. Un viejecillo con un abrigo pasado de moda llevaba, atado con correa, a un perro salchicha. Ambos desaparecieron en el portal de una vieja casa.

Nos sonrió una mujer que llevaba un bebé en el cochecito, es decir —pensé— tenemos un aspecto decente. Las tiendas estaban cerradas. Jadwiga musitaba:

—No quiero ver nada, quiero beber, beber.

Llegamos hasta una plazoleta inclinada que bajaba hacia el río, descendimos a la orilla. La ciudad y la colina que sobre ella reinaba

se habían encogido, las casas se habían amontonado unas encima de otras, parecía ahora una pequeña ciudad apretada y aplastada contra el muro de verdor. Las canoas, las lanchas a motor y las barcas, se deslizaban por el río azul mientras la procesión de aquellos hombres y mujeres que nada me importaban caminaba por el bulevar, junto al río… no sentía ningún miedo, sólo había en mí una risita tácita, truhanesca; henos aquí a nosotras dos, paseando entre vosotros, al lado de vuestro río, como si tal cosa, y en Waldwiesen Klotylda pregunta al marido:

—Hat man sie schon erwischt, diese Jüdinen[155]?.

—Sei ruhig —le contesta Schulz— man wird sie schon erwischen, hab keine Angst[156]….

Noch immer keine Angst[157]!. Es un ambiente parasitario y pérfido, pero, hasta esta noche, estamos de vacaciones. Precisamente, ha arribado un barquito al embarcadero; en el bolso, además de la media herradura, los treinta marcos bastarán para el paseo y el viaje. Delante de nosotras una mujer joven con un chiquillo de tres años. «Mira Hansi, qué lancha más bonita. Hansi mira qué canoa más rápida…» El niño, con su trajecito de marinero con botones dorados, el niño inocente, pero también él a lo mejor dice: unser Führer y Heil Hitler[158]; en los ojos de su madre, no mucho mayor que yo, una quietud tierna, placentera, se ha dado cuenta de que la observaba y ya está ella dispuesta a charlar, después de su baño del domingo, fresca; maldición, lo mejor hubiera sido no haberse metido entre la gente… Avisto un destello de horror en los ojos de la mujer y oigo su grito. Tranquilidad, sólo tranquilidad… Jadwiga, arrodillada en el suelo, bebe agua del río. Así beben los animales sedientos. Agarro su mano: está ardiendo. Hedwig, Hedwig ist dir schlecht geworden? Steh auf Hedwig, wir gehen nach Hause, du bist noch zu schwach… komm Hedwig, komm[159]…. Retahila de palabras veloces, parlotear, no permitir preguntas, convencerles de que se trata de un desmayo, que no bebía…

La levanto del suelo, la protejo con el brazo, nach Hause, nach Hause…

La gente se aparta de nosotras, es ist ihr schlecht geworden, danke, schon alles in Ordnung[160]…. Algunas carcajadas, algunas miradas fijas, alerta. El fin del viaje, el fin… Pronto se oirá una voz

fría, educada:

—Ausweis bitte…

—No te enfades…

—Calla, no digas nada…

Nadie se ha acercado. Por suerte, les falta imaginación, no creyeron que ella fuera capaz de beber agua del río en un claro día festivo. Simplemente, se ha desmayado, es ist ihr schlecht geworden[161]….

—No te enfades.

—No. Iremos enseguida a una cafetería. Tienes que beber…

—No quiero ir a la cafetería. Tengo miedo. Quiero dormir.

—En la otra orilla hay un bosque. Allí dormiremos. Todo pasará…

—¿Nadie nos sigue?

—Nadie.

—¿Qué pasará si me muero por el camino?

—Eres idiota. Dormirás, te pondrás bien.

A la entrada del puente topamos por primera vez con un quiosco de bebidas. Jadwiga bebió dos botellas de cerveza, no tenían agua con gas. La mujer que lo vendía nos observaba favorablemente, aunque con demasiada obstinación. Nos alejamos con paso rápido.

***

Tumbadas entre la hierba crecida, entre los cerezos en flor. Huele de maravilla. Entre las ramas, trasluce abajo el río; desde el sendero llegan risas y fragmentos de conversaciones. Los grillos cantan. Zumba el afilar de una guadaña. Es mediodía, el sol en pleno florecimiento. Jadwiga duerme. Se ha dormido de inmediato, respira pesadamente, tiene la cara hinchada. Debería estar en el hospital, está muy enferma. Pero tiene que ponerse bien, porque no hay otro remedio. Se pondrá bien, se pondrá bien, repito sin parar. No creo en los conjuros, pero ahora conjuro.

Debimos haber huido inmediatamente después de que volviera a Anka la carta escrita a Paulina con la inscripción «zur Zeit Gestapo». Eine Jüdin, das ist eine Jüdin[162]. María… Iremos hasta abajo del todo, el lago se llama Bodensee, yo me llamo María Walkowska y

Jadwiga…

Me despertó la lluvia. Caía diminuta, susurrante, primaveral. Me sobresalté, cubrí los sombreros con el abrigo. Jadwiga ya no dormía. Estaba sentada de espaldas hacia mí.

—¿Estás mejor?

—Mejor. Siento hambre por primera vez en las dos últimas semanas. La cerveza me ha ayudado… Estoy comiendo carne…

—¿Qué dices?, ¿qué carne?

—Stefan me dio una conserva para el camino. La tenía en el bolsillo del abrigo… no te lo dije… me habrías gritado… Hice un corte con una piedra afilada y saqué la carne con un palito. Salada, pero buena…

—Tírala ahora mismo… Dos semanas de ayuno, fiebre… y ahora carne para el estómago vacío… Tírala… Luego, beberás de nuevo agua del río…

—No la tiraré, da pena… Es buena carne, tú también la comerás…

—Iremos a comer, pero tira esa porquería…

Le arrebaté la conserva de la mano, la arroje a los matorrales.

—Recógete, llueve, volvemos a la ciudad…

Volvimos por el puente, pero en lugar de encaminarnos hacia el centro empezamos a alejarnos en dirección opuesta. Caía una lluvia fina, el río se había tornado gris, la orilla se había quedado vacía. «En las afueras —pensé— encontraremos una posada, descansaremos un poco, volveremos a la ciudad, pasearemos hasta el anochecer y, después, subiremos en un tren que nos llevará al sur.» Me reconfortó mucho una cabezadita en la hierba y aún más reconfortante resultó pensar que Jadwiga estaba mejorando. Únicamente me guardaba de pensar en el día de mañana —sentía su peso en mí—, sabía que no podía permitir que me dominara, que tenía que concentrarme sólo en el momento que estaba, que no podía adelantarme.

Empujamos la verja provista de una ingeniosa aldaba y entramos en una posada situada en una amplia casa cubierta herméticamente con vides. En su interior sombrío, bajo el techo de madera tallada, se atareaban gráciles y espigadas camareras con vestidos negros y minúsculos delantales blancos. La sala estaba llena. Sobre las mesas enrojecía el vino en las copas, un humo aromático hacía volutas en

el aire. No era ningún Wirtschaft, sino un elegante restaurante enmascarado tras su apariencia campesina. La única mesa libre, algo más grande que las demás, se hallaba en medio de la sala. Nos sentamos. Me quité el abrigo húmedo, lo eché despreocupadamente sobre los hombros, miré en derredor. Muchos militares, caras sonrosadas, risas en voz alta. La camarera surgió delante sin el menor ruido, elegante en blanco y negro, miré sus manos, cuidadas y blancas y oculté las mías bajo el abrigo.

—Fleisch, bitte[163]….

Fue Jadwiga quien lo dijo, Jadwiga quien, durante todo el viaje, había callado, disimulado no haber oído, estar dormida, tenía miedo de pronunciar palabras en su idioma, ahora, de repente, exigía la carne que había de comprar con bonos de racionamiento. No piensa en otra cosa, tiene que comer algo.

—Was für Fleisch wünschen sie[164]?

La voz de la camarera era extremadamente cordial, apenas se percibía una nota de ironía.

—Was würden sie, uns empfehlen[165]? —me adelanto, abro el bolso y primero tranquilamente, después con impaciencia, busco en él los bonos de racionamiento.

—So etwas!…[166] Olvidamos nuestros bonos en casa.

Las blancas y cuidadas manos extendidas en un gesto de impotencia, una rápida mirada de Jadwiga: tengo que comer.

—Entonces, comeremos algo que pueda adquirirse sin bonos.

—Kartoffelsalat[167]?

En la sonrisa, ya hay un desprecio disimulado.

—Por favor. Dos raciones.

Al ver las patatas con cebolla Jadwiga controla dificultosamente la avidez y el temblor de sus manos. ¡La primera comida desde hace diez días! Comeríamos gustosas otra ración más, pero tememos poner en evidencia cuán grande es nuestro apetito.

Pagamos a la camarera, quien ya nos ignora claramente, y salimos de la sala. En ese mismo instante se levanta de su mesa un hombre con uniforme militar, sale detrás de nosotras. Quizá desee respirar aire fresco, quizá… Caminamos con paso lento, nos detenemos, abotonamos los abrigos.

—Recuerda que hemos huido de D. —le digo a Jadwiga en un susurro. El militar nos mira, nos separan de él unos metros.

—Und jetzt schnell nach Hause[168] —digo en voz alta; sin embargo, no apresuramos el paso, nos alejamos tranquilamente.

Se hizo rápidamente de noche y a esta hora, al anochecer, la ciudad parecía distinta. Semejaba una ciudad cualquiera en medio de un día nublado, lluvioso. Brillaban los letreros luminosos y los escaparates, la gente entraba y salía de las casas, restaurantes y cafeterías, sobre la entrada del cine colgaba el enorme perfil de Christine Söderbaum.

Caminábamos sin rumbo fijo, aquí y allá; el cansancio, cada vez mayor, se apoderaba de nosotras y, siempre, regresábamos al lado del río para descansar en paz. La orilla estaba vacía, silenciosa. Allí permanecíamos, hablando apenas, sin decir ni una palabra de cosas importantes, la Colina a nuestras espaldas, nuestra
semi-casa
en esta urbe, la Colina con los zapatitos de Jadwiga escondidos en sus frondosidades.

El que volviera el chaparrón nos empujó a una heladería (comimos helados de frambuesa, dulces como caramelos), y allí vi nuestras caras reflejadas en un espejo. Todavía no despertaban sospechas, pero, al mirarlas, me decía en el alma: hemos de irnos inmediatamente, caminar toda la noche hasta encontrarnos por la mañana en los alrededores del lago, cerca de la frontera. Un muchacho joven y alegre preguntó: «Was machen Sie heute Abend, Fraülein, wollen wir ins Kino gehen? Komm[169]».

Cogí a Jadwiga, salimos a la calle. Corrían arroyos por las aceras, huía la gente hundiendo sus cabezas entre los hombros, corría hacia sus casas secas y calientes, hacia la lámpara sobre la mesa, hacia los libros de la biblioteca…

Ahora había llegado el instante del ocaso del día, ese difícil momento ante el cual no debíamos sucumbir.

Caminábamos más y más despacio rumbo a la estación, con creciente fatiga. «Mira —me decía— es una ciudad verdaderamente bonita, incluso ahora, con lluvia, en la oscuridad, es más bella que las demás.» Pero las palabras sonaban huecas, no sentía otra cosa que cansancio. Tan sólo en la plaza, delante de la estación, se dio cuenta Jadwiga hacia dónde íbamos. «¿Y los zapatitos?», preguntó con tanto miedo, aterrorizada, que me detuve sin saber qué era mejor, si volver a la Colina o irnos inmediatamente. Pensé en la

penumbrosa sala de la estación y me vi ante el horario de trenes, arrugando los ojos despojados de sus lentes, acercándome a la caja… «Volvemos a la Colina», dije. Emprendimos el mismo camino que por la mañana y como prueba de que la decisión tomada era justa, la lluvia cesó de repente y las acacias volvieron a desprender su aroma.

Subíamos la cuesta: primero Jadwiga, flaca, encorvada, tambaleándose sobre los tacones de sus zapatos, demasiado grandes. Parecía una mujer vieja. La ciudad se desplomaba en cada recodo del camino ascendente, se sumía en la niebla y la oscuridad. El anochecer y la niebla habían transformado la Colina, casi no la reconocíamos y nos resultaba difícil hallar el lugar en el que Jadwiga había escondido sus zapatos. Le decía «déjalos, para qué los quieres», pero no quería ceder, explicaba con voz jadeante que tenía que encontrarlos, que no los dejaría entre los matorrales, hablaba de ellos como si se tratara de un niño y me suplicó que cerrase los ojos, como hice aquel día en el bosque cuando habíamos perdido el camino, cuando todavía Marysia-Anna estaba con nosotras.

Así que le hice caso, me detuve, cerré los ojos y reconstruí en la mente el camino que se dirigía a los matorrales, la hierba estaba húmeda, los zapatitos resbaladizos y blandos. Ni siquiera fue posible envolverlos, el periódico se deshizo entre los dedos como una telaraña, pero a Jadwiga eso no le preocupó, guardó los zapatos bajo el abrigo (como si fuera un cachorro) y los llevó así.

Habíamos llegado a lo alto y seguíamos sin encontrar un buen lugar para dormir. Me senté, pues, en un banco, no me apetecía seguir andando, me sumí muy pronto en un sueño muy superficial, controlado por la conciencia; sabía que estaba durmiendo y que tenía la boca abierta, y también que estaba muy mal, que no quería seguir andando ni buscar sitio para dormir; lo peor, lo más peligroso, es cuando una no tiene ganas de nada, pero no podía remediarlo y no conseguía despertarme. Oía la voz de Jadwiga que me decía: «Joanna, despierta, no te duermas», una voz llena de temor por mi sueño tan súbito y mi boca abierta. Finalmente, sacudió mi brazo. Abrí los ojos y vi un rostro ajeno inclinado sobre mí. Era el rostro de Jadwiga bañado en lágrimas.

—No llores —dije.

—No lloro, es la lluvia.

Este sueño, breve y superficial, me alivió mucho, salté del banco y muy pronto encontré sitio para dormir bajo un tejado de espesas ramas. Ordené a Jadwiga que se quitara el abrigo, yo hice lo mismo. Con el suyo tapamos los sombreros, el mío, tan ancho, bastó para taparnos a las dos.

Me levanté una vez más buscando con la mirada las luces de la ciudad que yacía a nuestros pies. Eran invisibles, se habían fundido en la niebla. Tampoco había pájaros, los había espantado esa lluvia que de nuevo se había agudizado y caía ahora en forma de una punzante ráfaga sacudida por el viento.

***

Me despertó el sol. Examiné inmediatamente los sombreros, estaban secos, el abrigo los había protegido de la lluvia. Me puse el sombrero, saqué un espejo del bolso. Me miré un instante. El color tostado me iba bien, el manojo de flores campestres abrochado en el ala tenía un aspecto fresco y alegre. «Zweimal bitte, dritte Klasse[170]», dije y sonreí al espejo. Después, me quité el sombrero, lavé mi cara con hojas húmedas y desperté a Jadwiga. Exclamé: «Bárbara, levántate», pronuncié por primera vez su nuevo nombre, el tercero consecutivo; desde ese momento ya era Bárbara, Jadwiga había dejado de existir. También Joanna había dejado de existir, su lugar había sido ocupado por María. (Tomamos y rechazamos nombres, componemos y cambiamos los curriculum, creamos personajes inéditos y, en el acto de creación, poseemos sobre ellos un poder y una libertad absoluta, nosotras, las verdaderas, nosotras, nuestros propios dobles.)

Sobre la ciudad, el cielo pálido y el pálido sol después de la lluvia. No me detengo en la curva, no contemplo las colinas y el río, aunque, ciertamente, son preciosos a la luz matinal. No me interesa ya esta ciudad.

«Zweimal Karlsruhe, dritte Klasse», y una sonrisa. Zweimal Kausruh?, pregunta la cajera. Pronto me dirá el panadero que Karlsruhe, cada fonema por separado, Karls y Ruhe, hochdeutsch[171] es pronunciado sólo por los extranjeros y, antes,

así lo pronunciaban también los judíos, ésos a quienes el Führer ha enviado al seno de Abraham. (Pero… pero… qué dices, los ha mandado a América, añadirá asustada la panadera.) Los demás lo pronuncian con soltura, en su dialecto, Kausruh, me percaté enseguida que había cometido una falta, la mirada de la cajera se detuvo en el ala del sombrero, después, cayó sobre los guantes de piel.

—Bitte…

A hora tan temprana el tren aún está vacío. Mecánicamente, sin palabras, se repite la misma situación. Bárbara se tapa con el abrigo y finge dormir, yo, frente a ella, erguida, con las manos en las rodillas, mirando por la ventana. Voces en el andén: «hajo, hajo, geschta… hajo…» El hajo suena tan alegre como el reclamo a las vacas, pero «geschta» me llena de miedo. ¿Acaso se trate de una palabra carente de terminación? «… hajo, geschta stark geregnet…», esta palabra, en el dialecto local, significa «ayer». Ayer llovió mucho, hajo, hajo, que alegría, tienes una imaginación retorcida, decía Stefa en el campo.

Dentro de tres horas entraremos en Kausruh. ¿Cómo será la ciudad? ¿Cumplirá la promesa contenida en el nombre? Ruhe. Ruhe, du bist die Ruh[172]… Por eso la elegimos entre todas las situadas camino del lago, porque promete tranquilidad. ¿Qué diría Marysia-Anka si estuviera ahora con nosotras? ¿Le habría gustado ese nombre? A Anka no le agradaba el pintoresco nombre de Iserlohn, prefería el estridente Arnsberg, pero a mí me repelían las consonantes rns acumuladas, paradas debajo del indicador, la noche oscura, escucha: Iserlohn se asocia con los prados. ¿Qué pasa con Anka? ¿Dónde ha huido? Primero éramos seis, luego tres, ahora somos dos… el tren inicia la marcha silenciosa, suavemente, leve chirriar de los vagones y una ligera contracción en la garganta y el estómago, siempre la misma, Ruhe, Ruhe, tranquilidad…

Una mujer mayor, con una cinta de terciopelo alrededor del cuello, la cabeza cana, un anillo en el dedo. ¿Anillo familiar o regalo del hijo que está en el Ostfront[173]? ¡Tonterías! Así no se debe, hay que responder a la sonrisa levemente, con frialdad, las conversaciones no son aconsejables. El ojo de Bárbara asoma bajo el abrigo, señala: no estoy dormida, estoy alerta, veo y oigo todo, estoy dispuesta, en cualquier momento. Aquella mujer del tren

nocturno era más joven, también iba de negro, ahora hay muchas mujeres de negro, muchos anillos caros sobre los dedos y costosas pieles, unsere tapfere soldaten[174], en los periódicos páginas enteras für Führer und Vaterland gefallen[175].

—Encantada.

El ojo inquieto de Bárbara detrás de la manga. La mujer con la cinta de terciopelo en el cuello dice que me parezco a su hija. Sonrisa. Su hija tiene el cabello muy parecido, claro, rubio ceniza y la misma belleza nórdica. Gross, hell und schlank[176]. En el campo estaba como un palillo, pero ahora, después de las comidas de Klotylda, soy una nórdica delgada. Su hija vendrá pronto de permiso, la echa mucho de menos, le recuerdo a su hija, por eso me mira así. Corazón de madre. ¿Sería su hijo aquél que arrancó el anillo del dedo de mi agonizante madre? Tonterías. Mi madre murió al darme a luz. Leokadia Walkowska, de soltera Wiecek. Mi padre se volvió alcohólico tras su muerte y se casó con Waclava Piekarska, el padre bebía, la madrastra pegaba, tuve una infancia pésima, una mala juventud, preferí irme a trabajar duramente, yo, María Walecka. ¿Qué preguntaba la madre de la hija que se me parecía? No me llegué a enterar, ocupada como estaba con la familia del guardabarreras de Bobrka. El ojo de Bárbara, señala: cuidado. Bárbara ha oído la pregunta de esa «baba[177]». ¿Baba? Mal. Es mi compatriota, no debería decir de ella que es una «baba». Te has olvidado: en este momento no eres María Walkowska sino ein deutsches Mädchen[178]. Cómo has podido… Ein braves deutsches Mädchen[179]. La señora mayor me pregunta qué tengo en el dedo. «Me corté en la fábrica…» «¡Ah!, ¿trabaja usted en una fábrica in einen Rüstungsbetrieb?»[180] «Ja, ja», y una sonrisa. El dedo tiene heridas que me he hecho mientras pelaba montañas de patatas en la cocina de Klotylda Schulz, ja, ja… in einen Rüstungsbetrieb… Está encantada. Ambas estamos encantadas. ¡Nuestras bravas muchachas! Mi hija, antes de ir al este, trabajaba también en una fábrica de armas… La conversación había ido un poco demasiado lejos… Miro por la ventana, verde y verde, bello país de tierra fértil, de paisajes verdes, ein schönes Land, ein tapferes Land, heil, heil, Bitte[181]? Pregunta si le permitiré ajustar la venda en mi dedo; se ha desatado, quisiera de este modo servir a una valiente muchacha parecida a su hija. La venda está sucia, sus extremos cuelgan

penosamente. Antes de huir me acordé de poner el vendaje en el dedo de la brava muchacha alemana, porque en los tiempos actuales, en las valientes casas alemanas, los extranjeros salvajes del este pelan patatas, pero ayer, en la Colina, se me olvidó cambiarlo por otro, limpio y cuidadosamente ajustado. ¿Qué pensará la madre alemana al ver mi dedo ennegrecido, cortado por una navaja? Ah, nein, gracias, no hace falta… yo sola… pero he aquí mi mano en sus dedos secos, el anillo derrocha destellos… Duele… duele… por favor, no quite la venda del todo… Ah, no quise hacerle daño, perdone. Vielen Dank y una sonrisa. Pero con eso basta. Giro la cabeza, miro por la ventana, después cierro los ojos. Dormir. Ein deutsches Mädchen duerme, María Walkowska está alerta y yo sigo sintiendo una presión en la garganta.

***

¿Ruhe? Ciudad cuyo nombre traía presagios de paz nos recibió con banderas luciferinas: en la plaza de la estación ondeaban las esvásticas. Esta ciudad traidora estaba celebrando una fiesta perversa; debíamos abandonarla inmediatamente. Sin embargo, al tomar la dirección contraria, atravesamos la plaza viendo sobre nuestras cabezas los negros
zig-zags
y salimos rumbo a la calle, dejando atrás la estación. No hemos pronunciado ninguna palabra, pero lo sabemos: no veremos el lago. Inesperadamente, en silencio, la decisión ha sido tomada: nuestras caras, nuestras caras vistas a la luz clara de la mañana, ya no son aptas para el viaje. Y también, tan inesperado, ese miedo a la proximidad de la frontera, esa frontera que, de repente, espanta (antes atraía), cerca de la frontera los controles serán más severos, más sospechas. ¿Sólo ahora se te ocurre? Porque hasta ahora: el lago, el lago, como si, simplemente, se pudiera atravesar a nado… «¡Tonta! Era un plan estúpido —digo en voz alta— y peligroso.»

Estamos sentadas en un banco, ante nosotras la calle, el tráfico de la mañana. Observamos los coches y los tranvías. Una oleada de jovencitas portando carteras escolares en la mano fluye por la acera; gruesas trenzas minuciosamente entrelazadas caen por sus espaldas.

Tiene que haber cerca un colegio femenino. Acompañamos a las chicas con mirada torpe. Son alegres y frescas y siguen viniendo en oleadas. Nos domina la pesadez y la apatía. Es necesario levantarse y dejarse atrapar (es mejor ser atrapado que entregarse uno mismo), tal vez sea mejor en las afueras o cerca de una ciudad pequeña, no en el mismo centro. Pero nosotras seguimos sobre el banco. La mañana ha madurado, el sol se ha asomado detrás de las nubes, suenan los tranvías. Ahora, una mujer mayor pasa a nuestro lado, se detiene al pasar, nos mira como si vacilara acercarse y preguntar, pero da la vuelta, sigue su camino, con flores en las manos, junquillos amarillos. Tenía un bello rostro, preciosos ojos, sobre los hombros un chal con un dibujo: jamás había visto aquí una mujer como ella. ¿Pintora? ¿Actriz? Recordé su rostro. (Todo, esa sentada en el banco sobre el fondo de las perversas decoraciones de la plaza de la estación, las oleadas de muchachas, los junquillos amarillos, ha sido conservado detalladamente en la memoria.)

El tranvía nos condujo a un lejano suburbio, se detuvo en una plaza redonda. Nos gustó la plaza, amplia, arbolada, coronas de árboles como cúpulas; a la derecha, tras los árboles, un largo edificio de piedra gris cuyo aspecto recordaba a un convento. Nadie más, salvo nosotras, ha bajado en esta parada. Se acercaba el mediodía, el sol calentaba con gran fuerza. «Aquí nos dejaremos atrapar», dije. «¿Por quién?», preguntó Bárbara, «no hay ni un alma…» En el mismo instante, bajo los árboles, surgió un gendarme, iba con paso poco apresurado, la gravilla crujía bajo sus pies. Salimos a su encuentro, hablando en voz alta, en polaco, que nos apetece comer patatas y macarrones, y otras frases, todas sobre la comida. No se nos ocurría nada más. El gendarme pasó a nuestro lado, desapareció debajo de los árboles, pero, un instante después, volvió a surgir más cerca. Al parecer, estaba de servicio en esta plaza. Le rondamos en vano mucho tiempo esperando escuchar las palabras Ausweis bitte. Nos acercamos. Pole essen[182].

Nos condujo en dirección al edificio gris cuyo aspecto recordaba un convento. Polizei, decía el letrero situado sobre la vieja cerca de madera que el gendarme había abierto ante nosotras y que más tarde cerraría. Esto es visible como en una cinta cinematográfica, sobre todo el momento de abrir y cerrar la vieja puerta, quizá antaño, del convento, y es muy nítida la oscuridad que después nos

envolvió. En medio de la oscuridad subimos a la primera planta. Había allí un enorme cuarto saturado de gendarmes, colmado con sus burdas risas. Al vernos, callaron. Pasará aún una hora —la hora del interrogatorio— antes de que nos encontremos al borde del precipicio, antes de que el gendarme flaco y alto, con cara de ave de rapiña, marque el número de la Gestapo y antes de que el azar ciego haga que interrumpa esta actividad y cuelgue el auricular. Una hora de lucha con una traductora de faz torva, astuta e inteligente, más inteligente que el gendarme-pájaro. No creía. «Unerhört!», gritaba, «sie lügt, das sind Lügen…»[183]. Era inteligente y pérfida, mentía al traducir, quería nuestra perdición. Perdimos esta batalla de una hora de duración. Ich rufe Gestapo an[184]. Ganó lo aleatorio, la coincidencia ideal en el tiempo de dos actos: el gendarme de la Gestapo marca el número en el mismo instante en que el comandante de la comisaría entra en el cuarto. El comandante era gordo, pequeño. El gendarme colgó el auricular. «Da stimmt etwas nicht», dijo, «Merkwürdiger Fall. Ich rufe Gestapo an[185]».

El comandante gordo se nos acercará, permanecerá así, mirándonos, se alejará, volverá de nuevo hacia nosotras y ordenará por fin: rufe Arbeitsamt an[186] y el gendarme-pájaro cogerá otra vez el auricular.

***

En el camino de regreso a la ciudad, en el tranvía, me preguntaba si no las habría acusado demasiado a la ligera de engaño y traición. Íbamos, como ya había sucedido una vez, allá, al norte, con un funcionario del Arbeitsamt a quien le habían encargado llevarnos. Dorf, Kuh melken, nix Fabrik[187]. Asentía afirmativamente con la cabeza a la vez que miraba de reojo el sombrero que yo tenía en la mano. No preguntó nada. Era la intérprete, inteligente, pérfida, la misma que interrogaba incesantemente por él, quien le intrigaba; una, otra y otra vez, espetaba la misma pregunta: «Y el sombrero, ¿a quién se lo robaste?, ¿en casa también llevabas sombrero?» Inexplicablemente, eso llamaba mucho la atención. Porque, que cada dos por tres y por sorpresa preguntara el nombre de la fábrica, eso era comprensible.

—Pues, ¿cómo se llamaba esa fábrica de Dortmund?

—Ya se lo dije: gemba.

—No finjas. «Gesellschaft mit begrenzter Handlung[188]», no es ése el nombre. Te doy un consejo: recuerda el nombre de la fábrica. Y no mientas. Mientes. Sie Lügt.

—Allí ponía con letras enormes: «G» grande, «m» pequeña, «b» pequeña, «H» grande. Junto «gembha», algo así como nuestra «geba[189]».

—Schlau ist sie… schlau[190]…

—Klarissa —le dijo el gendarme-pájaro—. Lassen sie das Klarissa, es hat keinen sinn, ich rufe Gestapo an… Gestapo wird sie schon singen lassen[191]…

En el Arbeitsamt deslicé de nuevo el sombrero bajo el abrigo y volví a repetir: Dorf, Kuh melken[192]…

—Ja, ja, Kuh melken —se impacientó el funcionario—, vais a trabajar en el mismo pueblo, cada una para una granja diferente. Enseguida vendrá a buscaros el coche de Herr Bauernführer[193]…

***

El lugar donde todo había estado a punto de acabar… solía decir después pensando en el largo edificio de piedra gris entronizado sobre la redonda plaza arbolada. ¿Por qué precisamente ese lugar? Otros, en una medida igual, si no mayor, habían merecido también esa clasificación… ¿Sería debido al ciego designio del destino?

Aún muchos años más tarde, cuando pasé por allí en tren, ese tren que atravesaba por primera vez el país sin detenerse, y mientras esperaba apostada junto a la ventana, oí el fuerte latido de mi corazón: «Cerca de aquí se halla el lugar donde apenas faltó nada…», verdes praderas, tejados rojos… El tren pasó a gran velocidad, ni siquiera logro leer el nombre de la estación… treinta años después iba al encuentro de ese lugar, ese único lugar.

VIII

Es un verdadero pueblo: casitas a lo largo de la carretera que desciende suavemente y desaparece en el bosque. En los patios, montones de estiércol aplanados cuidadosamente con una pala; en derredor, prados y campos. En el centro del pueblo una iglesia y un frondoso tilo, el gobierno comarcal, la lechería. Debajo del tilo, un banquillo. Sobre la torre de la iglesia un gallo movido por el viento. Un carro que avanza por el camino tirado por vacas, no caballos: en ese pueblo sólo el Bauernführer y el herrero tienen caballos, todos los demás trabajan el campo con la ayuda de las vacas; es un verdadero pueblo de campesinos no demasiado ricos. Sólo faltan los frutales: manzanos, perales y ciruelos están en los campos o en las veredas de caminos campestres. Y las suaves colinas boscosas se extienden en el horizonte.

El coche se detuvo bajo un tilo; desde la casa del fondo salió corriendo por la escalera de madera una flaca bauera con una gran papada, tras ella tres niños pequeños; desde el establo salió el bauer con botas de goma, clavó la bielda en el montón de estiércol, levantó el brazo. Heil Hitler.

—He aquí vuestra polaca. Do sich sie, ihre Polin —indicó el Bauernfürhrer a Bárbara.

Se lo agradecieron efusivamente:

—Viele Dank Fridolin, viele Dank… a nettes Mädele[194].

(Mädele, Gäbele, Löffele, hablan como los judíos —se reía Zygmunt, el del herrero— y se parecen a los judíos. Negros, flacuchos, como si estuvieran en Palestina.) Tres casas más allá, detrás del mostrador de su pequeña tienda, estaba Hermina, gorda, pelirroja, con su delantal almidonado. El panadero vino corriendo

desde la panadería oculta en el sótano. Era como Zygmunt lo había pintado: moreno, pequeño. Omitió a Hitler, murmuró guten Tag, y Hermina disimuló con rapidez, que qué bien que por fin hayan conseguido a alguien para trabajar, que es muy duro para ellos, que ya no son jóvenes. ¿Cuál es su nombre? María. Das ist also unsere Maria… A feines Mädele[195]…

Al anochecer, en el amplio cuarto de la mansarda, escribí sobre una hoja de papel: «¿Encontraré aquí la paz? Deseo tanto la paz», y escondí el papelito siguiendo la vieja costumbre. Quedó debajo del colchón, vacío, con una sola línea de letra diminuta en su extremo superior. Al contrario de aquellos tiempos, cuando había sido Joanna, no sentía necesidad de escribir. María me había superado. Aquella primera noche soñé un claro en el bosque, con una casita de madera, deshabitada, cerrada a cal y canto, rodeada de una baja cerca de madera. El domingo fuimos Bárbara y yo de paseo al bosque y allí, de repente, vi mi sueño. Lo tomamos como un buen presagio.

***

Tras la ventana de la cocina pequeña y oscura se ve el corral. Es estrecho y está descuidado. En el establo, dos vacas. En la habitación colindante a la cocina caben a duras penas dos camas de frente; junto a la tienda —«gute Stube»—, un santuario cerrado con llave y en él, un porche acristalado, el orgullo de Hermina. No me dejaba limpiarla, ella sola desempolvaba los bibelotes y los muebles. Sólo en casos excepcionales, durante mi estancia eso ocurrió dos veces, los invitados eran recibidos allí. En cambio, cada domingo, Hermina se sentaba allí junto a la ventana con su vestido de fiesta, el delantal festivo, un libro en la mano, abierto, pero en el que no leía, observando, a través del visillo semicorrido, a quienes pasaban por el camino. Conocía la vida del pueblo por medio de las conversaciones, en la tienda y las sentadas dominicales al lado de la ventana. Abandonaba la tienda sólo en la temporada de las cosechas y subrayaba frecuentemente que provenía de la ciudad. La gente miraba con un desprecio no desprovisto de ironía a esa mujer oculta detrás de los visillos, la esposa del panadero, el admirador de las

bromas, las mujeres y la política. Era alcohólico. Había pagado con una estancia en un campo de concentración un monólogo pronunciado en el Wirtschaft en estado etílico; esto había sucedido aún antes de la guerra. Él mismo me lo dijo (en su dialecto extranjero) al principio, cuando íbamos al campo con las vacas. «Maria, du Polin, du verstehen, ich sagen Hitler nicht gut und ich ein Jahr Lager[196]». Había pasado un año en Dachau, Hermina lo había canjeado por unos cuantos sacos de harina. La gente le trataba con menosprecio, se mantenían alejados de él. Era un hombre fogoso, de gran ímpetu. Ya no frecuentaba el Wirtschaft, declamaba en la cocina sus complicados monólogos beodos. «Er predigt schon wieder[197]», se lamentaba Hermina y cerraba apresuradamente las ventanas. Cambiaba a medida que se aproximaba el final de la guerra. Ya no susurraba «Hitler nicht gut», gritaba «todavía os enseñaremos» como si, en contra de sus convicciones, no pudiera asumir la derrota final.

***

En este pequeño pueblo al pie de suaves colinas, todo —el paisaje, la gente, la lengua— difiere mucho del lejano norte. Nosotras también somos distintas. El entrenamiento y los conocimientos adquiridos en la finca de los grossbauer nos aportan seguridad y tranquilidad. Bárbara —ya sana— no siente por vez primera el peso de su cabello negro y sus ojos oscuros. Muchos habitantes del pueblo tienen los ojos y el pelo parecido y además reina allí la convicción profunda de que el modelo de belleza polaco es oscuro, die Polen sind schwarz[198] dice el panadero, y no sólo él; a los ojos de los habitantes del pueblo Bárbara es un ejemplo de la polaca típica. Liberada del peso de su tez morena y de las vejaciones de la alemana, en nada recuerda a Elzbieta o a Jadwiga. Ha revivido. Su nueva bauera, cada vez que tiene ocasión, les cuenta a los niños historias sobre la bondad del Führer, el bauer lleva la insignia del partido, pero tratan bien a la polaca, han esperado durante largo tiempo a una obrera del este. Bárbara ha revivido, está llena de energía, fuerte. Entre nosotras, ya no existe el silencio. Le digo a menudo: ahora tú decides.

También María es diferente. Existe casi sin mi control, a veces incluso me supera (¡a veces!); por ejemplo, cuando, de repente, a solas con Bárbara, utilizo expresiones del habla campesina, hablo no con mi propia habla, sino con la aprendida para uso de terceras personas, o cuando yendo en carro al campo siento dentro de mí una tranquilidad placentera y pienso que, después, podría vivir así: sencilla y tranquilamente, sin todo aquello que antaño me era necesario para vivir, en el círculo delineado por el campo, los prados, los rastrillos, las vacas…

No me gusta María, quien obstinada y consecuentemente me vence a menudo a pesar de que me he esforzado en ser ella. Decimos cada vez menos «a condición de que, siempre que…» y preguntamos cada vez más si alguna vez llegaremos a ser las de antes. El miedo a que nos encuentren o descubran no ha desaparecido, sólo dormita metido más adentro. A veces se levantaba de golpe, tomaba al vendedor ambulante por un confidente al igual que a ese comerciante de ganado que charlaba con el panadero a puerta cerrada. Se despertaba de golpe y se volvía a dormir. Con el paso del tiempo dormía con un sueño cada vez más profundo. Pero, incluso al final, después de la entrada de los ingleses en la cuenca del Ruhr, es decir, cuando hubiera debido desvanecerse, sus tristes restos aún estaban enraizados en nuestro interior. Incrustados hasta el final, hasta el día lejano (por aquel entonces) en el que dos coches blindados del ejército de De Gaulle desfilaron por el pueblo, Ortsgruppenführer Gottfried se encaramó sobre el tejado de su casa y clavó en un palo una sábana blanca que se dispuso a colocar en una rendija entre las tejas.

***

Piotr nos visitó por primera vez; vino desde Waldbach al enterarse de que habían traído a dos polacas y, desde entonces, retornó siempre, domingo a domingo, hasta que seis bombas cayeron sobre el aserradero.

Tenía un caminar oscilante de marinero, pero era albañil en Varsovia. Llevaba un traje negro, un chaleco pasado de moda, sombrero, era algo solemne, melancólico, delicado. Tenía cuarenta

años, una voz silenciosa. Era huérfano. Después, nos torturaron los remordimientos por no haberle dicho la verdad. Repetía a menudo que en nosotras había encontrado una familia. Nos traía pequeños regalos que se vendían en la tienda sin bonos de racionamiento, peines de colores, espejos, ramitos de violetas artificiales. No le dijimos la verdad.

Piotr trajo a Olek y su mujer, a Rudolf, un polaco de Francia: todos ellos trabajaban en el aserradero. Nos sentábamos sobre un sofá destartalado, en el diminuto cuartucho de Bárbara con vistas a los tilos y a la iglesia con su gallo, o en aquel claro del bosque que yo había soñado antes de verlo en la realidad, donde se hallaba aquella casita de madera. A veces leíamos poemas de un libro traído de Polonia por Olek. Del pueblo de arriba venían la frágil Helenka, de quince años, una vez al mes aparecía Genoveva, la del campo de las afueras de la ciudad. En el campo reinaba el hambre, venía a por los vales para el pan y el azúcar que yo robaba en la tienda de Hermina.

Olek ya no estaba en Waldbach cuando cayeron las bombas sobre el aserradero: enfermó y logró un permiso para volver a Polonia. Las bombas cayeron exactamente al mediodía. Piotr no quiso bajar al refugio, se quedó en el patio mirando al cielo y Rudolf le siguió. Estaba barriendo el patio cuando temblaron los cristales de las ventanas.

Rudolf cayó gravemente herido y se lo llevaron al hospital de campaña. Lo buscamos en vano.

Alguien nos trajo las últimas palabras de Piotr: «¿Al refugio? ¿Para que nos entierren con los alemanes?»

El entierro se celebró al anochecer del día siguiente. El cura no tuvo tiempo de terminar la oración; llegaron los aviones, volaban muy bajo. Nos escondíamos entre las tumbas. Estaba oscuro, el aire era sofocante, Helenka lloraba en silencio.

***

El frente se acercó, se aposentó detrás del Rhin, en Alsacia. Veo (como si fuera ayer) a María yendo a casa de Luiza Hess a por el vodka para el panadero, sus zuecos hacen ruido, aún no había

terminado de ordeñar, lleva el delantal de faena y el pañuelo bajado hacia la frente según costumbre del establo; marchan hacia la casa de los vecinos en cuyo sótano elaboran vodka y vino de manzana. El panadero bebe ahora ávidamente.

Luiza Hess, tan flaca y morena que parece italiana, española o gitana, nada dice que sea alemana, ha bajado al sótano a por vodka mientras María, con el traje del establo, permanece (como si fuera ayer…) junto a la puerta. No está sola en el cuarto. En la mesa, los científicos de la ciudad destruida por los bombardeos, que aún viven en el edificio vacío de la nueva escuela y no sabemos en qué trabajan, beben vino. Corren rumores de que están preparando la nueva arma prometida por el caudillo a la nación y la gente teme que la presencia de los científicos atraiga bombardeos al pueblo. Son cuatro, tres asistentes y un profesor de rostro ascético. María los observa con el rabillo del ojo, no quiere mirarlos, ignora su presencia. La escuela donde viven linda con la panadería, así que María conoce a esos cuatro, conoce sus modales de Herrenvolk, sus miradas, que la atraviesan como si ella no existiera. No mira de lado, ahí donde está la mesa, mira hacia delante. Hacia un piano de cola en el que el renacuajo paliducho del asistente toca un vals. Observa el piano con desgana pero, queriendo evitar ver a quienes están sentados a la mesa, se ve obligada a ello. Y Luiza, como para fastidiar, se demora en el sótano. El sol de poniente nos ciega, todo está iluminado por el sol rojo que se introduce por la ventana.

Ein primitives Volk[199]. He aquí la voz del profesor. Con el rabillo del ojo ve su cara ascética. «Primitivo, sucio, perezoso. Viven en la miseria.» Y un instante después: «Probablemente jamás había visto a nadie tocando el piano. ¿No quieres explicarlo, Hans?» El renacuajo llamado Hans soltó una carcajada: «Ven, mira, basta con apretar la tecla con el dedo… ¿Quieres probar?»

No hagas tonterías, no seas idiota y, desobedeciendo, se acercó al piano. El pálido Hans tocó una tecla, luego otra y preguntó de nuevo si no le gustaría probar. Extendió la mano. El «La» mayor sonó como un gemido; el piano estaba desafinado. ¿Te gusta, schön[200]?. Contestó: schön. Y otra vez, de repente contenta, divertida, muy bonito, schön…

«Ein primitives Volk», repitió la voz del profesor. Ella se rió sonoramente y, riéndose, golpeaba tecla tras tecla y en sí misma

gritaba aterrorizada, jadeante, «para, no lo hagas, aún hay tiempo».

Llegan las risas desde la mesa; ahora resonaban dos risas en el cuarto: la de ellos y la suya.

Apartó con el codo al pálido Hans, se sentó, sonó un acorde en «La» mayor; ya no se reía, el corazón golpeaba sordamente. Tocó la polonesa de Chopin. La interrumpió después de ocho compases. Las manos le temblaban, tuvo que esconderlas en los bolsillos del delantal. En la habitación reinaba el silencio. No miró a quienes estaban sentados ante la mesa. Luiza se le acercó corriendo, gritaba algo, preguntaba algo, tenía el rostro estupefacto.

Le sonrió: le agradaba la alegre y morena Luiza Hess. Cogió las botellas y salió haciendo sonar los zuecos.

Bárbara se quedó pálida, no dijo palabra. Durante una fracción de segundo, su rostro mostró dolor.

No pegué ojo por la noche. ¿Qué haré? ¿Cómo lo explicaré? Recordé las sospechas del panadero cuando me sorprendió leyendo el periódico. Nos engañas… estás fingiendo… ¿Por qué? ¿Qué significa esto?

Entonces le expliqué que estaba aprendiendo a leer, trataba de componer letras en palabras… Se lo creyó. ¿Qué dirá ahora? ¿Y qué diré yo?

Echada sin poder dormir, sumida en mis pensamientos, oí al amanecer el eco lejano y sordo del frente, callado desde hacía semanas. Aquella noche comenzó la ofensiva.

Al día siguiente le comenté a Hermina y al panadero una lacrimógena historia de un novio que era organista en la Iglesia. Él me había enseñado a tocar el piano. Le amaba profundamente, pero me abandonó por otra. Hermina la contó después en la tienda. «Nuestra María tenía un novio que tocaba el órgano en la iglesia», decía. En su voz resonaba un tono de orgullo.

***

Estaban cerca, ya habían cruzado el Rhin. El cielo se abría resplandeciente, la voz del frente llegaba murmurante, sorda. De día se oían los chasquidos de las armas de a bordo, el avión descendía casi a ras de suelo, se veía nítidamente el rostro del

piloto. Una vez, Bárbara llegó corriendo, sucia y pálida, la había cubierto la tierra levantada por una explosión, la metralla le había herido en una pierna. Había regresado el antiguo «sólo perdurar», pero ahora se trataba de las bombas y las secas detonaciones de la Bordwaffe.

El ejército llegó de noche, una cocina castrense humeaba en el patio delante de la herrería, aparcaban coches camuflados bajo los castaños.

Dos militares han sacado a Serguei de la jardinería y lo han enviado fuera del pueblo: vi cómo lo llevaban, con el rostro blanco, sin gota de sangre. Al parecer, había dicho algo. Nadie volvió a verlo. Unos días después el ejército abandonó el pueblo.

—Nosotros somos gente sencilla, honrada —repetía Hermina—, no hemos hecho daño a nadie, no tenemos miedo… No se vengarán de inocentes. Sie werden uns doch nicht verhungern lassen[201]… Alguna que otra vez ha ordeñado sola las vacas.

Cayeron algunas bombas sobre el camino, los campos, una piedra arrebatada por la fuerza de la explosión atravesó el tejado de la casa del panadero, arrancó tejas aquí y allá. Eso fue todo.

Esa noche, que resultaría ser la última, Bárbara se quedó conmigo. El frente se situaba a pocos kilómetros, los franceses ya estaban en Waldbach.

Acalló el tiroteo al alba, cesaron las explosiones, reinó el silencio. Salimos del sótano y nos dirigimos a la parte delantera de la casa. El amanecer era gris, olía a tierra fresca. Llegaba desde el bosque un leve murmullo. Un enorme avión surgió entre los árboles y voló por el cielo pálido con vuelo raso, lento y silencioso. Dibujó un círculo sobre los prados, desapareció tras el bosque y volvió a rondarnos.

—Ya está… —le dije a Bárbara y con la garganta atenazada seguí ese vuelo quedo, silencioso.

Hasta la llegada de los dos coches blindados ya mencionados pasarían aún unas horas. Vendrían a las diez de la mañana.

Es el primer domingo de abril, un día precioso, soleado. Los coches blindados bajan lentamente desde el pueblo de arriba hasta el de abajo; cuelga del tejado de Gottfried una sábana blanca; espero inmóvil. En ese momento pasan dos coches sobre el vacío camino comarcal. No siento nada, sólo mi garganta se halla

atenazada, duele.

Sólo cuando los coches pasen a mi lado, sólo entonces estallará mi alegría. Pero todavía tengo miedo a gritar la verdad. Exclamaré «Vive la France, nous somme polonais[202]» y los coches blindados, sin detenerse, seguirán, desaparecerán tras la curva del camino que se introduce en el bosque.

No aparecería nadie más hasta la noche. Ha desaparecido la sábana del tejado de Gottfried, el pueblo se mostraba igual, pudiera pensarse que nada había cambiado.

Estaba ya oscuro cuando arribó un tanque y se detuvo bajo los tilos para pasar la noche.

Al avistarlo desde la ventana de su cuarto, Bárbara arrancó una rama de jazmín en flor y se la llevó a los soldados franceses. Nos fuimos al día siguiente, por la mañana muy temprano.

Hermina miraba estupefacta la caja de margarina atada con la cuerda de amarrar el trigo: en ella se hallaban todas mis pertenencias. Bajo el brazo, apretaba el bolso con mi ausweis y la media herradura. «¿Cómo… te vas? ¿Precisamente ahora cuando hay tanto trabajo en el campo?» No comprendía. ¿Estaba mal con ellos? Creía que me quedaría hasta la cosecha… El panadero permaneció callado, lleno de rabia.

Bárbara esperaba debajo de los tilos, ella también con una enorme caja bajo el brazo. Salimos a la carretera principal que nos conducía hacia la ciudad, recorrida ya por multitudes de extranjeros y exclamaciones de gozo y cantos en diversas lenguas.

IX

Volvieron. Vuelven y ya están en la ciudad donde ahora vive su padre, vuelven juntas igual que juntas se habían ido, se habían ido en la oscuridad y vuelven en la oscuridad: entonces, al caer la noche, ahora, a punto de terminar, al despuntar el día.

Ah, no te pongas patética, ¿qué te pasa? El hecho de irse al llegar la noche fue dictado por razones de seguridad, el regreso al amanecer por el horario de los trenes… Basta de símbolos, de sensiblerías.

Ah, en tal momento todo está permitido, es un instante excepcional, en ese momento el pathos no es el pathos e incluso las lágrimas son posibles, aunque resulte tan difícil, no me acuerdo de llorar. En todo este tiempo he llorado sólo una vez, fue cuando Jadwiga escribió «escápate sola», tú irás con nuestro padre, yo con la madre. Ni siquiera cuando Martine, la de la UNRRA trajo la noticia y te dijo siéntate Marischka y tú pensaste que si mandaba sentarse significaba que traía malas noticias y te sentaste obedientemente (en un ex-cuarto de las SS que ahora era tu cuarto, en los antiguos campamentos de las SS, en el campo de la UNRRA para los dipis[203], mientras Martine, después de unos momentos de silencio, dijo con voz conmovida «votre père est vivant, votre père a survecu…»[204] ni siquiera entonces, ni una lágrima. «Elle est devenue très pale, mais
c'est
moi qui avait des larmes aux yeux…»[205].

Al igual que poco después —las noticias llegaron casi al mismo tiempo, una tras otra, una buena, otra mala, ambas tras largos meses de espera— cuando desgarró el sobre y leyó el nombre de

Marian y el término desconocido de Majdanek. Jamás había oído ese nombre. Sabía de Auschwitz, Treblinka, Belzec. Conocía Bergen Belsen, Mauthausen, pero no Majdanek.

Enseguida será de día, podrán salir.

Sentadas en la sala de espera de la estación de una ciudad extraña donde vive el padre que ha sido trasladado desde los territorios del este a los del oeste, llamado —como ya conocen— el oeste salvaje.

Fueron avisadas: de noche no era aconsejable salir a la calle, así que hacían tiempo junto a las demás en la sala de espera. «Esas dos vienen de lejos —se oía susurrar— quizá judías, ahora regresan muchos judíos, y decían que…»

Pronto amanecerá, pronto saldrán a la luz y comenzarán a buscar la calle Lakowa. Bárbara se quedará al lado de las dos maletas con las calientes mantas de la UNRRA, cálidos jerseys y pantalones de la UNRRA, la partitura de la Pasión según San Mateo, algunos libros y una abrigadora bata de lana australiana, regalo de Martine para el padre. Y junto a las maletas, apoyados contra la pared, los esquíes de Bárbara.

Una fina franja rosa en el horizonte. Todo está permitido en este momento de regreso al alba tras un largo y penoso viaje, tras una larga búsqueda, una larga espera y diez días de viaje en un tren de mercancías que les traía de vuelta. Todo está permitido en el instante de regresar de un viaje que, en más de una ocasión, pudo no haber tenido retorno.

Registrar fielmente ese momento.

La ciudad es oscura, una plaza vacía que asciende hacia un puente en el cual se dibujan esculturas de piedra; abajo, el río silencioso e invisible.

Un hombre que hemos encontrado en el puente nos indica la dirección. La tercera calle a la derecha se llama Lakowa Prados… prados… ¿Recuerdas? ¿Qué? ¿Todavía la magia de los nombres y las viejas prácticas? ¡No te da vergüenza!

Ah, nada de vergüenza en este momento, ni siquiera está segura de que la magia haya perdido su fuerza, ni siquiera se avergüenza de esos «aah» con los que inicia las frases y que habitualmente evita con cuidado.

En la esquina, dos placas, la antigua, la alemana, Wiesenstrasse,

y la nueva, la polaca, Lakowa.

Una calle ancha y plana, altas casas, balcones tripudos, césped en las entradas, árboles, todo visible de repente (a pesar de la oscuridad), nítido, muy claro.

El número seis, tercera casa desde la esquina. Ahora corre. En las tablas de la cerca de la casa, una mancha blanca: sabe lo que es. El apellido del padre, horas de consulta de… a… Recibe a los pacientes de cinco a siete.

Se sienta en la acera y así permanece. De repente, le fallan las fuerzas.

En el horizonte la franja rosa del amanecer, pero la oscuridad continúa aún. ¡Qué silencio!

Todo acalló en ella, todo enmudeció. Qué tranquilidad… Se levantó de la acera, se acercó a la cancela, llamó. Tras un largo rato oyó, en el interior de la casa, en el piso bajo… alguien abría la puerta, alguien preguntaba quién llamaba, qué quería… Respondió: «Nosotras.»

Su voz era débil, el padre no oyó sus palabras. Preguntó si el caso era urgente. Por segunda vez, más fuerte, dijo: «Nosotras, somos nosotras.»

Le oyó gritar. Oyó sus pasos. Corría hacia la puerta. Mientras corría, exclamaba sus nombres.

Epílogo

Encuentro con el lugar.

En la memoria era una plaza circular, pero resultó ser un rectángulo. Es increíble cómo ha cambiado, es decir, cómo la ha transformado mi memoria dándole una forma diferente, añadiendo una frondosidad a los árboles que, recordados como muy espesos, en realidad crecían más bien escasos.

Es también increíble cómo presentí su cercanía —circular, no rectangular— aún antes de que llegáramos a la esquina de la calle, yendo a ciegas, sin guiarnos por el plano de la ciudad, tomando como único indicador la línea del tranvía. Apresuré el paso antes de que alcanzáramos la esquina y, un instante después, comencé a correr.

Resultó ser un comportamiento extraño que asemejaba el de un perro guiado por su olfato, tanto más extraño, ya que nada facilitaba la búsqueda del rastro, ningún detalle presagiaba la proximidad del lugar y el entorno —las tiendas, los escaparates, las cafeterías— me era completamente ajeno, sus colores chillones se diferenciaban mucho de aquellos otros en los que había dominado el color gris, el color de la piedra.

—¡Es aquí! —exclamé— ¡aquí…! —y corrí.

Corriendo, topé con una mujer que llevaba en la mano el cesto de la compra… «unerhört[206]» exclamó indignada y como, precisamente, B. hizo «clic» con su máquina, tengo eternizados su indignación y su vulgar rostro, de gruesos labios, plebeyo.

Se había indignado con razón, porque a quién se le ocurría correr así por una calle repleta de gente, en pleno día, chocando con los transeúntes.

Algo distinto había sucedido entonces. Entonces, incluso B. —quien evita llamar la atención a toda costa— corría al mediodía por

una calle atestada, la Gestapo le pisaba los talones (corría por una vía libre abierta por viandantes que se apartaban voluntariamente y, tras él, dos tipos con revólveres… tropezó cerca de un portal, cayó y le cogieron). Fue hace mucho tiempo, en aquellos tiempos cuando las carreras callejeras y las persecuciones estaban a la orden del día y las cacerías urbanas no dejaban a nadie atónito. ¿Pero hoy?

Así que no hay por qué sorprenderse ante la ira de la mujer con el cesto, inmortalizada sobre el fondo de una multitudinaria calle de una pequeña ciudad, esa mujer que corre a mi lado y grita: ¡es aquí! Más bien hay que asombrarse de la coincidencia de las palabras, de ese «unerhört» que, al igual que entonces, me fue dirigido, en la misma ciudad, con el mismo tono de indignación pronunciado en ambos casos por una mujer. Aquélla era la intérprete. Reparé enseguida en esta coincidencia, es decir, en el hecho de que el grito «unerhört» retornara como un eco ahora exclamado por otra voz, y vi el rostro opaco de aquella intérprete que, tras haber escuchado mis respuestas a las preguntas planteadas, no las tradujo, se limitó a gritar:

—Unerhört! Sie lügt ja[207]…

Tenía razón.

Me detuve en la esquina de la calle. Bastó una mirada para reconocer esta plaza cambiada de forma y eso aún a pesar de que esperaba ver la plaza circular y, a la derecha de la plaza circular, un edificio alargado de piedra gris con un viejo y primitivo portón de madera que el gendarme había abierto delante de nosotras para cerrarlo más tarde. Al girar la cabeza a la derecha avisté un árbol, debajo del árbol una mujer mayor sentada sobre un banco con la labor en las manos. Un niño jugaba cerca.

El alargado edificio de piedra gris se hallaba enfrente, al fondo de la plaza, detrás de los árboles que habían brindado sombra a una buena parte de la plaza, sus coronas en forma de cúpulas, bajo las cuales habíamos paseado, fatigadas y hambrientas, pronunciando en polaco, en voz alta, frases sueltas.

No era una conversación, sino una señal al gendarme que paseaba por la plaza, entre los árboles, con paso lento; era un gendarme de servicio, armado reglamentariamente. Queriendo provocarle hablamos en el idioma de los «Zwangsarbeiter[208]»,

pero él, raro y perezoso, no ardía en ganas de acercarse. Rondaba entre los árboles y nosotras, a veces detrás de él, a veces delante o al lado, decimos que nos gustaría comer pan o patatas, hablamos todo el tiempo sólo de comida porque desde hace dos días, sin contar la ensalada de patatas de la fonda junto al río Neckar, no hemos probado bocado. Queríamos que se acercara y nos ordenara «Ausweis!», ya que nuestro aspecto y nuestros rostros no permitían seguir viaje y la experiencia enseñaba que era mejor ser atrapado por la policía que entregarse.

La plaza rectangular, el edificio al fondo. Ni los árboles plantados muy juntos, ni los de cúpulas —unos cuantos troncos finos, apenas enramados, ralos—, B. saca una foto tras otra con intención de inmortalizar el lugar. Y yo, con lo mío, fue aquí, aquí…, pero todo es completamente diferente.

«Espera, digo, empecemos desde el principio.» Habíamos llegado en tranvía, la parada a la entrada de la plaza coincide con el recuerdo. Nos habíamos bajado aquí. Alrededor todo vacío, mediodía, el sol blanco. A la derecha, detrás de los árboles, un alargado edificio de piedra semejante al que está allí, en el fondo, frente a la parada.

—¿Quizá hayan trasladado la parada? —pregunta B—. ¿Estará acaso al otro lado de la plaza?

—No, la parada está bien. Han trasladado el edificio.

—¡Ah!, no te pongas nerviosa, no vale la pena, ni el tiempo; son detalles sin importancia… Querías ver el lugar…

Pero yo quiero que todo cuadre, que sea como entonces, es decir, que se redondee la plaza, que se pueble de árboles y que el edificio de piedra regrese a su sitio. Porque, indiscutiblemente, se trata del mismo edificio: macizo, pesado, con pequeñas ventanas y una puerta igualita: la misma que el gendarme abrió ante nosotras para cerrarla después.

Entonces todo estaba vacío, como bajo un influjo somnoliento, la gravilla crujía bajo nuestros pies y los del gendarme, en la plaza ni un alma, sólo nosotros tres, como en un escenario. Primero nuestra entrada, nuestra ronda entre los árboles; después, el gendarme surgiendo de repente bajo la cúpula foliácea, acercándose con paso lento, sordo a las palabras… patatas… o tortas… tortas o pan.

—No seas infantil —dice B.—, piénsalo, ¿qué es lo que quieres, la atmósfera de hace treinta años? Si eso no tiene sentido… —y se dirige hacia el fondo de la plaza, en dirección al edificio, y yo, llena de desconfianza, voy tras él.

Hace treinta años el gendarme nos llevó a través de la plaza circular, frondosamente poblada de árboles, hacia el edificio a la derecha de la parada del tranvía. ¿A partir de hoy nos llevará siempre en otra dirección? ¿A través de qué plaza? ¿Circular? ¿Rectangular? ¿Arbolado? ¿Ralo? O, si me mantengo fiel a la memoria, ¿no me molestará la consciencia de que se trata de una imagen con defectos, taras?

Me condujo al edificio de piedra. Encima de la puerta hay un letrero blanco.

—Schule[209] —dice B., que tiene mejor vista.

—¿Qué dices…, qué escuela, es el puesto de policía? Po-li-zei…

Pero B. insiste: Schule. Y cuando nos aproximamos más yo también leo: Schule.

Nos detenemos ante una vieja puerta de madera, nadie pone en duda que no sea la puerta que el gendarme abrió ante nosotros (y cerró después), unos instantes más tarde de habernos acercado y haber dicho en voz alta: Pole, essen.

La puerta de madera está cerrada. B. se fija en algunas ventanas enrejadas del primero, así que todo coincide, dice: «Antes estaba aquí la policía y ahora es una escuela. Seguramente han trasladado la policía a un edificio más moderno.»

Aconseja entrar, verlo por dentro, y por lo visto es un buen consejo porque, de repente, la puerta se abre sola ante nosotros y, en su marco, aparece un hombre de mediana edad con un traje mil rayas de color azul marino.

—Será el guarda escolar —dice B.

Se lo preguntaremos. Detrás de la espalda del hombre se ve el interior en penumbra.

—Entschuldigen sie, bitte —pregunta B.—, war das einmal ein Polizeigebäude[210]?

El hombre nos mira sorprendido.

—Ja…, ja, das stimmt schon… Während des Krieges war hier eine Polizeistation und nach dem Kriege auch, bis 1950[211]…

Después pregunta por qué nos interesa el puesto de la policía

hitleriana y yo no tengo ganas de dar informaciones.

—Danke —digo fríamente, paso junto a él y rápidamente me meto dentro. La misma oscuridad que entonces, las anchas escaleras de madera (en la escalera: nosotras delante, detrás el gendarme), en la primera planta el largo y sombrío pasillo con puertas a ambos lados. El muro es grueso, las bóvedas arqueadas. Entonces no reparé en ello.

—Después miraremos la historia de este edificio —dice B.—, es muy antiguo.

En la primera puerta, el letrero Lehrerzimmer[212]. Es la habitación a la cual nos llevó el gendarme. Abrió la puerta y entonces (lo cuento y B. escucha, lo ha oído muchas veces, pero escucha una vez más, escucha de veras, con atención, como siempre hace él) entonces vi un cuarto amplio y luminoso, un escritorio cerca de la puerta, detrás de él un enjuto gendarme con cara de ave y junto a la pared, sentados en las sillas, otros gendarmes, eran innumerables. Nuestra entrada interrumpió una alegre charla, aún se reían atronadoramente cuando nos detuvimos en el umbral, pero enseguida callaron y, en silencio, escucharon el informe: Ausländer ohne Ausweis. Kein Wort Deutsch[213].

Nos miraron. El de la cara de ave frunció el entrecejo.

—Intenta, quizá esté abierta —dijo B.

Cedió el pomo, nos detuvimos en el umbral.

—¡Ah, mira! —digo con tono de reproche.

El cuarto es luminoso, amplio, en el centro una larga mesa cubierta con un paño verde y sillas alrededor. Al lado de la puerta, allí donde por entonces estaba el escritorio, hay una pequeña mesa redonda y butacas tapizadas. Begonias en las ventanas. Entonces, las ventanas estaban vacías.

—Mira… mira… Lehrerzimmer.

Volví a vernos. Permanecíamos sentadas junto a la pared de la derecha, en el fondo del largo cuarto, ya se había plantado delante de nosotras la intérprete solicitada con rapidez, aquella que apenas había empezado a traducir cuando gritó con razón «unerhört, sie lügt…»[214], cuando, a la pregunta de dónde habíamos escapado, mencioné la ciudad de D.

—Unmöglich —gritaba—, cubrir tan largo camino sin hablar alemán, sin pase… ¿Cómo ibais? ¿Comprábais los billetes[215]?. Y

otra vez, decididamente:

—Sie lügt.

Después, deformaba nuestras respuestas, así que de la historia inventada, aunque construida lógicamente, quedó sólo un pegote de motivos caóticos y nosotras, que lo comprendíamos todo, permanecíamos con un rictus de indiferencia. El gendarme pájaro nos observaba frunciendo las cejas hasta que, al fin, él también gritó: «Genug dieser Lügen, lassen sie das Klarissa, ich rufe Gestapo an[216]», levantó el auricular y procedió a marcar el número.

En este momento, una especie de debilidad toma cuerpo en mí, el lejano eco de aquella que sentí al oír las palabras del gendarme.

—Fumas demasiado —dice B. con un reproche en la voz.

Pero justamente entonces, cuando el gendarme con cara de pájaro estaba marcando el número de la Gestapo, la puerta —en cuyo umbral nos encontrábamos apoyados contra su marco (yo con un cigarrillo en la mano)—, precisamente entonces, esa puerta, se abrió de nuevo y entró en el cuarto otro gendarme, corpulento, con una enorme barriga.

De pronto, el destino se encalló de golpe, se paró en el vacío y, cuando me dirigía hacia el abismo, se quedó suspendido por cinco, seis minutos…; más tarde, con igual ímpetu, dio un giro…

Por eso estoy aquí. Por ese preciso momento crucial, muestra del arte circense de nuestros destinos. Un cruce de caminos, un punto culminante.

Cuando el gendarme entró en la habitación, cara de pájaro colgó el auricular, se puso firme ante su superior. El comandante de la policía escuchó la historia deformada por la intérprete de nuestra huida de la fábrica bombardeada.

El silencio se expandió por el cuarto. Nosotros también permanecemos callados apoyándonos en el marco de la puerta del Lehrerzimmer, el cigarrillo tiembla levemente en mis manos, una sonrisa en los labios de la traductora.

—Gestapo —dice el gendarme-pájaro— ich rufe Gestapo an[217].

El gendarme gordo pasea por el cuarto, se detiene al acercarse a nosotras, me mira una vez, mira a Bárbara y se va.

—Ich rufe Gestapo an —repite el cara de pájaro.

—Rufe Arbeitsamt an[218] —dice el gendarme gordo y el otro levanta el auricular.

***

B. me pregunta por qué callo.

—Sabes cómo fue. Como en una novela.

De repente, no me apetece hablar.

Una plaza rectangular bañada por el sol. Delante de la puerta pasea un hombre con traje azul marino. Nos espera, siente curiosidad. Pregunta si estamos satisfechos de la visita.

—So, so —decimos educadamente, pero con indiferencia.

—Yo también hablo polaco —dice súbitamente, un poco avergonzado—. Vine aquí para trabajos forzados y me quedé, me casé. La mujer es alemana. Trabajo como vigilante en la escuela. Oí que ustedes hablaban en polaco, así… ¿Y qué tal ahora en Polonia?

Le explicamos que abandonamos Polonia hace muchos años, vivimos en Israel, somos judíos.

—¿Puedo preguntar por qué precisamente aquí…? —señaló con la cabeza el edificio escolar.

—Aquí arrestaron a mi mujer —dice B.—, quería verlo…

—¿Y la soltaron?

—Soltaron… si puede decirse de este modo…

—Pues tuvo usted una suerte enorme —asiente con la cabeza, mira con ojos curiosos. Pero no pregunta directamente. Sólo añade:

—Porque yo trabajé para un bauer… Muchos polacos trabajaron aquí, y muchos otros extranjeros…

En la plaza rectangular los árboles de copas desiguales, las madres sentadas en los bancos, los niños jugando en la arena… Dentro de un momento sabremos que él visitaba a los Olek, jugaba con ellos a las cartas y escuchaba poemas patrióticos declamados por la mujer de Olek.

—No… no… no fue aquí…

Nos despedimos, nos estrechamos las manos. Este encuentro le había conmovido.

—¿Por qué no has querido decirle…? —pregunta B.—, seguramente habríais encontrado conocidos comunes.

—Estoy harta…

Me detuve al otro lado de la plaza, al lado de la parada y miré hacia la derecha. Una mujer mayor estaba sentada en un banco con la labor en la mano, a sus pies jugaba un niño. Justo detrás de ella,

en la sombra de las copas de los árboles, se divisaba el contorno de un macizo edificio de piedra gris.

Ida Landau nació en 1921 en Zbarazh (Polonia, hoy una ciudad de Ucrania). Pertenecía a una familia de judíos seculares, bien integrados en la cultura polaca. Su padre era médico y su madre era doctora en ciencias naturales. La familia hablaba polaco y alemán en casa, en lugar de yiddish.

Fue confinada al ghetto Zbarazh con su familia hasta 1942, cuando ella y su hermana menor pudieron adquirir documentos de identidad falsos. Las dos hermanas sobrevivieron a la guerra en la clandestinidad. En 1948 se casó con Bruno (Bronek) Fink, otro superviviente.

Sus primeros intentos por publicar sus cuentos fueron desalentadores. Los editores criticaron su escritura como demasiado tenue y sutil, insuficiente para el drama del Holocausto. A pesar de esto, ella no hizo ningún intento de alterar su estilo. Finalmente su trabajo fue publicado y obtuvo excelentes críticas.

Notas

[1] Documento de identidad alemán. < <

[2] ¡Fuera! <<

[3] ¡En marcha! < <

[4] Escuadrones de ejecución itinerantes especiales formados por miembros de las SS, SD y otros miembros de la policía secreta de la Alemania Nazi. < <

[5] ¿Qué hay allí? <<

[6] Ven, ven, pequeño. < <

[7] Un hombre de las SS. < <

[8] Médico. <<

[9] Consejo de judíos responsables de hacer cumplir las reglas nazis dentro de los ghettos. < <

[10] Oficina de trabajo. < <

[11] Circunscripción administrativa polaca equivalente a la región española. < <

[12] Voluntario. < <

[13] Todo en orden. < <

[14] ¿Campo? ¿Transporte? Nos dijeron que iríamos solas, no en transporte. < <

[15] Solas no. Campos de reunión, Transporte, todos juntos. < <

[16] ¡Voluntarias solas, no transporte! <<

[17] ¡Silencio! < <

[18] Ah!, mi querida. < <

[19] Inmueble. < <

[20] Venid niñas, entrad. < <

[21] Buenas tardes, señor doctor. < <

[22] ¿No es verdad, Óscar, querido mío? <<

[23] Vamos a tomar un café. < <

[24] Tú, Óscar, tomarás una taza más tarde. < <

[25] Adiós, señor doctor. < <

[26] Granjero. <<

[27] Polaca. < <

[28] ¡Con nosotros se está muy bien! < <

[29] La comida es buena, el trabajo es bueno, todo es bueno. < <

[30] ¡Noventa y nueve, cien! ¡Y ahora en marcha! <<

[31] Uno, dos; uno, dos. < <

[32] Campo transitorio. < <

[33] Es el Ruhr, estamos en la región de Ruhr. < <

[34] ¡Levantaos! < <

[35] Katarzyna, ¿has dormido bien? <<

[36] No entiendo, habla muy rápido. <<

[37] ¿El nuevo grupo? < <

[38] ¡Sí Max, de primera! < <

[39] Suministros de armamento. < <

[40] ¿Estáis aquí desde hace tiempo? < <

[41] Yo soy delineante. < <

[42] Parece una alemana… <<

[43] Tus padres. Padre, madre, muertos. < <

[44] Al padre mató bomba. Madre muerta. < <

[45] Pobre muchacha. < <

[46] Totalmente sola en el mundo. <<

[47] No comprendo. < <

[48] Rápido, ven. < <

[49] Paseo. < <

[50] ¿Todas de paseo? < <

[51] Vamos, vamos. < <

[52] Un pequeño paseo. <<

[53] Soy estudiante, estudio arquitectura. < <

[54] No entiendo nada. < <

[55] Orden. Debe haber orden. < <

[56] Imposible. < <

[57] No hay judíos en Alemania, judíos en el ghetto. < <

[58] ¡Eso es una desfachatez! ¡Una desfachatez judía! < <

[59] Campesinos, granjeros. <<

[60] ¡Silencio! < <

[61] Dime, ¿te gustan los judíos? < <

[62] Toda la gente me gusta cuando es buena. < <

[63] «Silencio» y «Permanezcan calladas». < <

[64] A dormir, por la mañana estaréis cansadas. < <

[65] ¡Ah, por Dios! El señor comandante no lo permite. <<

[66] Villancicos polacos. < <

[67] Baladas. < <

[68] No quiero. < <

[69] Trabajador forzado. <<

[70] Juventudes hitlerianas. <<

[71] ¡Hemos venido a comprobar que están todas! ¡Que nadie se haya ido! < <

[72] Ésa…, ésa…, ésa… <<

[73] Entonces, ¿están todas? <<

[74] No es necesario. < <

[75] Hoy detuvieron a Sofía. < <

[76] No soy tan miserable. < <

[77] ¿También se llevan a los niños a la guerra? < <

[78] Sí, ya veo que tú siempre cumples. < <

[79] ¡Queremos que también disfruten! Hoy vamos a bailar. < <

[80] ¿Qué pasa aquí? < <

[81] Cantamos un tango polaco. Se titula «El último domingo». <<

[82] Vuelve, por favor. < <

[83] ¡Coman más rápido! ¡Rápido, rápido! <<

[84] ¡Deprisa! < <

[85] Stefa ha ido a la fábrica. < <

[86] ¿Dónde está esa negra? <<

[87] Se han ido. < <

[88] ¡Listo, en marcha! <<

[89] ¿A dónde? <<

[90] Nosotras nos vamos. < <

[91] ¿Vosotras también os vais? < <

[92] Sois valientes, valientes… < <

[93] ¿Eres tú, Joseph? < <

[94] De que ya no nos fuéramos. <<

[95] No se nos escaparán… <<

[96] Tres, tercera clase, por favor. < <

[97] Qué insolente ésa…, ésa… <<

[98] Eran judías, las que se fueron. < <

[99] Letra de una canción de moda. <<

[100] «Después de diciembre siempre viene mayo». <<

[101] Ofensa a la raza. <<

[102] Documento de identidad. < <

[103] Vuelvo enseguida. < <

[104] Polacas y trabajo. < <

[105] Oficina de trabajo. < <

[106] ¿Quién es? < <

[107] Walter, ven rápido. < <

[108] ¿Comer? < <

[109] ¡Por Dios! <<

[110] Así que son esas tres. < <

[111] Intérprete. < <

[112] Exclamación expresando sorpresa, burla. <<

[113] No son tan estúpidas. <<

[114] Basta, cállate, basta, basta. <<

[115] El enemigo escucha. <<

[116] ¿Sabes hacer esto? $<<$

[117] ¡No te escapes! < <

[118] Ya llegamos. <<

[119] Canciones populares polacas. < <

[120] Podría pasar por alemana. < <

[121] Amos, granjeros. < <

[122] Duras batallas. <<

[123] Actualmente: Gestapo. <<

[124] Nadie llamó, nadie silbó. Quizá lo haya soñado. < <

[125] Cagar. <<

[126] Fin del trabajo. < <

[127] Deformación de «gemuse»: verdura. < <

[128] ¡Dios! < <

[129] Espacio vital. <<

[130] Cómo se llama. < <

[131] ¿Qué? <<

[132] ¡Qué dice! ¡Anna no es judía! < <

[133] ¿Verdad? < <

[134] Lo diré de una vez. <<

[135] Joanna está alegre, está feliz, está enamorada. < <

[136] Dialecto alemán de la zona de Sajonia. < <

[137] Imposible. < <

[138] ¿Todos los polacos son tan bromistas? < <

[139] Es la última vez. < <

[140] Fin del trabajo. < <

[141] Ven aquí, maldita judía. < <

[142] Unos días. < <

[143] Maldita judía. <<

[144] Dos a Bonn, por favor, tercera clase. < <

[145] Éste es el Rhin. < <

[146] Qué calor hace hoy. < <

[147] La maldita judía huyó. <<

[148] Se fugó. <<

[149] Identificación, por favor. < <

[150] ¿Qué? <<

[151] ¿Otra vez? <<

[152] Mi marido está en el frente. < <

[153] Y esta señora se siente muy miserable. <<

[154] Todo pasa, todo se queda en el pasado. < <

[155] ¿Ya capturaron a esas judías? <<

[156] Tranquila, pronto las capturarán, no tengas miedo. < <

[157] ¡Siempre, no tengas miedo! < <

[158] Nuestro Caudillo, viva Hitler. < <

[159] ¿Hedwig, estás mal? Levántate, vamos a casa, te has desmayado otra vez. Ven, Hedwig, vamos. < <

[160] … es que se ha sentido mal, gracias, todo está bien… <<

[161] Se ha sentido mal. < <

[162] Una judía, ésa es una judía. < <

[163] Carne, por favor. < <

[164] ¿Qué carne desean? < <

[165] ¿Qué podría aconsejarnos? <<

[166] Pero… < <

[167] Ensalada de patatas. < <

[168] Y ahora rápido a casa. <<

[169] ¿Qué hace esta noche, señorita; podríamos ir al cine? <<

[170] Dos de tercera, por favor. < <

[171] Pronunciación característica de la zona central de Alemania, o de la gente de nivel cultural alto. <<

[172] Ruhe, eres el descanso. < <

[173] Frente del Este. < <

[174] Nuestros bravos soldados. < <

[175] Caídos por el Führer y la patria. < <

[176] Grande, rubia y bien formada. < <

[177] Mujer campesina en sentido peyorativo, en polaco. < <

[178] … una mujer alemana. < <

[179] Una brava mujer alemana. < <

[180] En una fábrica de municiones. < <

[181] Un bello país, un país valiente, que viva… ¿sí? <<

[182] Polacas, comer. < <

[183] ¡Imposible! Mienten, es una mentira… <<

[184] Llamaré a la Gestapo. < <

[185] Algo no cuadra. Un caso extraño. Llamaré a la Gestapo. <<

[186] Llame a la Oficina de Trabajo. < <

[187] Pueblo, vacas, no fábrica. <<

[188] Sociedad limitada. < <

[189] En polaco «morro», «cara» vulgarmente. < <

[190] Qué astuta es… <<

[191] Déjalo, Klarissa, no tiene sentido, llamaré a la Gestapo y cantarán. < <

[192] Pueblo, ordeñar vacas… < <

[193] Funcionario del III Reich, superior de los campesinos. <<

[194] Muchas gracias, Fridolin, muchas gracias… una buena moza. <<

[195] Ya es nuestra María, buena moza… <<

[196] María, tú, polaca, entiendes; dije que Hitler no era bueno y, toma, un año de lager. < <

[197] Ya predica de nuevo. < <

[198] Los polacos son morenos. < <

[199] Una nación primitiva. < <

[200] Bonito. < <

[201] No nos dejarán morir de hambre. < <

[202] Viva Francia, somos polacos (en francés). < <

[203] Ex-prisioneros de guerra. < <

[204] En francés: «Su padre está vivo. Su padre ha sobrevivido». <<

[205] Se puso pálida, pero era yo quien tenía lágrimas en los ojos (en francés). < <

[206] Inaudito. < <

[207] ¡Inaudito! ¡Mienten! <<

[208] Trabajador forzoso. < <

[209] Escuela. < <

[210] Por favor, ¿hubo aquí un edificio de la policía? <<

[211] Sí, sí, es verdad, entre guerras hubo aquí una comisaría, y también después de la guerra, hasta 1950. <<

[212] Sala de profesores. < <

[213] Extranjeras sin papeles. Ni una palabra en alemán. < <

[214] Inaudito, mienten… < <

[215] La traductora habla un polaco muy defectuoso. Probablemente de Silesia. < <

[216] Déjalo, Klarissa, basta de mentiras, llamaré a la Gestapo. <<

[217] Llamaré a la Gestapo. < <

[218] Llama a Arbeitsamt. < <